

Cómo entender la trata de personas desde sus historias

COMISIÓN ESPECIAL DE LUCHA CONTRA LA TRATA DE PERSONAS

COMITÉ DEL CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

R A MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ N
ME VA A PASAR A MÍ NO ME VA A
A PASAR A MÍ NO ME VA A PASAR
ASAR A MÍ NO ME VA A PASAR A
NO ME VA A PASAR A MÍ NO ME V
A PASAR A MÍ NO ME VA A PASAR
MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ NO M
R A MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ M
ME VA A PASAR A MÍ NO ME VA A
R A MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ N
A A PASAR A MÍ NO ME VA A PASA
NO ME VA A PASAR A MÍ NO ME V
A PASAR

Cómo entender la trata de personas desde sus historias

R A MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ NO
ME VA A PASAR A MÍ NO ME VA A
A PASAR A MÍ NO ME VA A PASAR
PASAR A MÍ NO ME VA A PASAR A
NO ME VA A PASAR A MÍ NO ME VA
A PASAR A MÍ NO ME VA A PASAR
MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ NO
R A MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ
ME VA A PASAR A MÍ NO ME VA
R A MÍ NO ME VA A PASAR A MÍ
A A PASAR A MÍ NO ME VA A PASAR
NO ME VA A PASAR A MÍ NO ME VA
A PASAR

África Barrales

Ale del Castillo

Analia Ferreyra

Humberto Padgett

Lydiette Carrión

Mariel Ibarra

Moisés Castillo

Pablo Zulaica

Tanya Guerrero

Vanessa Job

A MÍ NO ME VA A PASAR

Cómo entender la trata de personas desde sus historias

Primera edición, 2015

D.R. © Centro de Estudios para el Adelanto
de las Mujeres y la Equidad de Género
ISBN digital: 978-607-9423-28-5
H. Congreso de la Unión
Cámara de Diputados. Lxi Legislatura
Av. Congreso de la Unión núm. 66
Col. El Parque. Delegación Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D.F.
Tel: (55) 50360000 ext. 59218
www3.diputados.gob.mx/camara/CEAMEG

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotoreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, salvo permiso escrito del titular del *copyright*.

Impreso y hecho en México.

A MÍ NO ME VA A PASAR

[Es muy fácil decirlo]

A MÍ NO ME VA A PASAR

[A esas personas les pasó]

A MÍ NO ME VA A PASAR

[Tienes que informarte para que no te pase]

Índice

Presentación	9
Prólogo	11
Hablemos de trata	17
I	
Utilización de personas menores de 18 años en actividades delictivas	27
Mamá, quiero ser sicario	29
Libertad, verdad y justicia no valen nada	33
II	
Trabajo o servicios forzados	43
El tedio del campo a los 14	45
Los invisibles del campo	49
III	
Prostitución ajena u otras formas de explotación sexual	59
Eres una mala madre	61
Amor disfrazado	63
Siempre escapar	71
Yo pagué por ti	87
Algún día su hija aparecerá	93
La historia de Nataly y el hombre que la vendía 60 veces al día	99

Pornografía infantil	123
Él era mi preferido	125
Quiero tener Facebook	129
No lo va a saber nadie	133
Foreign child predator	141
IV	
Mendicidad forzada	149
Adopción ilegal	151
La orquesta de Mamá Rosa: sinfonía del abuso	153
V	
Condición de siervo	175
Esclavitud	177
Silvia: tres veces abusada	179
La niña esclava	191
VI	
Explotación laboral	203
Yo no soy víctima de trata: fui víctima	205
Conclusiones	221
Agradecimientos	223
Autores	225
Información para denuncias y reportes	229

Presentación

No debería pasarte, a nadie debería pasarle. Nadie debería ser víctima del delito de trata de personas.

La trata de personas es un problema a nivel mundial que a la par, es también un gran negocio. De la trata se habla mucho y poco se entiende. Comprender la trata de personas es una necesidad urgente para evitarla desde cada una de las personas que pudiera ser una posible víctima. Nadie está exento.

A mí no me va pasar es un libro iniciativa de la Comisión Especial de la Lucha Contra la Trata de Personas y del Centro de Estudio para el Adelanto de las Mujeres y Equidad de Género (CEAMEG) de la Cámara de Diputados.

La publicación contiene 18 historias, todas reales, escritas por las plumas de 10 periodistas con una amplia y reconocida trayectoria, a los que el compromiso social los mueve a tenderse como un puente para contar las historias que no deberían quedarse en el silencio.

A mí no me va a pasar es un material preventivo, su objetivo es dibujar desde las historias de sus sobrevivientes, las diferentes modalidades del delito de trata de personas y así, alertar sobre sus riesgos.

Es muy fácil pensar que a cualquier persona podría NO pasarle, seguramente los sobrevivientes del delito de trata de personas también lo pensaron y les pasó. Por eso hoy te invitamos a la lectura, para que como una afirmación puedas decir: *A mí no me va a pasar*.

El libro *A mí no me va a pasar* es un material de distribución gratuita, compártelo y súmate a la lucha contra la trata de personas.

Dip. Leticia López Landero

**PRESIDENTA DE LA COMISIÓN ESPECIAL DE
LA LUCHA CONTRA LA TRATA DE PERSONAS**

Dip. Flor de María Pedraza Aguilera

PRESIDENTA DEL COMITÉ DEL CEAMEG

Lic. Marina Mandujano Curiel

DIRECTORA GENERAL DEL CEAMEG

Prólogo

Una droga sólo se puede vender una vez: quien la compra, la consume y se acabó. Un arma o arsenal sólo se vende una vez: quien recibe el dinero no la vuelve a ver. A una mujer se le puede vender al día 60 veces, y al día siguiente otras 60 veces más.

La esclavitud y la explotación de seres humanos nunca han dejado de ser una realidad. Son cotidianas, visibles, toleradas y fomentadas hoy de forma no tan diferente a otros siglos en que la llamada “trata de blancas” o el comercio de esclavos era incluso algo legal. La esclavitud y la explotación dejan ganancias inimaginables a los y las tratantes, pues las víctimas de estos delitos son explotadas una y otra vez.

Entre las diferentes realidades —la disposición de niñas para los matrimonios forzados, de niños para la mendicidad, de mujeres indígenas para la explotación laboral, de mujeres y hombres para la prostitución ajena, de personas adultas mayores para trabajos y servicios forzados, de bebés para adopciones ilegales, de jóvenes para utilización en actividades delictivas o en conflictos armados—, algunas nos quedan más cerca que otras, y esto nos obliga a detener nuestro andar, abrir los ojos y pensar que **a mí también me puede pasar.**

Pocas cosas han cambiado. La denominación del delito, que ahora visibiliza la explotación no sólo de un tipo específico de mujer u hombre, sino que engloba todo aquel abuso que puede ser sufrido por cualquier persona, puede ser lo más notorio. Pero, aunque esfuerzos internacionales y nacionales han dado pie a normas para su sanción y erradicación, las redes de protección, de conubio, de corrupción, la indiferencia que como seres humanos tenemos por el dolor de otros y la ceguera social, han propiciado que este delito, prohibido desde la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, sea hoy en nuestro país uno de los más recurrentes y menos sancionados.

No importa mi clase social, el color de mi tez, ni mi sexo. No importa mi educación, no importa si en realidad no me importa el tema o no quiero acercarme ni involucrarme en él. **Pensar que a mí no me va a pasar es el principio para ponerme en riesgo.**

Si no abro mis ojos y mi corazón al entendimiento de los daños que este delito deja en los seres humanos —en algunos casos, ellos pensaron que no les podía pasar—, no podré ser empático con ese dolor, no podré cuidar de los míos y tampoco podré ayudar a prevenirlo.

El conocimiento de las formas en que este crimen se da me ayudará a mí y a los que estén alrededor a permanecer alertas, a no pasar de ser alguien libre a integrar la estadística de las miles de víctimas sin nombre que este delito deja cada año.

En 2007, México armonizó su legislación nacional a los compromisos internacionales que lo obligan a le-

gislar contra la trata de personas. A partir de ese trabajo legislativo, una cadena de esfuerzos tanto de política pública como legislativa visibiliza la diversidad de las modalidades de explotación del delito de trata, y se crean mecanismos para su abordaje legislativo, como la Comisión de Lucha contra la Trata de Personas.

Posteriormente, al comprobarse que las formas de explotación contenidas en la primera ley de 2007 no identifican la totalidad de las formas de explotación humana, se derogó dicha norma para dar paso a la Ley General para Prevenir, Sancionar y Erradicar los Delitos en Materia de Trata de Personas y para la Protección y Asistencia a las Víctimas de estos Delitos, publicada en el Diario Oficial de la Federación el 14 de junio de 2012, que desarrolla cada una de las diversas modalidades de explotación humana para el delito de trata de personas¹. Desde entonces, no sólo se piensa y se legisla en cuanto a explotación sexual y prostitución ajena sobre mujeres de tez blanca y prácticas de esclavitud, como antaño.

Es importante decir que, como toda violación a los derechos humanos de las personas, el delito de trata de personas no sólo afecta uno de esos derechos, sino que, por resultado, lesiona el conjunto de garantías contenidas en los instrumentos internacionales de derechos humanos que obligan al Estado mexicano a su observancia.

Son muchos los factores que abonan a la comisión del delito de trata de personas. Podemos señalar, por ejemplo, la falta de armonización legislativa, tanto en la

1

El abordaje teórico de este libro se basa en el articulado de esta legislación.

denominación del tipo penal como en la forma en la que la política pública estatal se desarrolla. Otro factor es la carencia de datos estadísticos confiables que den cuenta de la realidad de la comisión de este flagelo, que cobra muchas vidas y que daña irremediabilmente muchas más.

Este libro tiene como finalidad poner en las manos de las y los lectores historias reales, contadas desde el corazón generoso de las y los sobrevivientes de trata de personas y captadas por plumas sensibles a ellas en el mismo lenguaje que fueron transmitidas. Las historias han sido estructuradas y narradas en forma de crónica con la intención de que toda persona que las lea pueda seguir las de forma legible y comprensible, a fin de obtener un aprendizaje respecto a la forma en la que cada una de estas modalidades del delito de trata se desarrolló. Al conocerlas, la persona que las lea podrá estar más prevenida respecto a las formas, métodos y mecanismos que las y los tratantes utilizan para enganchar a sus víctimas.

Este no es un libro que desarrolle teorías sobre el delito de trata. Sin embargo, al final de cada capítulo se describe la modalidad que está presente en cada historia.

Tampoco es un libro que desagregue a detalle estadísticas respecto a cada una de las modalidades del delito de trata de personas, por la sencilla razón de que no existen las suficientes. Sin embargo, retomamos de instituciones internacionales algunas aproximaciones a ellas.

De igual forma, no es un libro que describa de manera amarillista el dolor de las personas, sino un conjunto de textos que, en primera instancia, respetó hasta el últi-

mo momento la identidad de las y los sobrevivientes. Los nombres y lugares han sido modificados a fin de cuidar la identidad de las personas que generosamente aportaron su voz a este proyecto.

Los casos: *Los invisibles del campo*, *La historia de Nataly y el hombre que la vendía 60 veces al día*, y *La orquesta de Mamá Rosa: sinfonía del abuso*, fueron cubiertas por los medios de comunicación y por tanto la información es pública y sus nombres se encuentran como se difundieron. En la última historia: *Yo no soy víctima de trata: fui víctima*, la protagonista, una activista de reconocida trayectoria, aprobó la difusión de su nombre.

Se respetó el derecho a contar lo que los personajes desearon, con el único objetivo de prevenir futuros casos. Y se consideró por los autores el uso de palabras altisonantes así como fueron referidas en las entrevistas, respetando el contexto y dibujando a detalle cada situación narrada.

Fue todo un reto personal y profesional para el equipo de periodistas encabezados por una gran líder, Alejandra del Castillo, quien desde el momento en que comentamos cuál era la intención del libro, fue sensible y empática a la necesidad de contar con un conjunto único que nos mostrara, en su particular estilo, que este delito sí nos puede pasar a todas y a todos, y que por eso mismo es tan importante leer en las vivencias, sentir en las palabras y también que nos duela en el alma, para sólo así también comprometernos a difundirlo como forma y herramienta de prevención.

Son muchas las palabras que se quedan en el camino. Muchos los encuentros dolorosos con la realidad que

muestran las historias que aquí se leerán. Muchas las deudas pendientes desde el Estado y desde la sociedad para las y los sobrevivientes, las víctimas y sus familias. Muchas las lágrimas contenidas por el equipo de periodistas y por el equipo de la Dirección de Estudios Jurídicos de los Derechos Humanos de las Mujeres y la Equidad de Género del CEAMEG, del cual me siento profundamente orgullosa, pues con un sentido de amor por el trabajo que nos reúne, pero sobre todo por la causa y fin de los derechos humanos, nos encontramos en un camino que seguramente seguirá dando muchos frutos como éste.

Las palabras ayudan a construir nuevas realidades y, si se dicen desde el corazón y para el corazón, segura estoy, causarán el efecto deseado. En este sentido, el Comité y el Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género de la Cámara de Diputados, por un lado, y la Comisión Especial de Lucha contra la Trata de Personas, por otro, decidieron generosamente apostar por este esfuerzo que tendrá una distribución gratuita a nivel nacional de forma electrónica con el fin de que este libro llegue a todas las manos que lo necesiten, a todas las manos que puedan replicar la urgencia de compartir este conocimiento y a toda aquella persona que requiera urgentemente saber que, en algún lugar de este país, existe gente pensando en ellas y en ellos, **aquéllos que no pudieron decir a mí no me pasó.**

Mtra. Nuria Gabriela Hernández Abarca

**DIRECTORA DE ESTUDIOS JURÍDICOS DE LOS DERECHOS
HUMANOS DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO**

HABLEMOS DE TRATA

LA TRATA DE PERSONAS...

Es una violación de los derechos humanos

Es una forma extrema de violencia

Lastima la integridad y dignidad

Representa esclavitud

Es un delito grave

QUÉ ES LA TRATA DE PERSONAS

PROTOCOLO PARA PREVENIR, REPRIMIR Y CASTIGAR LA TRATA DE PERSONAS, ESPECIALMENTE DE MUJERES Y NIÑOS

“La captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esa explotación incluirá, como mínimo, la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos”.

Protocolo de Palermo

LEY GENERAL PARA PREVENIR, SANCIONAR Y ERRADICAR LOS DELITOS EN MATERIA DE TRATA DE PERSONAS Y PARA LA PROTECCIÓN Y ASISTENCIA A LAS VÍCTIMAS DE ESTOS DELITOS

Toda acción u omisión dolosa de una o varias personas para captar, enganchar, transportar, transferir, retener, entregar, recibir o alojar a una o varias personas con fines de explotación, establece que se le impondrá de 5 a 15 años de prisión y de un mil a veinte mil días de multa, sin perjuicio de las sanciones que correspondan para cada uno de los delitos cometidos, previstos y sancionados en La Ley General y en los códigos penales correspondientes.

ETAPAS DEL DELITO DE TRATA DE PERSONAS

1. CAPTACIÓN, ENGANCHE O RECLUTAMIENTO

Es el primer momento en que la víctima tiene contacto con el o los tratantes, por medio del engaño, el secuestro, la seducción, matrimonios falsos, a través de internet por anuncios de empleo, agencias de modelos o redes sociales. También puede ser porque la víctima se encuentra en condiciones de vulnerabilidad como pobreza, no conoce el idioma y/o se encuentra en un estado de necesidad.

2. TRASLADO

Es el acto de llevar a una o más víctimas de un lugar a otro. Cuando es de un Estado del país a otro se conoce como trata interna, cuando es de un país a otro se conoce como trata transnacional. Las formas en las que puede trasladarse a una víctima es por aire, mar o tierra.

3. EXPLOTACIÓN

Es la variedad de formas en las que la o las víctimas del delito pueden ser explotadas. Se presenta en 11 modalidades.

FORMAS DE ENGANCHE O RECLUTAMIENTO:

1. Daño grave o amenaza de daño grave
2. Engaño
3. Abuso de poder o de una posición de vulnerabilidad
4. Violencia física, psicológica y/o moral
5. Amenaza con denunciar ante las autoridades su situación migratoria en el país
6. Uso de la fuerza
7. Amenaza de la fuerza

Las víctimas del delito de trata de personas con frecuencia:

- Son amenazadas con que les harán daño a ellas o a sus familias.
- Se sienten atrapadas y sin una salida.
- Fueron trasladadas de su lugar de origen a otro desconocido.
- Han experimentado abuso físico, sexual o psicológico y amenazas contra ellas o su familia.
- Están sometidas a maltrato.
- Algunas no tienen una situación legal en el país donde se encuentran explotadas.
- Mienten forzosamente sobre su edad, mucho más si son menores de edad.
- Se encuentran amenazadas y condicionadas por deudas u otras obligaciones relacionadas.

Las víctimas del delito de trata no escapan porque sus victimarios o victimarias:

- Las amenazan con hacerles daño a ellas o a sus familias.
- Les retienen a sus hijas o hijos.
- Las someten a violencia física o psicológica.
- Las chantajean o manipulan.
- Las hacen que adquieran deudas que no pueden pagar.
- Les quitan documentos personales como pasaportes o identificaciones y su dinero.
- Las seducen o enamoran con el fin de explotarlas.

MODALIDADES DE EXPLOTACIÓN
DE LAS VÍCTIMAS DE TRATA DE PERSONAS:

Utilización de personas menores de dieciocho años en actividades delictivas

Tráfico de órganos, tejidos y células de seres humanos vivos

Prostitución ajena u otras formas de explotación sexual

Experimentación biomédica ilícita en seres humanos

Adopción ilegal de personas menores de edad

Matrimonio forzoso o servil

Trabajo o servicios forzados

Condición de siervo

Explotación laboral

Mendicidad forzosa

Esclavitud

TRATA DE PERSONAS EN CIFRAS ²

Cualquier persona puede resultar víctima de trata de personas ya que no distingue raza, edad ni condición social, aunque algunos sectores de la población son los más afectados.

Un número considerable de víctimas proviene de contextos de desigualdad, pobreza y alta vulnerabilidad social.

Entre **55%** y **84%** de las víctimas identificadas a nivel mundial pertenecen al sexo femenino.

1.8 millones de niñas y niños son víctimas de trata en el mundo de acuerdo con datos de Unicef.

De **32,000** a **36,000** millones de dólares anuales genera la trata de personas.

98% de las víctimas de trata con fines de explotación sexual identificadas a nivel mundial son mujeres y niñas.

Más de 16,000 niñas y niños en México se encuentran sometidos a esclavitud sexual según datos de la Unicef.

El segundo ilícito más lucrativo del mundo es la trata de personas. Sólo superado por el tráfico de drogas y de armas.

2

Datos tomados del: Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género (2014), Tu cuerpo no tiene precio. México; CEAMEG. Comisión Nacional del los Derechos Humanos (2013), Diagnóstico sobre la situación de trata de personas en México. México; CNDH.

De **2 a 4 millones** de personas son captadas cada año con fines de trata en el mundo.

Entre **800,000** y **900,000** son trasladadas a través de las fronteras para ser sometidas a algún tipo de explotación laboral o sexual (trata transnacional).

Estudios calculan que la cifra de niñas y niños sujetos a explotación sexual en México asciende a **70,000**, de los cuales 50,000 son explotados en las zonas fronterizas y 20,000 en el resto del país.

Entre **50,000** y **500,000** casos oscilan las estimaciones respecto al total de víctimas de la trata de personas.

91.6% de delitos cometidos no fueron denunciados a la autoridad en 2011. En ninguno de esos casos se inició una averiguación previa a nivel nacional.

En 2011 únicamente **12.8%** de los delitos fueron denunciados.

En el ámbito internacional, el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América estima que la cifra negra para el delito de trata es de 99.6 %, de modo que de todas las víctimas de trata, se detecta únicamente al **0.4%**

Cuando se utiliza a personas menores de dieciocho años en actividades delictivas como terrorismo, acopio y tráfico de armas, tráfico de indocumentados, tráfico de órganos, tráfico de menores, corrupción de menores, pornografía, turismo sexual, lenocinio, asalto y robo de vehículos.

UTILIZACIÓN DE PERSONAS MENORES DE 18 AÑOS EN ACTIVIDADES DELICTIVAS

I

Mamá, quiero ser sicario

Por Tanya Guerrero y Pablo Zulaica

Tu hijo de 16 años se quiere convertir en sicario. Va mal en la secundaria, sus calificaciones no son buenas y por lo menos hoy no entró a la escuela. En su cuenta de Facebook escribe: “No estudio pero cómo chingan la madre”.

La comunicación en casa no fluye. No sabes qué le gusta, mucho menos los planes que tiene para su vida. Probablemente no eres muy diferente a muchas otras madres y él no es muy diferente a algunos otros chicos de su edad.

Sin que siquiera lo sospeches, en este momento viaja desde el centro del país rumbo a una ciudad del Norte. Esa mañana, fuiste a hacer su habitación, entraste a su recámara y encontraste una nota que te volcó el corazón.

*“Me voy a trabajar al Triángulo del Oro.
No te preocupes por mí, voy a estar bien.
Desde allá te voy a mandar dinero para los gastos de la casa”.*

Probablemente se refería al Triángulo Dorado, una región donde convergen los estados de Chihuahua, Durango y Sinaloa, cuna de narcotraficantes como Joaquín Guzmán Loera, *El Chapo*, y feudo emblemático del Cártel de Sinaloa en el que la marihuana y la amapola crecen en sembradíos entre las montañas.

Una hora después, cruzas las puertas en donde Alejandro cursa la secundaria. Confirmas que ese día no llegó a la escuela. Sus compañeros sabían algo más que tú. Sabían sobre el plan que tenía de marcharse, incluso habían dejado palabras en su perfil de Facebook como *no te vayas, cuídate, suerte*. Te enteras de que Alejandro no anda solo. Su mejor amigo, Ernesto, va con él.

Corres a la Procuraduría a denunciar la ausencia de Alejandro. Te piden que esperes.

Mientras te quedas pensando qué hacer con las 72 horas que, te dijeron, son necesarias para considerarlo como desaparecido.

Ahora sí te das cuenta de que no lo conoces, ahora sí piensas que lo has descuidado. Te sorprende hasta dónde es capaz de llegar y piensas que desde siempre has ignorado qué pasa en su vida.

Pues bueno, te cuento. Se la pasa pegado al internet y es fanático de las redes sociales. Le gustan los narcocorridos y lo relacionado con la cultura de cárteles y drogas. Tiene interés por las armas.

En los últimos días ha mantenido contacto con un perfil de Facebook en donde aparece un joven con gorra y el rostro en sombras. En la foto de portada aparece un tipo vestido de negro con un AR15, un fusil de asalto, al lado. El joven del perfil es un reclutador que en sus conversaciones alardea trabajar para el Cártel de Sinaloa.

Como quien te invita a salir a la cancha a jugar, le ofreció a Alejandro un trabajo de sicario.

Tardó una semana en convencerlo, tal vez un poco más.

Cuánto tiempo tardaron planeando, de dónde sacaron el dinero para el camión, es algo que aún desconoces. Lo que ahora descubres es que algo sucedía con Alejandro y tú no lo sabías.

Sin duda, el Triángulo Dorado podría deslumbrar a cualquiera que viva arrebatado por las historias del narco y sus fantasías. Por las cachas de diamantes, los cañones bañados de oro, la ropa Versace, las camionetas Hummer y todo lo que viene con ello: el poder, la virilidad y las mujeres con silicona.

Alejandro y Ernesto andaban de aventura. Dejaron pasar el tiempo antes de subirse al camión que los llevaría hasta Sinaloa. Pero, mientras uno fantaseaba con formar parte de las filas de Los Ántrax, una banda de sicarios de aquel cártel, el otro tal vez se lo pensaba dos veces. A diferencia de su amigo, Ernesto llevaba consigo un teléfono celular.

I

Alejandro se aferraba a llegar. Había usado en su cuenta de Facebook la frase: “Siempre cumplo, matar o morir en la raya” y el reclutador había respondido: “Así va a ser mientras duremos, compita”. En cambio Ernesto hacía una llamada a su tío para señalar su ubicación.

Esa tarde de junio, Marcela, tu hija mayor, tomó el auricular y marcó a la policía. Habían pasado más de doce horas desde que su hermano había salido de casa. Por la gravedad del asunto y el riesgo en el que estaban Alejandro y Ernesto, ambos menores de edad, se detonó de inmediato la Alerta Amber.

En menos de cinco minutos, la información de un menor desaparecido puede estar disponible en la red para su difusión y las autoridades comenzar su búsqueda.

Lo que no hizo la Procuraduría de tu entidad hace doce horas podría hacerlo una llamada tuya. Te lamentas de no haber sabido que la Alerta Amber existía.

Ahora, solo te resta esperar. Te encomiendas a lo más sagrado que tienes para que tu hijo regrese a casa. Pides una segunda oportunidad.

La Alerta Amber y la llamada de Ernesto, delimitaron el perímetro de búsqueda con retenes carreteros que revisarían todos los camiones en tránsito hacia Guadalajara.

Los rostros de los dos amigos les parecieron familiares a los agentes del operativo que detuvo el autobús.

A las dos de la mañana recibes una llamada. Es la policía. Encontraron a Ernesto y Alejandro y los tienen retenidos desde las diez de la noche.

Corres hacia allá.

Eres afortunada, tienes una segunda oportunidad. Nadie sabe cuántos de los otros jóvenes sí lograron pisar el Triángulo Dorado.

Con los años sólo lo recordarás como el día que Alejandro quiso ser sicario.

Libertad, verdad y justicia, no valen nada

Por Ale del Castillo

Iván, *Rocket*, estaba frente a la luz roja de un semáforo. El pie puesto en el acelerador esperando el verde mientras miraba que un vehículo de la policía acechaba su camino. Fue incapaz de acelerar hasta que sintió por detrás el golpe de la patrulla y decidió arrancar.

Esos metros a toda velocidad le valieron para ver su día pasar en cámara lenta. Se levantó de la cama antes del mediodía en la colonia Doctores, sin saber si era lunes, jueves o domingo. Desayunó y la comida no le supo a nada en especial. Escuchó el chiflido desde la calle y la banda lo llamaba.

Tenían un día de suerte. Tres de sus amigos habían robado un auto con todo y conductor incluido. Era un Beetle rojo, ganancia segura.

No lo pensó y aceptó la misión. Sus compas, de los que aprendió a hurtar, traían buena mercancía.

—Si nos cae la bronca... ¿qué transa?, ¿tú te la echas? —le preguntó uno de ellos.

A Iván le brillaron los ojos, le ofrecían 10,000 pesos por hacerse responsable del robo si los atrapaba la policía. A Hugo, Aldo y Sergio no les convenía la responsabilidad, los tres como mayores de edad podrían pasar en la cárcel hasta 16 años; en cambio Iván, con sus 17 años, saldría pronto por ser menor de edad, tal vez sólo pasaría unos meses encerrado.

Le prometieron 10,000 pesos, con los que pensó comprar una motocicleta chocada que iría arreglando. El trato también incluía que le llevaran dinero a su mamá para que lo fuera a visitar. A él le pareció un buen negocio y aceptó.

Tomó su arma, una 25 recortada que consiguió por 8,000 pesos en Tepito y, aunque nunca la usó, si los transeúntes se ponían

locos a la hora del asalto, los calmaría con unos cachetadones, y si eso no funcionaba, pues para eso estaba la pistola. Iván no era nuevo en esto, debe haber asaltado a 50 personas y robado unos 16 autos. El reto parecía sencillo.

Rocket es tan alto como un adulto y de puntitas casi alcanza la mayoría de edad; su rostro es el de un niño y mientras cuenta su historia sonríe como un chiquillo emocionado que acaba de hacer una travesura. Cuesta trabajo comprender que la misma persona que es capaz de apuntarte con un arma, también te puede hacer reír.

Subió al auto y se puso al volante; el plan era el siguiente: primero tendrían que deshacerse del dueño del Beetle rojo. Luego llevarían el auto a Venta de Carpio, al final de la avenida Central, para quitarle las placas, chocarlo y, posteriormente, desvalijarlo.

De un automóvil como este sacan el valor del motor y de las piezas para vender, no más de 20,000 pesos.

Iván no sabe si el dueño del Beetle estaba asustado o no, él sólo le iba poniendo en su madre. Procuró no verlo a la cara, ¿pa' qué?

Manejó hasta el Gran Canal, detuvo el coche, se bajó, le abrió la puerta y muy educado le dijo:

—Véngase para acá, señor —lo bajó y lo dejó sentadito sobre la acera.

El asaltado intentó decir algo, Iván interpretó una mentada de madre y entonces sí, decidió darle un patadón. Las patrullas ya estaban tras él, subió al Beetle y una la luz roja lo detuvo. El alto más grande de su vida.

El impacto de la patrulla contra él le dio la señal de arranque y le metió pata al acelerador. Dos cuerdas le duró la huida antes de estamparse con un poste.

Los policías le cayeron, le quitaron la pistola y lo subieron a la patrulla entre guamazo y guamazo.

Adentro del vehículo oficial no tardó mucho en darse cuenta de que podía abrir las puertas. No lo pensó dos veces y salió huyendo para intentar liberar a sus valedores en la otra patrulla.

Luego corrió, pensó que alguno atrás dispararía, pero eso no sucedió.

Pensó que si corría rápido la librería porque bien sabe que los *polis* no corren. Pensó: la cárcel o acá afuera. Lo volvió a pensar y se detuvo... ni modo que dejara a sus compas atrás cuando había prometido echarse la culpa.

Desde la comodidad de sus asientos, Hugo, Aldo y Sergio miraron cómo dos camionetas de refuerzo llegaban para atrapar a Iván; observaron también que lo trataron como un pinche raterote de primera. Cuatro policías entre golpes y patadas se encargaron de él y va de nuevo pa'riba de la patrulla.

—Yo fui, ora sí es mi bronca —les dijo a las autoridades.

Dejaron en la calle a sus amigos y sólo se llevaron a Iván a la delegación correspondiente. El camino estuvo lleno de golpes.

En la delegación le esperaban intensos interrogatorios para sacarle la sopa. Lo metieron a un cuarto, con un foco y tres sillas.

Por cada interrogatorio entraban dos oficiales vestidos de negro y con la cara cubierta para evitar ser reconocidos; su espectacular imagen es como la de los anuncios de la Policía Federal Preventiva (PFP). Les llaman tiburones, protegen su identidad y así también aseguran que nadie pueda identificarlos como torturadores.

—¿Para quién robas? —le preguntaban a gritos.

—Pues pa'nadie —respondía y a continuación le caía un guamazo.

—¿Te sientes muy loco? ¿Te crees muy verga para andar robando?

Y ya sin responder, venía un patadón o un mazapanazo. Fueron cinco interrogatorios de dos horas cada uno. Todos le preguntaban lo mismo una y otra vez, ahí no había creatividad.

—Era para mí, era para mí —Iván volvía a responder.

No se salvó de que lo condujeran al baño y le metieran la cabeza a un tambo lleno de agua. Lo dejaban ahí hasta que empezaba a ahogarse y otra vez preguntaban.

—¿Para qué robas si sabes que eres bien pendejo? Te fueron a agarrar estampándote —decían mientras se burlaban de él.

En el último interrogatorio había una tiburona, la recuerda como la más manchada de todos. Lo agarraba a cachetadas sin piedad. Era bonita, alta y flaquita. Todo ese traje de tiburón no lograba esconder sus ojos azules y los rasgos finos de su cara.

—Ya mejor llévenme a donde me tienen que llevar —trataba resignado de acortar sus horas de interrogatorio, hasta que por fin dijo la verdad—. Al chile, sí robo pero esta vez no era para mí.

La verdad tampoco importó.

—Entonces, ¿por qué te agarraron arriba del carro?

—Neeel, a mí ni me agarraron, yo apenas iba pasando —Iván cambiaba su versión para ver si así las cosas pintaban diferente.

Los interrogatorios terminaron al acercarse la medianoche. En esos momentos, Iván se enteraba de que la parte acusadora había dicho en la delegación que no quería saber nada al respecto; aun así, el adolescente seguiría su proceso. Se le acusaba de robo de auto, secuestro exprés y robo a transeúnte.

Aquel desayuno al cual no le dio importancia en la mañana, había sido como su última cena antes de empezar el encierro. Moría de hambre y sólo le quedaba esperar. Pasaron dos días más en los que no comió nada porque a su madre nunca le permitieron ingresar el alimento que le llevaba.

Pasada la medianoche del tercer día, le informaron que sería trasladado a la Comunidad de Tratamiento Especializada para Adolescentes de la colonia Narvarte. Su mamá lo esperaba afuera con un festín gastronómico.

—Toma tu torta y tu Boing —le dijo la autora de sus días.

Iván salivaba y le estorbaban las esposas para recibirlo, nadie lo ayudó. Tuvo que esperar hasta llegar a la comunidad de tratamiento para ser liberado y correr a atragantarse aquella torta de milanesa que le supo a la salvación misma.

Le esperaban tres días más de encierro en el consejo tutelar.

No pasó hambre porque su mamá le llevó de comer puras tortas; ninguna le supo como la primera.

Él confiaba en que saldría de ahí pronto, hasta que le avisaron que lo llevarían a la comunidad de tratamiento.

Rocket fue trasladado a una comunidad de diagnóstico en lo que se resolvía su proceso. Quince días duró su estadía y mientras él pensaba que saldría pronto le informaron que sería trasladado a la Comunidad de Tratamiento Especializada para Adolescentes de San Fernando en Tlalpan.

Al arribar a este último lugar se encontró a uno de su calle, quien lo apadrinó; eso le evitó a *Rocket* ser tratado como a cualquier chico de nuevo ingreso. Nadie lo tocó, no recibió golpes y nadie puso a su cargo los deberes con los que se autorregulan las comunidades de menores infractores. La pequeña cuota que pagó fue barrer un día, nada más.

Sus primeras noches las pasó en el dormitorio uno, donde se encuentra el muro de “los incorregibles”, correspondiente a los chicos que llevan más de un ingreso y que son considerados como leyendas. Ahí estaban los nombres: *el Bolillo*, *el Ligas*, *el Pelón* y el más famoso de los *Gárgola*, entre otros.

Después de una semana en el dormitorio uno, fue trasladado al siete que es “el medio pesado” —describe *Rocket*—, es donde duermen los que “son manchados” y ya tienen reingresos.

En el mismo dormitorio, *Rocket* compartiría espacio con los violadores, a quienes se dedicaba a pegarles; le decían que era “manchado” y los guías se encargaban de alentarlos a que se “curtiera” con ellos y que siguiera golpeándolos.

“Yo tuve siempre en la mente: ‘Si a mí me pegaron, ¿por qué yo no voy a pegar? Si a mí me maltrataron, ¿por qué yo no los voy a maltratar?’ Todo lo que me hacían, pues yo lo hacía, ya me quedé con eso en la mente”, confiesa *Rocket*.

Los guías promueven la violencia y su permisividad también se traduce en protección y cuidado para los internos.

Rocket y su “manchadez” lo convirtieron en un “privilegia-

do”: no tenía que levantarse a pasar lista a las cinco de la mañana como todos, cuando comía era de los primeros en recibir los alimentos y una de sus actividades era golpear a los chicos de nuevo ingreso.

Si en el tutelar *Rocket* descubrió que le gustaba pelear, “la corre” se convertiría en un ring de pelea todo terreno. Ahí ubicó a un chico que pertenecía a la pandilla de Barrio 18, originario de Chiapas, tenía los brazos cubiertos de charrasqueadas, las famosas cicatrices largas y abultadas que se infligen ellos mismos como una manifestación que exige respeto.

Aquel pandillero estaba ahí por robo a transeúnte y homicidio, pero era sabido entre ellos que se dedicaba a descuartizar personas.

Lo miró con las charrascas en la cara y pensó: “Es un tirote ese chamaco”, y se aventó a pelear con él. De dos o tres trancazos el chiapaneco lo dejó en el suelo. *Rocket* no paraba de reír, se levantaba y decía: “Va otra vez”, de ahí que se ganara el apodo de *el Guasón*; él lo disfrutaba y no duda en señalar: “Me latía trenzarme con ese güey”.

Así aprendió a pelear y dar los mejores golpes. Los golpes y las carcajadas no los convertían en enemigos; por el contrario, los hacían más compañeros. Cuando el pandillero tenía comida, lo jalaba; si poseía droga, también. Cuando peleaban bajo el cuidado de los custodios, *Rocket* esperaba a caer al piso y no se echaba para atrás, comenzaba a reír y se rifaba de nuevo para que todos disfrutaran el enfrentamiento. “Me latía cómo me pegaba”, dice *Rocket* con una sonrisa, aunque de un golpe le haya roto una muela.

Las noches en “la corre” no eran sencillas. Algunos toman medicamentos para dormir o para disminuir su ansiedad. *Rocket* no estaba medicado pero tuvo que comprar fármacos para poder descansar.

En cada dormitorio hay 24 tumbas para dormir, a veces daban las cinco de la mañana y “los cabrones seguían despiertos”, eso impedía que los demás pudieran conciliar el sueño y también

I

el miedo los mantenía despiertos. Cuando alguien logra encontrar el sueño profundo, los “pastean” y así sus ojos terminan cubiertos de pasta dental o en medio del sueño viven los “tsunamis” cuando les jalen el colchón y los tiran de las tumbas al piso, si bien les va.

En otras ocasiones aprovechan para llenar las cubetas con agua, meados o lo que sea, y son despertados con un chapuzón. Adentro de “la corre” parece que nadie ve.

En “la corre”, *Rocket* regresó a la escuela, se dio cuenta de que muchos de sus compañeros estudiaban y le daban importancia a la actividad; eso lo animó.

Anteriormente abandonó la escuela cuando cursaba segundo de secundaria, después de que lo encontraran fumando marihuana en uno de los baños con 14 de sus compañeros.

Rocket aprovechó para tomar un taller en electrodomésticos; después de concluir le dieron una constancia para poner un negocio afuera. Aquel diploma fue el primero que recibió en toda su vida.

Su proceso determinó que estaría interno en San Fernando durante cinco meses y le perdonaron un año. Alcanzó beneficios por ser menor de edad y así salvó a alguien de pasar hasta 16 años en el reclusorio.

Mientras *Rocket* soñaba con salir y comprar una moto para restaurarla con el dinero del trato, los 10,000 pesos que le ofrecieron por cubrir el delito se convirtieron en pasajes para su mamá, hilos, pan, camisas y chanclas. La fianza también corrió a cargo de su madre.

La vida dentro de “la corre” fue sencilla. No le hacía falta nada y el grado de respeto que consiguió lo hacía sentir satisfecho. Se “la estaba viviendo bien”.

Tenía una tumba para él solo, comía las veces que quisiera, tenía sus “lavadoras” a su servicio. Vio la oportunidad de salir de la correccional y lo pensó mucho. Afuera tendría que trabajar, adentro nadie le pedía nada y hacía lo que él quería; a los guías los trataba como “sus perros” y ya ni les hacía caso.

Así que le dijo a su “jefa”:

—Ya no me venga a ver, mejor así déjelo —dijo *Rocket* aceptando que estaría año y medio preso—. ¡Al chile, sí me late estar acá adentro!

—¡Estás bien pendejo!, ¿cómo prefieres estar adentro? —lo cuestionó— Ya mejor decide si te quieres quedar o mejor te vas, porque todavía estás a tiempo para poderte quedar —le advirtió su madre.

Una semana su mamá faltó a la visita y él se sintió “más encarcelado”.

A la semana siguiente llegó su madre y le dijo: “Te vas para la calle”.

Pronto lo mandaron a la celda de castigo para que no le hicieran nada en su sección, entonces *Rocket* empezó a azotar puertas y exigió: “¡Me quiero ir a despedir!” Le autorizaron regresar a su dormitorio asumiendo la responsabilidad de que probablemente lo golpearían, pero eso no sucedió.

—¡Cámara, ya me voy para la calle! —les dijo *Rocket* a los de su sección.

—¿No que te querías quedar aquí toda tu vida? —le reclamó alguno de sus compañeros.

—Me quiero quedar, pero la calle es la calle, carnal...

Fue así como repartió todas sus cosas. Sintió gacho dejar todo atrás, pensó en todo lo que se fregó y en todo el trabajo que le había costado llegar a ese nivel y luego recapacitó: “Ya ni modo, mejor la calle”.

Es sabido que en su barrio hay muchos más como él que cubren condenas de mayores de edad, entre ellos un chico de 14 años que se llevó 50,000 pesos por hacerse responsable de un robo a un negocio y estuvo sólo dos meses en custodia.

Utilización de personas menores de 18 años en actividades delictivas

Cuando se utiliza a personas menores de dieciocho años en actividades delictivas como terrorismo, acopio y tráfico de armas, tráfico de indocumentados, tráfico de órganos, tráfico de menores, corrupción de menores, pornografía, turismo sexual, lenocinio, asalto y robo de vehículos.



Cifras de la academia hablan de unos **30,000 niñas y niños** que cooperan con los grupos criminales de varias formas y están involucrados en la comisión de unos 22 tipos de delitos (desde tráfico de droga hasta secuestro de personas, desde trata de seres humanos hasta extorsiones, contrabando, piratería, corrupción, etc.).³

De 2006 a 2010, **1,685 jóvenes** de 0 a 14 años han sido asesinados en la lucha contra el crimen organizado, de estos, 354 bebés menores de un año de edad; 30 mil niños colaboran con los grupos criminales de diferente manera (desde tráfico de droga hasta el secuestro de personas, de las extorsiones al contrabando y a la trata de seres humanos, de la prostitución infantil hasta el adiestramiento de sicarios paramilitares)⁴.

- ▶ Desconfía de anuncios o personas que ofrecen trabajos muy atractivos, principalmente si el trabajo es fuera de la ciudad donde vives.
- ▶ No proporciones información personal como tu dirección, la fecha en que naciste, el nombre de la escuela en la que vas, etc.



3 Red por los Derechos Infancia en México (2011). *Infancia y conflicto armado en México. Informe alternativo sobre el Protocolo Facultativo de la Convención sobre los derechos del niño*. México, Valeria Geremia.

4 Libera (2012). *México, la guerra invisible. Historias, cifras y negocio de los carteles criminales y la impunidad de las mafias mexicanas*. México-Italia; varios autores.

- ▶ Aunque los ofrecimientos parezcan atractivos podrías estar poniendo en riesgo tu vida y la de tus seres queridos.
- ▶ Si vas a una entrevista de trabajo, asegúrate de avisarle a alguien de confianza, de preferencia a tus padres. Además de informarles: el lugar al que vas, el nombre de la persona que te contactó y los datos que tengas disponibles.
- ▶ Mantente alerta.

Cuando el trabajo se obtiene mediante:

- Uso de la fuerza, la amenaza de la fuerza, coerción física, o amenazas de coerción física a esa persona o a otra persona, o bien utilizando la fuerza o la amenaza de la fuerza de una organización criminal.
- Daño grave o amenaza de daño grave a esa persona que la ponga en condiciones de vulnerabilidad.
- El abuso o amenaza de denunciar ante las autoridades sobre la situación migratoria irregular en el país o de cualquier otro abuso en la utilización de la ley o proceso legal, que provoca que la víctima se someta a condiciones injustas o que atenten contra su dignidad.

TRABAJO O SERVICIOS FORZADOS

El tedio del campo a los 14

Por África Barrales

Desde que llegó al municipio de Vanegas con su familia, hace cuatro meses, Jeni, de 14 años, tiene que estar lista a las siete de la mañana. Se viste con una blusa de manga larga, sudadera con capucha, pantalón de mezclilla, una gorra y tenis: su uniforme de trabajo en el campo. Llena una botella de agua y ayuda a preparar el “lonche” para la hora de la comida.

La camioneta que maneja su papá sale a las 7:40 de la mañana del albergue para jornaleros agrícolas de la Secretaría de Desarrollo Social, que se ubica en la cabecera municipal.

El lugar tiene una cancha de basquetbol en el centro, a un costado hay un edificio de dos pisos con cuartos. Enfrente y al lado hay construcciones de un piso con más cuartos, baños, regaderas y cocina. Ahí se alojan los trabajadores y las familias que laboran en los ranchos cercanos.

La ventaja es que ahí no dan renta, el único pago son 50 pesos semanales para la limpieza de las instalaciones. Pero esa cuota no es suficiente para tener a raya una plaga de chinches en los colchones. Jeni y sus cuatro hermanas amanecían con ronchas por todo el cuerpo luego del festín que se daban estos insectos con su sangre.

Esas condiciones insalubres fueron reportadas a los responsables del albergue, incluso su abuela y su mamá cazaron a los diminutos bichos y llenaron una bolsa de plástico para demostrar que el lugar estaba infestado. La respuesta fue fumigar pero no sirvió, las chinches —escondidas en la tela de los colchones— continuaban alimentándose de las niñas cada noche.

Se fumigó por segunda vez y el milimétrico ejército no retrocedió. La familia de Jeni optó por sacar los colchones al lugar más alejado de sus cuartos.

* * *

En los ranchos del altiplano potosino se cultiva tomate, chile serrano, cebolla y calabaza. Jeni lo ha aprendido bien a pesar de trabajar por primera vez en el campo.

Su familia proviene del municipio de Doctor Arroyo, del estado vecino de Nuevo León. Aunque su mamá, sus abuelos, sus tíos y su hermana mayor llevan años siendo jornaleros, eso no la preparó para el cansancio y el tedio en el campo.

Con las manos pelonas corta tomates y calabazas, planta semillas de cebolla y de chiles, desyerba y carga botes llenos. Pero lo que más trabajo le cuesta es el tomate porque hay que estar agachada para arrancarlo, echarlo a una cubeta o a un huacal de plástico y cargarlo para llevarlo a un punto de entrega. Si trabaja por tarea hay que llenar 30 botes o cajas en una jornada. Si no termina, su papá o los otros jornaleros le ayudan.

Para cortar calabaza le dan guantes porque pica. Si lo hace a mano limpia termina con pequeñas cortadas y raspadas. Por eso también hay que ponerse varias sudaderas encima, para protegerse los brazos. En la calabaza la cosecha se trabaja por día.

Cuando se trata de cebolla hay que plantar la semilla y ahí la jornada es por surco. Al principio les dieron a ella y a su hermana Alía —de 16 años— cuatro surcos, de cien metros cada uno, pero no los acabaron. Les rebajaron uno, pero tampoco pudieron completarlos. Finalmente les dejaron dos.

Los surcos para plantar tomate miden 200 metros porque hay que hacer un hilo de ida y otro de regreso. Con una estaca Jeni va haciendo los hoyos, mete la semilla y luego la cubre con tierra. Y a pesar de que es laboriosa la siembra, lo que le cansa más es la cosecha. Para sembrar chiles, la jornada puede ser por día o por tarea, si es así les dan tres surcos.

En su estancia en los campos abiertos ha visto ratas, conejos, víboras grandes, sapos y arañas, animales de los que no se preocupa como lo hace del sol. Como no les dan equipo para protegerse

de quemaduras solares, lleva gorras y paliacates para cubrirse la mayor parte de la cara. Eso funciona también para cuando echan fertilizantes y pesticidas. Cuando termina su jornada y llega al albergue se quita capas de ropa, suelta su cabello rojizo al aire y una blusa de manga corta deja ver su piel color durazno.

* * *

Jeni no es la jornalera más pequeña en el rancho conocido como “El Zárate”. Ahí hay niñas y niños más pequeños trabajando. “Pobrecitos, a mí sí me da cosa”, dice ella apenas como un susurro.

Su hermana mayor —de 18 años— cuenta que una niña “toda flaquita”, como de 10, se cayó porque quiso cargar un bote lleno de tomates. “Anda caminando así”, relata al tiempo que se encorva y camina con los brazos sueltos. Son de Guerrero y “hablan español y otro idioma”, es lo que han escuchado porque ahí no se puede platicar. Hay que concentrarse en sacar la tarea para no quedarse hasta el último. Lo que sí hacen es poner música en el celular —a Jeni le gusta escuchar a los reggaetoneros Wisin y Yandel—, pero no le puede estar pique y pique para cambiarle a las canciones. “¡Órale, muévete!”, grita una supervisora si ve que están clavados con el teléfono.

Para hacer del baño hay que irse a un monte solitario porque en el rancho no hay ni letrinas. Y no hay que tardarse mucho porque les cuentan los minutos, no vaya a ser que estén haciendo “maña”.

“Pero el patrón es buena gente. Nos lleva paletas, mangos...”, comenta en descargo de quién a veces tiene un detalle que sobresale en un área de trabajo que carece de un garrafón de agua potable para que se hidraten los trabajadores.

El pago por día o por tarea en “El Zárate” es de 130 pesos, menos diez que se les descuenta para la gasolina de quienes los transportan. Su nombre está en una lista y ése es el único requisito para que le entreguen su dinero. No le piden identificación oficial

ni CURP como lo hacen en el rancho “Valles”, que queda por la zona. Tampoco hay oficiales de seguridad privada que le impidan el paso por verse tan niña. Al final la edad no importa, sino lo que sus manos aporten a la producción de un día.

Los invisibles del campo

Por África Barrales

Jesús maneja su camioneta *pick up* roja, tipo “estaquitas”, con placas de Sinaloa; a su lado van Petra —su esposa— y otro joven. Atrás, acomodadas como sardinas, van 36 personas más, entre adultos y niños. Van parados, sudorosos, apretujados, pegados unos con otros; cansados después de una extenuante jornada en el campo, intentando soportar el viaje del rancho “El Ebanito” a la comunidad de Norias, donde rentan.

Es un viaje relativamente corto, de aproximadamente 40 kilómetros. Es jueves 3 de julio y el sol sigue pegando con fuerza a las 5:30 de la tarde en la Autopista Federal 57 Matehuala-San Luis Potosí.

La música sale del estéreo mientras el aire caliente entra por las ventanas de la cabina. Un ruido fuerte —como un balazo— rompe la tarde. Se escuchan gritos, muchos gritos de quienes viajan atrás. Jesús no entiende qué pasa, sólo alcanza a ver mucho humo y trata de orillarse. La maniobra resulta imposible. Una de las llantas traseras reventó a pesar de que las cambió hace poco. El exceso de peso hace que pierda el control de la camioneta y ésta se vuelca lanzando y aplastando su carga humana.

A la altura del kilómetro 123, sobre el asfalto caliente, quedan tendidos los cuerpos inertes de dos niños de ocho años. Los que sobreviven tienen golpes severos en la cabeza y heridas abiertas en todo el cuerpo; algunos sólo sufren raspones. La mayoría casi no habla español, son indígenas *na savi*, mixtecos de los municipios guerrerenses de Cochoapa El Grande y Tlacoachistlahuaca.

Jesús transportaba a los integrantes de seis familias que, al igual que él y su esposa, tenían pocos días cortando chile serrano en el rancho agrícola propiedad de Jesús Zárate Vázquez. Sin

guantes, los iban arrancando uno por uno para llenar cubetas con capacidad de 20 litros y de ahí meterlos a las arpillas (costales), que son pagadas a 20 pesos por unidad.

En un día de trabajo, una familia de ocho integrantes puede llenar de 19 a 40 arpillas; pero para lograrlo todas las manos son necesarias. Así se lo hizo notar la enfermera de un hospital de Matehuala a una visitadora de la Comisión Estatal de Derechos Humanos: las manos de los niños heridos tenían callos y ampollas, las marcas delatoras de una fricción prolongada, de ejercer presión constante y rozar repetidamente la piel con algún objeto. Pero ni la comisión ni las delegaciones federal y estatal del Trabajo encontraron menores de edad laborando en “El Ebanito” cuando, después del accidente, realizaron visitas de supervisión —anunciadas con anticipación— ante los señalamientos de explotación y trata que hizo la organización civil local Respuesta Alternativa. Lo que sí hallaron las dependencias fueron condiciones indignas de trabajo.

En la camioneta viajaban 13 adultos y 26 menores de edad; sólo cuatro eran mayores de 15, el resto tenía de uno a 14 años. No tenían seguro social y tampoco habían firmado contrato alguno.

En “El Ebanito” les pagaban en efectivo, de forma semanal, sin recibo de nómina de por medio. Si una familia completa —mamá, papá e hijos— lograba llenar 19 arpillas en el día obtendría 380 pesos diarios. Si el productor les daba trabajo durante siete días —porque además había que cargar con esa incertidumbre de que las jornadas no fueran fijas—, alcanzaría a recibir un pago de 2,660 pesos. De lo que lograsen juntar le restarían 500 pesos de renta, porque en ese rancho agrícola —como en muchos otros— no hay espacios dignos para que los jornaleros descansen y se ven obligados a buscar lugares cercanos para pasar la noche. En sus cuentas de la renta sumarían 100 pesos para la luz y otros 100 para la pipa de agua. Y habrían de extender su salario también para al menos hacer una comida diaria y cooperar para la gasolina de quien tuviera una camioneta para trasladarlos.

Felipe García Victoriano, de la comunidad de Cochoapa El Grande, era el intermediario entre el productor y los trabajadores. Él recibía el dinero y después les pagaba, además de indicarles qué trabajo debía realizarse. Pero cuando ocurrió el accidente nadie del rancho se apersonó para apoyarlos ni verificó que recibieran atención médica adecuada.

Los migrantes jornaleros fueron dados de alta uno o dos días después de haber sido hospitalizados, a excepción de Galindo Mateo Chávez, de 40 años, jefe de familia que no sobrevivió a las heridas; y de Jesús, que debido a la gravedad de sus lesiones se quedó bajo custodia policial en terapia intensiva en el Hospital Central Dr. Ignacio Morones Prieto, en la capital del Estado.

La camioneta que había comprado Jesús en Sinaloa se convirtió en una trampa mortal al combinarse con el peso de su excesiva carga humana, pero era su única opción de transporte. En el altiplano potosino hay distancias somníferas entre una comunidad y otra, separadas por largas rectas en medio de tierra blanca y suelta, salpicada de cerros, matorrales y yucas. Por esos caminos no pasan combis, microbuses ni camiones de transporte público y las empresas agrícolas tampoco proporcionan medios para desplazarse. Hay que acomodarse de la mejor manera posible en camionetas como las de Jesús o en otras tipo van de modelos muy viejos. A veces, las opciones son pedir aventón o caminar.

* * *

Respuesta Alternativa atestiguó, acompañó y defendió a los jornaleros en este infierno, al igual que el Centro de Derechos Humanos de la Montaña de Guerrero “Tlachinollan”.

Sin poder trabajar, los jornaleros regresaron a su hogar temporal en la comunidad de Norías del Refugio, en el municipio de Guadalcázar, un pueblo con calles anchas sin pavimentar. Todas las familias rentaban cuartos en ese paraje semidesértico. Las construcciones más sólidas son de tabicón y cemento, y hay casas de

dos pisos; pero abundan las que están hechas de adobe y tienen un solo nivel, cercadas con matorrales secos, sostenidos con troncos delgados y alambres de púas.

En el centro hay una solitaria plaza pequeña bañada en polvo blanco. La cruza un estrecho pasillo en diagonal y tiene una decena de bancas de cemento con la leyenda “CORTECIA DE ANTONIO ZARATE VAZQUEZ” (sic). No tiene pasto ni árboles para resguardarse del sol del verano seco del altiplano y difícilmente alguna flor tiene probabilidades de crecer en esa área —que se supone recreativa— para agregar un poco de color al paisaje.

La marea de tierra suelta forma remolinos que se azotan furiosos contra las casas. Es imposible caminar sin sentir cómo el polvo se pega en la suela de los zapatos y va subiendo por la ropa para cubrir todo con una fina capa. Entre polvaredas, calor seco y malas condiciones higiénicas tenían que convalecer.

Rutilio Chávez González, de 11 años, salió del servicio de urgencias del Hospital General de Soledad luego de que le curaran una herida de aproximadamente 16 centímetros en el lado derecho de su cabeza, tenía traumatismo craneoencefálico moderado y golpes por todo el cuerpo. Se fue sin expediente médico y sin tratamiento.

El 11 de julio, el niño moreno de cuerpo menudo y delgado —integrante de una familia de nueve— fue llevado a la Unidad de Salud de Cerritos porque se le abrió la herida suturada y los tejidos de la cabeza quedaron expuestos de nuevo. Lo internaron para suministrarle antibióticos y limpiarle la lesión. Por la gravedad de la herida, los médicos de la unidad de salud lo enviaron al Hospital Central para que fuera valorado en el área de Cirugía Plástica. Entró el 14 de julio: “...a su ingreso se observa paciente orientado, alerta, cooperador, con poco dominio del idioma español, edad aparente inferior a la cronológica, talla baja, regular estado de hidratación, con herida dehiscente en región parietal derecha de 15x4 cm aprox” (sic). Consignó su hoja de registro.

A Rutilio prácticamente le reconstruyeron el cráneo. Los cirujanos le estiraron la piel de su pequeña cabeza y además le colocaron un autoinjerto para poder cerrar la herida. Diez días después fue dado de alta en “buenas condiciones generales”, junto con su desnutrición moderada —registrada en su expediente— que le provoca esa apariencia de ser aún más pequeño. Él y su familia fueron de los que más perdieron: Jorge, uno de los niños muertos en la carretera, era su hermano.

A pesar de haber dejado a la deriva a sus trabajadores cuando se accidentaron, diez días después los representantes legales de “El Ebanito”, como muestra de buena voluntad, les entregaron apoyos económicos. En sobres amarillos con etiquetas de papel blanco venían datos y montos:

AYUDA MEDICA
MENORES
ANTONIO PERFECTO SANCHEZ
\$5,000.00

Siempre se negó que en el rancho trabajaran menores de edad; sin embargo, se entregaron indemnizaciones por los niños fallecidos. Lorenzo Perfecto López y su esposa Lucía Sánchez López perdieron a uno de sus seis hijos, y por eso recibieron un poco más de dinero.

INDEMNIZACION JORNALEROS
LUCIA SANCHEZ LOPEZ
\$5,740.00

Al entregarles las ayudas médicas les hicieron firmar un documento en español, cuyo contenido no les fue explicado y del que no les dieron copia. Respuesta Alternativa tampoco pudo tener acceso a esos papeles, pese a solicitar conocer el contenido para informar a las familias.

Ante los medios de comunicación de San Luis Potosí, el delegado federal de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, José Edgar Durón Puente, dijo que “los 30 trabajadores del Rancho El Ébano recibieron de manos de su propietario, Jesús Zárate Vázquez, apoyo para cubrir en su totalidad los gastos médicos generados por su hospitalización y atención médica, así como una cantidad extra para cubrir las erogaciones que por concepto de medicamentos y materiales de curación se continúen generando hasta en tanto puedan volver a reintegrarse a su actividad laboral”.

* * *

El 1 de agosto de 2014, a pocos días de cumplirse un mes del accidente en el kilómetro 123, el periódico El Pulso, de San Luis, publicó: “Niños jornaleros narran abusos en ranchos potosinos”. Dos menores indígenas de 16 y 14 años —de Metlatónoc, Guerrero— escaparon de un rancho agrícola ubicado en el municipio de Villa de Arista porque los obligaban a trabajar once horas diarias, sin tiempo de descanso, sin alimentos y sin paga. Al finalizar dos semanas de pizarcar chile en esas condiciones el patrón les dio un único pago de 100 pesos.

Trabajo o servicios forzados

Cuando el trabajo se obtiene mediante:

Uso de la fuerza, la amenaza de la fuerza, coerción física, o amenazas de coerción física a esa persona o a otra persona, o bien utilizando la fuerza o la amenaza de la fuerza de una organización criminal.

Daño grave o amenaza de daño grave a esa persona que la ponga en condiciones de vulnerabilidad.

El abuso o amenaza de denunciar ante las autoridades sobre la situación migratoria irregular en el país o de cualquier otro abuso en la utilización de la ley o proceso legal, que provoca que la víctima se someta a condiciones injustas o que atenten contra su dignidad.

La Convención sobre los Derechos del Niño establece “el derecho del niño a estar protegido contra la explotación económica y contra el desempeño de cualquier trabajo que pueda ser peligroso o entorpecer su educación, o que sea nocivo para su salud o para su desarrollo físico, mental, espiritual, moral o social”.

Unicef define el trabajo infantil como cualquier trabajo que supere una cantidad mínima de horas, dependiendo de la edad del niño o niña y de la naturaleza del trabajo. Este tipo de trabajo se considera perjudicial para la infancia y por tanto debería eliminarse.



En el documento *Tendencias mundiales del trabajo infantil entre 2008 y 2012* de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), dice que en 2012 había en todo el mundo 264 millones de niños y niñas de 5 a 17 años de edad ocupados en la producción económica (16,7%)⁵.

5

Oficina Internacional del Trabajo (2013), *Tendencias mundiales del trabajo infantil entre 2008 y 2012*. Ginebra, Suiza. Yacouba Diallo, Alex Etienne y Farhad Mehran.

Para la OIT, las niñas, niños y adolescentes representan el 27% de las víctimas de explotación laboral.⁶

El trabajo forzado es un problema global, hay al menos 12.3 millones de personas que sufren esta modalidad de trata, la mayoría de las víctimas provienen de África, Asia y América Latina, sin embargo, más de 350 mil mujeres y hombres sufren trabajo forzado en países industrializados.

Muchas víctimas de trabajo forzado laboran en lugares poco visibles, por ejemplo: los barcos, en la industria de la construcción, en las fábricas, en la explotación de agricultura comercial, en la mendicidad o en trabajos domésticos, todos bajo condiciones de trabajo inhumanas, irregulares y simuladas.

Las víctimas son engañadas sobre sus condiciones laborales.

Casi 21 millones de personas en el mundo son víctimas de trabajo forzado: 11.4 millones son mujeres y niñas, y 9.5 hombres y niños.

Los menores de 18 años representan el 26%, casi 5.5 millones de todas las víctimas del trabajo forzado.

Alrededor de 19 millones de víctimas son explotadas por individuos o empresas privadas. Más de 2 millones por el Estado o grupos rebeldes.

Los trabajadores migrantes y los pueblos indígenas son especialmente vulnerables al trabajo forzado.⁷

6 Comisión Nacional de los Derechos Humanos (2013). *Diagnóstico sobre la situación de trata de personas*. México.
7 Organización Internacional del Trabajo (2012). *Estimación Mundial sobre el trabajo forzoso*. Ginebra, Suiza. OIT.

A MÍ NO ME VA A PASAR

- ▶ Cuando recibas una oferta laboral investiga las referencias e historial de la empresa, antes de entregar documentos o dar información personal o familiar.
- ▶ De preferencia no acudas solo(a) a una entrevista de trabajo cuando no hayas logrado averiguar las referencias señaladas en el párrafo anterior. De lo contrario, avisa a alguna persona de tu confianza sobre el lugar al que acudirás.
- ▶ Infórmate sobre cuáles son tus derechos y las instituciones a las cuales puedes acudir en la denuncia este tipo de abuso.
- ▶ Es importante saber el tipo de trabajo que se va a realizar, los papeles que se necesitan, los datos del consulado de destino y tener conocimiento del idioma utilizado en el país al que vas, así como los requerimientos migratorios.
- ▶ Si vas a viajar por motivos de trabajo o capacitación, informa a tu familia con quién vas y dónde vas a estar.
- ▶ No entregues tus identificaciones como pasaporte y visas a nadie, únicamente las autoridades competentes te las pueden solicitar.



Cuando una persona se beneficia de la explotación de una o más personas a través de:
La prostitución.
La pornografía.
Las exhibiciones públicas o privadas de orden sexual.
El turismo sexual o cualquier otra actividad sexual.

PROSTITUCIÓN AJENA U OTRAS FORMAS DE EXPLOTACIÓN SEXUAL

Eres una mala madre

Por Analía Ferreyra

—¡No sé qué hacer! ¡Me la quitó! ¡No me la quiere regresar!
¡Tiene a Sandrita! —gritó Déborah sollozante al entrar a la casa,
después de semanas sin pararse por allí.

—¡¿Qué?! ¿Quién? ¿Qué pasó? —interrogó su tío Ray con
espanto.

—Doña Hilda, la señora con la que me estoy quedando,
¡dice que no soy buena madre y por eso no me la va a regresar!
¡Que no merezco tenerla!

—¡Vamos a levantar la denuncia! —indicó tío Ray asertivo.

* * *

¿Qué pensó Déborah cuando decidió salirse de su casa?
¿Cómo llegó con doña Hilda? ¿Cómo era su vida con ella? ¿Cuán-
do le quitó a Sandrita? ¿Cuándo comenzó a obligarla a prostituir-
se? ¿De qué forma la amenazaba? ¿Qué hizo que se decidiera a
pedirle ayuda a su tío?

* * *

Déborah quedó embarazada a los 16 años y tuvo a su bebé
sin apoyo del padre de la niña. Huérfana de madre en la infancia;
abandonada poco tiempo después de nacer por su papá, un adic-
to a las drogas, Déborah quizá tiene poca idea de lo que significa
ser madre; fue criada por sus abuelos y tío Ray, a quien le dice
“papá”.

No terminó la secundaria y no le gusta encargarse de los que-
haceres en su casa, pero le encanta estar en la computadora todo el
día, echando ojo a lo que pasa en el *feis*.

Sandrita tenía cerca de seis meses cuando Déborah, después de una discusión con su tío en la que se le prohibió usar Facebook, decidió llevársela y buscar suerte fuera de casa.

Pronto se encontró en doña Hilda, una figura maternal que prometió encargarse de ella y de su bebita, ayudarlas a salir adelante.

Al tiempo que doña Hilda cuidaba a Sandrita, Déborah trabajaba como prostituta en un cuarto de la casa. Las ganancias en su totalidad iban para la doña, “porque me hace favor de cuidar a mi niña y de ahí nos da de comer”.

Si Déborah se negaba en algún modo a respetar su “arreglo”, doña Hilda la presionaba con Sandrita. Justo antes de que la madre de 17 años pidiera ayuda a tío Ray para recuperar a la niña, la señora se quedó con la bebé, con pretexto de que “no era una buena madre”.

Gracias a la denuncia por secuestro que interpusieron con las autoridades, salió a la luz que doña Hilda, además de retener a Sandrita explotaba sexualmente a Déborah.

La madre y la bebé están en un refugio de alta seguridad. Quizá cuando lo abandonen Déborah logre superar lo que le hizo vivir doña Hilda y reconduzca la maternidad de la mano de Sandrita.

Amor disfrazado

Por Moisés Castillo

I

El aire sacudía la cortinilla. El sol se metió a la habitación y Luisa despertó hambrienta, sus tripas crujían. Después del viaje quedó noqueada. Se percató que Avimael no estaba. Quizá su novio salió a comprar cigarros o el desayuno. Él abrió la puerta y preocupado confesó:

—Qué crees... que no encuentro a ese cabrón que me debe el dinero.

—¿Pero qué vamos hacer? Tengo mucha hambre.

—Pues con lo que te pagaron en la semana compramos algo.

—Ya no tengo nada, yo compré los boletos del autobús.

—Mira, ya peiné la zona y nada más hay empleos en minisupers.

—¡Avimael, no me puedes salir con esto! Déjame hablar con mi familia para que nos mande dinero y nos regresamos...

—No, no, ni pensarlo, ¿te imaginas qué van a pensar de mí? Tú ya te saliste y no puedes volver a tu casa.

—Entonces, ¿qué vamos hacer?

—Luisa, perdón, soy un padrote.

Ella y su corazón en la garganta.

II

Luisa no sabía en qué momento el amor migró a dolor. Estaba a unas cuantas horas de ser explotada sexualmente, de estar con desconocidos, de olerlos, de temblar, de apretar los dientes. Vivía un fin de semana de pesadilla. Ella se preguntaba en silencio, ¿qué voy hacer? ¿Cómo le voy a decir a mi papá que necesito de su ayuda? Pensaba escaparse, pero otra vez surgía el miedo. Y si me pega, y si viene con sus amigos. Su cabeza explotaba. Con Avi-

mael alguna vez la idea de la felicidad se hizo intensa, ahora moría lentamente. Estaba mentalizada para lo peor, sentía escalofríos en su cuerpo. Lo amaba tanto, lo odiaba tanto. Le invadieron pensamientos asesinos: si no puedo huir, si lo mato, o me suicido. No voy a soportar que abusen de mí.

III

Un mes fue suficiente para que Avimael conquistara a esa chica de 17 años de edad. Conocía a la perfección a la joven preparatoriana, sobre todo su punto débil: salir de antro. Avimael, ocho años mayor, le rogó que no le dijera nada a sus padres de su relación porque “se pondrán furiosos y te enviarán a un internado”. Ella aceptó y le juró amor eterno. Se enviaban mensajes de texto cada cinco minutos y se veían a escondidas para besarse y abrazarse como cualquier pareja amorosa.

Luisa vivía en Papalotla, Tlaxcala, municipio vecino de Tenancingo lugar al que los medios de comunicación: “cuna de los padrotes” en México. Era un secreto a voces que ese lugar de 10 mil habitantes es la “capital de la trata de personas”. En una tardeada conoció a Avimael, nunca lo había visto a pesar de que eran del mismo pueblo. La miró fijamente y se acercó a ella, platicaron, tenía un brillo en sus ojos que la hipnotizó de inmediato. Intercambiaron números telefónicos y prometieron no perderse.

Tres días después, Luisa recibió una llamada.

—Hola, ¿cómo estás?

—¿Quién eres?

—¿Ya no te acuerdas de mí?

—Mmmm no.

—Soy Avimael, nos conocimos en la fiesta del viernes.

—Ah sí, ¿cómo estás?

—¿Salimos este fin? ¿Cómo ves?

—No puedo, trabajo en la tienda de mis abuelos.

—Ándale, no seas mala onda, un rato.

—No, es que...

—Un rato nada más, ¿sí?

—Oook, está bien.

Luisa estaba confundida. Avimael era feo pero era muy lindo. Tardó horas en arrancarse el sonido de sus palabras. Nunca hablaron del futuro, de sus confusiones, ni del pasado ni de sus miedos. Estaban ahí, justo en lo probable, lo que puede ser. Tal vez por la edad pensaba distinto en comparación con los chicos que frecuentaba. Avimael le daba buenos consejos: “no te puedes enojar con tus padres, es lo más valioso que tienes en la vida”. Luisa pensaba en verdad que era un ángel caído del cielo. Cualquier duda o problema que tenía, él lo resolvía. A su lado se sentía pequeña y protegida.

Avimael le platicaba las increíbles borracheras con sus amigos, se la pasaba de fiesta en fiesta. A Luisa le daba mucha envidia no poder salir a esos antros y conocer a gente diferente. Pero sus padres, por cuestiones de seguridad, le negaban toda posibilidad de salir de antro, nunca la dejaban ir sola a Tenancingo porque sabían los riesgos ante ese tipo de mafia. Se sentía frustrada pero afortunada de conocer a un hombre bueno. Un día le preguntó: “¿Qué piensas de los padrotes?”. Ella le contestó con silencios.

“Sí sabía que la gente de Tenancingo se dedicaba a eso, pero desconocía cómo era el enganche. Pensaba que se las robaban o las mismas chicas decían ‘llévame’. Sí, pensaba que estaban ahí porque querían. No sabía ese paso del ‘amor’.”

IV

Una tarde Avimael escupió “me gustas mucho y quiero casarme contigo, ¿y si nos vamos a vivir juntos?”. Luisa no sabía cómo reaccionar ante semejante marea de felicidad. Él tan valiente, tan seguro. El mundo en sus ojos. Le pidió un poco de tiempo. Él insistió dos semanas después, le aseguró que en Poza Rica nadie los molestaría y que allá estarían mejor, que formarían una familia y el sueño empezaría con una fuerte cantidad de dinero

que le debían. Aceptó. Sucumbió ante la certeza de estar juntos. El 30 de abril de 2010 partieron a esa ciudad veracruzana. A las 11 de la noche envió un mensaje al celular de su padre: “Todo está bien, estoy con mi novio iremos a Poza Rica”. Avimael le confiscó el celular sin dar explicaciones. Pasaron la noche en una pequeña casa del hermano mayor. No se buscaron. Cerró los ojos.

V

Los sueños de Luisa se habían esfumado de un día para otro. Todo era mentira, menos el bar Cantum, un verdadero arrabal. En ese lugar Avimael se transformaba en Armando, así lo conocían, así le llamaban. “Nada más tienes que beber cerveza con los hombres y hacerles la plática”. Su rostro ya había cambiado, seguía feo pero lo notaba malvado. El ángel ya no tenía alas. Le extendió una credencial del IFE de otra mujer: “Estoy casado y tengo dos hijos, además tengo otra mujer con un pequeño”. La identificación era de una de esas chavas que explotaba sexualmente. Ese día se tomó 15 cervezas y apenas pudo sacar 300 pesos. Estaba exhausta. Armando le arrojó el dinero en la cara y le gritó furioso “¡Si no sacas más dinero te voy a cambiar!”.

Domingo y lunes trabajó normal, bebiendo litros y litros de cerveza, aguantando manoseadas y comentarios vulgares. El olor era asqueroso y no podía pensar. Terminó su jornada laboral de dos de la tarde a 11 de la noche. Ese mismo lunes, ella y Armando se trasladaron a otro arrabal de mala muerte. En la planta alta se asomaban pequeños cuartos donde los señores se divertirían con las chicas del lugar.

Sonaba una canción de Los Ángeles Negros. Armando le confesó que su familia la estaba buscando, no dejaba de sonar el celular, mensajes, correo de voz. Le dio permiso de comunicarse a su casa, un par de minutos nada más. Su madre le reclamó sin piedad: “Qué no te interesa tu padre, él está muy grave de la presión. Agarra un taxi y aquí lo pagamos”. Luisa lloró, le invadió una angustia terrible. Además se enteró que la familia de Armando nunca

fue a su casa para anunciar formalmente el compromiso amoroso. No dejaba de llorar, le suplicó a Armando que le diera permiso de ir a ver a su papá “te juro que no van a saber nada de esto, diré que todo es felicidad”. Ella era una colección de miedos.

Escuchó las mismas palabras de Armando. Instrucciones para sonreír y ganar dinero. Vio el rostro demacrado de aquellas jovencitas, el maquillaje no podía cubrir la realidad. Sintió un dolor extremo en el corazón, le temblaron sus piernas delgadas. Risas fingidas, hombres con doble vida, alcohol y diversión. Ya era medianoche y Luisa escuchó la voz altanera de Armando.

—Aquí vas a entrar a las seis de la mañana y sales a las tres de la madrugada del siguiente día.

—¡Qué! ¿No voy a dormir?

—¡Cállate, pendeja! Tienes que sacar dinero, no me interesa lo que tengas que hacer.

Para matar el tiempo fueron al Oxxo a comprar unas cosas mientras sucedía una conversación en un auto en movimiento.

“Compadre, ¿esa que está ahí parada no es Luisa?”. El coche se detuvo bruscamente y los tripulantes corrieron hacia la banqueta.

A casi un metro de distancia, Luisa sintió la mirada penetrante de su padre. Lo halló demacrado, pálido. No escuchó nada y simplemente la abrazó. La tomó de la mano y la llevó rumbo al coche. Luisa tenía la mente en blanco. Armando reaccionó desesperado y gritó “no, no señor, no se la lleve, yo quiero a su hija”. El joven sólo escuchó: “hablamos allá, mi hija se viene conmigo”.

VI

El tiempo no puede ocultar traiciones. Avimael y su familia buscaron a Luisa para decirle que ahora sí “pedirían su mano”, como debe ser, como es la tradición. La madre de Luisa se alteró al ver a ese tipo feo y le llamó a sus hermanos para que corrieran a todos. Avimael rogaba y pedía perdón como un cachorro. Toda

una escena de telenovela. Al final, una patrulla municipal llevó a los protagonistas al Ministerio Público de la capital del estado para que rindieran su declaración ante el zafarrancho. Inesperadamente, el MP acusó a Luisa de lo ocurrido ese fin de semana infernal.

—Yo no estoy diciendo mentiras, él me llevó con engaños a explotarme sexualmente a Poza Rica, —dijo llorando.

—¡No es cierto, seguro tú querías estar ahí! —le reviró la licenciada de turno.

La titular del MP remató “pinche niña berrinchuda, pues qué se cree la pendeja”.

La averiguación previa no se levantaría hasta que la familia de Luisa no pagara 8,000 pesos para seguir con el proceso judicial y girar una posible orden de aprehensión contra Avimael.

“Si yo ahorita les doy ese dinero, después ese delincuente les va ofrecer más y todo seguirá igual”, reclamó el padre de Luisa.

Todo era inútil. Medio año después, una de las que fue mujer de Armando buscó a Luisa para que fuera al DF a denunciar ese delito grave. Le explicó que ella estuvo 20 semanas esclavizada sexualmente en Tijuana, Pachuca, Puebla, Oaxaca y Tlaxcala, y levantó una denuncia “lo están buscando, tú tienes que hacer lo mismo”.

Venció el miedo que sentía cada vez que recordaba el rostro de Armando-Avimael. Ahora el león está detenido y espera sentencia. Desde hace cuatro años vive en la ciudad de México porque en Papalotla ya no tenía ningún sueño que perseguir. En la fundación que la acompañó en su proceso, recibió terapia integral para restaurar su cuerpo y superar mentalmente esos días negros. A lo largo de dos años tuvo apoyo médico, psicológico, jurídico y laboral.

“Fíjate que a mí me costó mucho, sobre todo el perdón. A ellos los perdoné fácilmente, pero perdonarme a mí estuvo complicado. Me llevó casi dos años entender que yo no había tenido la culpa, para comprender la situación que estaba viviendo mi papá. Maté a mi familia ese fin de semana. Creo que una recuperación

total lleva años. Aún no estoy recuperada al 100, hay algunas cosas en las que tengo que trabajar.”

Luisa tiene 22 años y falta muy poco para que termine la licenciatura en Derecho en una universidad privada. Quiere regresar a su pueblo y ser presidenta municipal, luego alcanzar la gubernatura de Tlaxcala para prevenir a los jóvenes de este delito y alejarlos de esta mafia familiar. Con dolor reconoce que el sueño de los niños de allá es ser padrote. Quiere dejar de pensar que el mundo está podrido. Recordar es una forma de huir.

Siempre escapar

Por Moisés Castillo

Mejor la calle

Le faltaba el aire, no podía respirar. Su corazón se agitó demasiado luego de correr quien sabe cuántas cuadras. Prefirió caminar un poco lento. Quería llorar pero no podía. Como todos los fines de semana, el Centro Histórico se convertía en un gran hormiguero. Había mucha gente y ruido, cantaba alguien famoso porque la plancha del Zócalo estaba a reventar. Logró cruzar y escabullirse entre la gente. No era tan tarde, había aún un poco de sol cobrizo.

Sobre la avenida 20 de noviembre recordó las palabras humillantes de su madre: “¡Vete de aquí, cabrona! ¡Ya no regreses, me oíste!”. Sus piernas le temblaron y pensó que se iba a desplomar de un momento a otro. Continuó caminando por inercia. Decidió descansar en una banca de hierro y soltó las primeras lágrimas. Estaba desconsolada, tenía esa sensación de vacío, como si su vida se hubiera terminado. La escena de su mamá abofeteándola frente a sus hermanos la hacía una chica infeliz. Se sentía despreciada. No podía fingir que todo estaba bien, que no había resentimientos. Lloró.

A sus 12 años no había recibido afecto de su familia. No sabía qué diablos era un beso de mamá o un abrazo de papá. Lo que sí sabía es que era una niña fantasma. Su padre los abandonó y veía a su padrastro como un impostor. Ese señor canoso, quien fue su padrino de bautizo, se convirtió en pocos años en el hombre de la casa y en su peor pesadilla: cuando estaba sola el cincuentón se le quedaba viendo muy raro y le decía cosas con tintes sexuales.

Una tarde fue violada por ese hombre. Sus ojos miraban suplicantes pero fue inútil. “Eres mía, ¿me entiendes? Yo te voy

a enseñar todo lo que necesitas saber.” Nunca se lo contó a su madre por temor a que no le creyera. Prefirió guardar silencio y su único escape era salir a la calle. Retornar a casa significaba acceder al infierno: sentía como si hubiera hecho algo muy malo. Ya se había acostumbrado a los golpes y a esas miradas lascivas. Lloraba en silencio. “Es nuestro secreto, ¿eh? Si le dices a alguien, te mato”. Esa noche no concilió el sueño, algo se quebró en ella.

Daniela se percató de que alguien se había sentado al lado de ella. Era un chico de 23 años y se presentó como Roberto:

—¿Por qué lloras? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Tuve un problema con mi mamá. Gracias, ya pasó...

—Ando en las mismas, mis padres no me comprenden. Por eso decidí hacer mis cosas por mi lado.

Sin darse cuenta, Daniela ya conversaba con Roberto. Se reían de todo y él la abrazaba o le acariciaba el cabello. Ella se sentía protegida y querida. Se identificó con ese chavo porque tenían historias similares de sufrimiento y, por un momento, sintió que su corazón estaba palpitando de emoción. Pensó que era atractivo, como debe serlo un joven. Cerró los ojos y en los labios sintió sus labios calientes. Daniela esbozó una sonrisa.

Él le explicó que estaba en el negocio de la venta de ropa y que le iba muy bien. Se acababa de comprar un auto deportivo y casi terminaba de pagar un pequeño departamento en Tlaxcala, a unas cuantas cuadras de donde vivían sus padres.

La chica de secundaria estaba sorprendida, siempre había soñado con estar con alguien exitoso, pero la sombra de su familia no la dejaba en paz. Le daban escalofríos cada vez que recordaba las golpizas que recibía de su madre y los manoseos de su padrino. Quería largarse de una vez, pero no sabía cómo. Quería un verdadero hogar, dormir bajo un techo seguro y sentirse querida como lo hacía Roberto con tanta facilidad.

—Creo que siempre nos anduvimos buscando, ¿no crees? Vámonos de aquí, tú y yo, solos. Podemos vivir juntos y ser felices.

—No creo que sea una buena idea. Tengo que regresar a mi casa.

—¿Quieres más golpes? ¿Quieres más humillaciones? Pues estás mal, eh. Pensé que eras diferente... Conmigo no te vas a sentir sola y no te va a faltar nada.

—Sí me gustaría, pero no sé.

—Todavía andamos a tiempo de llegar a la terminal y tomar el autobús, qué dices. Si no te gusta donde vivo, nos regresamos sin problemas...

Daniela tomó de la mano a Roberto y se dio cuenta de que estaban a unos cuantos pasos de la estación del metro Pino Suárez. Miró al cielo buscando algo. Se sentía bien en ese momento en que el sol ya se había escondido. Quería pensar que estaba viva: el encuentro inesperado exaltaba su corazón. Dijo adiós sin resentimientos ni amargura.

Estaba en el destino

Nunca imaginó que ese encuentro casual y repentino bastaría para sentirse tan bien. Lejos de su insufrible familia. ¿Vivir así para qué? Mejor huir, olvidar. Caían relámpagos y ahora flotaba. Lo primero que vio al llegar a Tenancingo fue ese Camaro rojo que le había platicado Roberto. Nunca había visto algo tan brillante, tan nuevo. Se emocionó, ¡era verdad! La familia de Roberto la recibió como una reina y organizó una pequeña cena para darle la bienvenida a su nuevo hogar.

Había una respuesta en su sonrisa. ¿Soledad? Qué era eso. Ahí estaba Roberto, verdadero. Pasaron tres meses de regalos, ropa, cine, perfumes, cosas que para ella eran inalcanzables. Al departamento iban seguido unos primos de su novio para matar el tiempo o simplemente para beber. Una tarde cualquiera le revelaron un secreto: Roberto estaba muy enamorado y quería casarse con ella. Andaba juntando un “dinerito” de la venta de ropa; ellos serían los padrinos.

El destino. Hacía mucho tiempo que no veía el sol. Daniela por primera vez querida, deseada. No lo podía creer. Siempre soñó con tener una familia y casarse de blanco. La suerte no se puede almacenar y ya no quería desventuras en su vida. Recorría un camino desconocido, pero hermoso. Así conoció a Roberto, en días extraños e imposibles.

Tormenta por tempestad

Roberto casi no hablaba y su mirada estaba perdida. Juguetecía con el tenedor. Tenía el rostro tenso. Ella intentaba platicar y lanzar un comentario divertido, pero sólo escuchaba monosílabos. Algo extraño sucedía y quiso saberlo de inmediato:

—¿Qué tienes? ¿Pasa algo?

—No, nada. Mmm es que tengo problemas de dinero. Las ventas cayeron un poco y necesito pagar unas deudas.

—Y qué vas hacer... Yo te ayudo en lo que me digas.

—¿En verdad? No quiero preocuparte...

—¡Claro! Te has portado súper bien conmigo y no me gusta verte así.

—¿Estás dispuesta a trabajar como sexoservidora?

Daniela soltó una risa traviesa y dijo “sí”. Quería saber hasta dónde llegaría el juego de su chico. Roberto le explicó que sólo sería temporal mientras se estabilizara y que, con ese dinero, se casarían y tendrían una luna de miel espectacular en Acapulco. Casi sin respirar le explicó cuánto cobraría, los clientes que tendría, las posiciones que tenía que aprender. Daniela no le dio importancia porque era una broma de mal gusto. Se veía, eso sí, vendiendo ropa y otros artículos de vestir.

Muy temprano la despertó y le dijo que viajarían a Puebla. Apenas estaba amaneciendo y Roberto se encontraba haciendo la maleta. Negocios son negocios, pensó. Llegaron a la capital poblana y se hospedaron en un hotel sencillo, pero cómodo. Se percató que no había comido nada en todo el día, escuchó algunos ruidos en el estómago. Alguien tocó la puerta y era una mujer rubia de

unos 30 años, voluptuosa, exageradamente pintada. Llevaba un vestido rojo pegado al cuerpo y unas zapatillas negras de charol. Era atractiva, llamaba la atención. Roberto le ordenó que se fuera con ella, se verían en la noche.

Sin saber, llegan esos momentos en los que te das cuenta que nada tiene sentido, que no has hecho nada de tu vida, que no eres nada. Sintió frío en las piernas. Caminaron por las calles del centro, no se miraron ni se dijeron nada. Llegaron a una zona de ferreterías. Una cuadra a la derecha se alzaban algunos hoteles color ladrillo. Atravesaron una cortina metálica, estaba oscuro, pero alcanzó a ver a una docena de chicas en fila india con ropa sexy. No pudo aguantar las miradas que le lanzaban y miró el piso. Le impactó tanto esa escena que su autoestima cayó vertiginosamente. Descubrió que Roberto no jugaba. En ese instante y en ese local sórdido ya no se sentía una chica amada, sino una cualquiera en un mundo de pecado.

La rubia se alejó de Daniela y estuvo hablando unos minutos con el dueño del lugar. Veía cosas que no entendía. Se acercó un poco a la escena y escuchó: “Necesita trabajar, quiere entrarle. No tiene IFE, pero eso hoy mismo se resuelve”. El dueño se acarició el bigote y le advirtió: “Si no tiene IFE, no puede estar aquí. ¿Quién te dijo que vinieran? ¡Quiero que se vayan a la verga! Pinches viejas, qué tal si hay un operativo y me tuercen. ¡Lárguense, pendeja!”

—¿Quién es ese señor?, ¿qué está pasando? —preguntó Daniela.

—¿Qué señor...?

—No te hagas tonta —reclamó.

—¡Cállate! Tú estás aquí para obedecer, putita.

Roberto estaba furioso. Le ordenó por teléfono que fuera a sacarse unas fotos a color tamaño infantil y que regresara pronto al hotel. Daniela tenía asco, volvió al hotel, tomó un baño y estaba tan cansada que se quedó completamente dormida. Despertó horas más tarde y en el buró encontró una credencial del IFE: ya era mayor de edad.

Prostituirse era su destino

La luna se asomaba luminosa, deslumbrante, como el Camaro rojo que manejaba Roberto como si fuera piloto de Fórmula 1. Veloz, poderoso. La noche estaba ahí vigilante. Su novio, concentrado, fumaba un cigarrillo. Su amigo, Toño, estaba como ausente. En la parte trasera su chica venía dormida. Daniela sólo miraba la ventana. El problema era Dios, dónde estaba... por eso ya no creía tanto. Un día fue la chica más maravillosa del mundo, y al siguiente no servía para nada, sólo para ser esclava.

Llegaron a Guadalajara y se hospedaron en un hotelucho. No era difícil percibir el limpiador de pisos barato.

—¡Cámbiate y arréglate! Esas tres palabras le perforaron los oídos.

—Te vas a ir con la chava de Toño. Haz exactamente lo que ella te diga —escupió Roberto.

Sacó de su cartera un condón, lo abrió y le mostró cómo debía manipular ese látex. Nunca había visto uno. Estaba nerviosa y torpe. Su corazón latía rápidamente. Mientras escuchaba las indicaciones de Roberto, confirmó que jamás vendería ropa y que prostituirse era su destino. Humillación tras humillación. ¿Qué moral puede tener una esclava sexual?, se preguntó cerrando los ojos.

—Nunca debes tener relaciones sin que los clientes usen condón, es muy importante. Ah, y que te paguen por adelantado, porque los muy cabrones ya no quieren aflojar, ¿dudas?

Daniela estaba muy asustada. Ninguna maldición podría cambiar las cosas. Sentía tanta vergüenza que ya no podía mirar de frente a Roberto. Sólo sentía decepción.

La casa de citas era de dos pisos, totalmente blanca. Las recibió un señor calvo, usaba lentes antiguos de pasta. Daniela lucía un vestido negro pegado y unas zapatillas de tacón bajito. El señor no le dirigió la palabra y le señaló el lugar donde debería esperar a los clientes. Mientras caminaba para llegar a una banca de madera, donde otras mujercitas aguardaban silenciosas, se sentía con un aspecto repugnante. Una chica le dijo que no se preocupara, que

las muchachas eran buena onda, “somos como una familia”. El negocio en la casona funcionaba de día hasta las 11 de la noche. Los clientes pasaban a la sala de espera, veían a las chicas, escogían y entraban a los cuartos.

Un hombre cuarentón llegó y la escogió. Daniela, resignada, bajó la mirada y no supo qué pensar. Atravesaron un largo pasillo lleno de puertas. Al ingresar a una de las habitaciones se esforzó por no pensar ni sentir, convertirse en maniquí. Temor y asco. Se sintió sucia. Veinte minutos fueron suficientes para ya no querer vivir. Estaba adolorida, su cuerpo no respondía. Quería desaparecer.

Tenía en el bolso 150 pesos y lloraba. Ésa fue una noche larga: 15 clientes más y los muros eran tiempo encapsulado. Nunca terminaría su pesadilla.

Sólo queda obedecer

Roberto y su amigo tuvieron problemas con los padrotes, por lo que tuvieron que huir de Guadalajara. Tomaron la carretera rumbo a Irapuato, Guanajuato, y comenzó a trabajar en una zona de hoteles de paso donde había gays, travestis, niñas como ella de 12-13 años y señoras mayores. Daniela parecía un robot cuando caminó por esas calles, los malos recuerdos invadían su ánimo, a tal punto que las manos empezaban a sudarle. Las reglas eran claras, inamovibles: 2,000 pesos de cuenta por día, nada de celular y nada de platicar con extraños. Del hotel a la casa, todos los días.

Daniela no tenía otra alternativa que obedecer. Estaba vigilada por dos hombres feos y corpulentos. La novia de Toño coordinaba que todo estuviera bajo control.

No tenía otra alternativa que ver los días pasar, uno tras otro, rostros desconocidos, uno tras otro, pasando, pasando...

¡Desnúdate! ¡Rápido! Le gritó Roberto un día que llegó temprano. Sorprendida y temerosa se quitó lentamente el vestido beige, las medias y los tacones. Se quedó congelada ante la mirada terrorífica del padrote. Notó que ella tenía un chupetón en la nalga izquierda y su rostro se llenó de un aire siniestro. Le

soltó una cachetada tan fuerte que la tumbó. “¿Por qué andas de perra? ¡Te dije que nada más eres mía!” Mientras escuchaba esas palabras, azotó su cara contra el suelo y percibió su respiración amarga. Náuseas.

Roberto estaba loco. Tomó una cadena de hierro y le pegó sin piedad, como si fuera un animal. Conforme pasaban los minutos, los golpes eran tan agresivos que ya no sentía dolor en su cuerpo. Soltó la cadena y comenzó a patearle el estómago y las costillas con sus botas texanas. Roberto era un toro, un sádico. Daniela sólo se encogía, era un bulto.

El resto del día permaneció como un cadáver. No tenía fuerzas y el dolor en los huesos no le permitía ponerse de pie. Entrada la noche escuchó una voz intimidante: “¡Vete a trabajar! No creas que estás de vacaciones. Ya sabes lo que te pasa si andas de cabroncita. ¡Arréglate y regresa con dinero!”. Daniela se asomó en el espejo: era horrible. Tenía moretones en su rostro y sus ojos se veían minúsculos e inexpresivos. Otro punto negro en su historia, pero tenía la esperanza de que algo bueno le sucediera en la vida. Mientras, dolor.

La chica de Toño le chismió a Roberto que su morra andaba “coqueteando” y “zorreamo” con todos a la menor provocación. Roberto estaba encrespado, caminaba desesperado en la habitación. Cuando entró Daniela le soltó un puñetazo en el rostro. Quería ser despiadado y lo logró. La noqueó y le arrancó la ropa. Daniela lanzó unos gritos ensordecedores, no podía creer tanta crueldad. Un dolor desgraciado inimaginable, algo que quema por dentro. Conectó una plancha y forcejeó hasta abrirle las piernas.

—¿¿Quieres estar de calenturienta? ¿¿Quieres sentirte caliente?!

—¿Qué vas a hacer? ¡Suéltame, desgraciado! ¡No me hagas daño!

La plancha estaba a escasos centímetros de su vagina, sintió una descarga eléctrica. Trató de zafarse pero fue inútil. Roberto se divertía al ver esa cara pálida. Después de un par de minutos

aventó la plancha. Daniela tenía un nudo en la garganta, le costaba trabajo respirar. Cerró los ojos.

“Esto es para que aprendas a respetarme y no andes de puerca con los clientes. Si me entero otra vez de que me engañas, ¡ahora sí te mato!”. Daniela no tenía idea de qué decir o hacer. No quería verse otra vez en el espejo, se quería arrancar la piel. El cuarto olía a sudor, como a fruta podrida.

No era feliz, nunca lo fue

Daniela se sentía rara, hacía mucho tiempo que no era feliz, pensándolo bien nunca lo fue. Sus ojos vieron cosas crueles como la venta de niñas a los padrotes: niñas de 10 años de edad paradas como estatuas en las calles, o situaciones enfermizas como la renta de bebés. Percibía un olor repugnante cada vez que le enseñaba a las chicas primerizas cómo poner el condón con la boca, las posturas del Kamasutra, cuánto cobrar, cómo tratar al cliente, qué decirle para que regresara y las buscara como desesperado. “¿Por qué repito lo mismo que me hicieron a mí? ¡Soy un asco!”, decía. Pero si no cumplía las órdenes de su novio, las golpizas y los malos tratos no tardarían en llegar a su cuerpo.

Con el pretexto de realizar operativos, policías de Puebla tomaban a las chicas y se divertían toda la noche. Los azules sabían que la mayoría era menor de edad y les cobraba una especie de derecho de piso. “Si quieres trabajar, primero conmigo”, era la regla no escrita. Para no tener problemas, las jovencitas accedían, incluso, a que fueran grabados los actos sexuales con cámara. Sentían vergüenza de su cuerpo. Su única identidad era la credencial del IFE falsificada.

Roberto le pidió perdón por las reacciones violentas. “Es que te quiero mucho y no me gusta que cualquier pendejo trate de conquistarte. Tú eres mía y de nadie más”. Daniela no sabía qué decir. Le sorprendió el cambio de su voz, era más suave, menos áspera. ¿Esta vez podía creerle? No tenía a nadie más en el mundo, su familia desapareció. No tenía amigos ni conocidos. ¿A dónde ir

si todo era su culpa? Pensaba en su presente, en los minutos que corrían. Trataba de coleccionar pedazos de historias, trataba de entender ese tiempo maldito, trataba de construir algo que le hiciera sentido. Imposible.

A la par, su novio se puso muy estricto con las cuotas, era imposible juntar todo el dinero que exigía. Además tendría guardaespaldas: una amiga de Roberto la vigilaría, sería su sombra. ¿Veinte o 30 clientes al día? Qué más da, si a su cuerpo se le metió el diablo. Desnuda, sexo oral, posiciones. Todo permitía para cobrar más y completar la cuenta. Roberto le advertía, en todo momento, que si intentaba escaparse le iría muy mal: “Así pasen meses o años, ¡te encuentro y te mato!”.

Daniela se puso como loca porque estaba embarazada. Comenzó a pegarse en el estómago, lloraba y gritaba. Pegaba con fuerza en las paredes y maldecía a Dios por haberla dejado sola. Tenía 15 años, no sabía qué hacer, se sentía perdida, como si se rompiera por dentro. Temerosa, le platicó a Roberto. Él con una serenidad envidiable, sacó del cajón unas pastillas y le dijo que se tomara dos y que una se la pusiera en la vagina. A las cinco de la mañana los fuertes cólicos la despertaron, lloró apretando los ojos. Cómo hacerle para no volverse animal. Su pijama estaba manchada y sintió escalofríos en el brazo derecho. Cruzó la puerta del baño. Dos coágulos de sangre cayeron en la taza, algo deforme. Daniela no sabía que había abortado. Sus dedos se tornaron insensibles, sus manos se pintaron de azul. Vio sangre derramada.

De inmediato, Roberto le ordenó que se bañara y descansara. Pero la hemorragia vaginal era brutal. Sacó de una caja de madera una esponja suave, con la que bañan a los bebés, y le dijo que la remojará en vinagre y se la colocara para que detuviera el sangrado. “¡Ve por mi dinero!”, le gritó aquel hombre de botas vaqueras.

Al día siguiente la fiebre era altísima, sentía que su cuerpo le iba a explotar por la infección. Roberto la llevó a una clínica para que le practicaran un legrado. Le recetaron antibióticos. Todo esto lo grabó con su celular para atormentar y culpar a Daniela de que

había matado a su hijo. Después de 48 horas ya estaba trabajando con el cuerpo cortado. Su vida no era su vida. Sólo había miedo. La verdad desnuda en la mentira de que todo iba a cambiar. Los días goteaban, goteaban...

Sñar está prohibido

Cuando conoció a Gabriel estaba nuevamente embarazada. Dolor de cabeza. Otro problema en una vida miserable, así pensaba Daniela. Al menos Gabriel era un señor amable, al que sólo le gustaba platicar y pasar ratos agradables. Nada de sexo, sólo abrazos, desahogo.

Daniela le dijo a Roberto que deseaba tener al bebé, ya no quería el recuerdo del aborto. Le suplicó con todas sus fuerzas. Habló con tanta pasión que hasta él se sorprendió. “Está bien pero si no es mío, ¡te juro que te mato!”.

A pesar de todo, la rutina de maltratos y explotación siguió durante el embarazo. Su pasatiempo favorito era decirle a su bebé, cada vez que miraba su panza, “siempre estaré aquí”. Deslizaba sus dedos hacia su ombligo y sonreía de una manera poco usual.

A unas cuantas semanas de dar a luz, Roberto la llevó a la nueva casa de sus padres, en Capulín, Puebla. En ese pueblo nació la pequeña María. Cesaron frío y calor, alegría y tristeza. Abandonó por primera vez sus pensamientos. Pasada la “cuarentena” sus suegros le quitaron a la bebé. Ella tenía que regresar al trabajo. Sólo vería una vez a la semana a su nena y tenía prohibido alimentarla. Pensaba que se iba a acostumbrar a ese infierno, que con el tiempo las cosas se volverían más sencillas, pero para eso tenía que morirse poco a poco. Volverse carne en la carnicería para ser usada y comida.

Cada vez que veía al señor Gabriel le confesaba cómo se sentía y la situación tormentosa en la que se encontraba. Él se convirtió en la única persona de sus confianzas. Sólo quería tener a María entre sus brazos. El señor de 60 años le aconsejó que buscara otro empleo, que esa perra vida no era para ella y que luchara por su

hija. Le preguntó “¿qué, no tienes sueños?”. Ella clavó sus ojos negros en el rostro de Gabriel y le respondió: “Soñar está prohibido. El mundo es borroso desde que llegué aquí”.

Gabriel era un hombre detallista, le compraba regalos. Sabía que todo el dinero que ganaba Daniela se lo quedaba Roberto. Él era una especie de ángel guardián, que le ayudaba a mejorar su autoestima y le recordaba que no todo estaba perdido. Pero Daniela siempre le cuestionaba, “¿Tú ya sentiste odio verdadero? ¿Odio que te rasga a la mitad? ¿Odio de enloquecer, de saltar al vacío? Yo ya. Tú no entiendes”.

Era martes y no pudo soportar estar lejos de su bebé. Decidió hablarle a su tía Emma y contarle que sufría maltratos por parte de su “esposo”. Nunca le reveló que la obligaban a prostituirse, ni mucho menos el infierno que vivió durante los últimos cuatro años de su vida. Le dijo que ya no quería estar con Roberto y que le ayudara a escapar con su pequeña.

—¿En qué diablos estabas pensando para pasarle a tu tía el teléfono de la casa? ¿Estás pendeja, o qué?! —gritó Roberto.

— Le platicué una vez que ya era mamá y que nuestra hija se llama María.

—Te quiere ver, pero le dije que estabas muy ocupada.

—No seas malo, deja que mi tía conozca a la niña, qué te quita que la lleve a su casa.

—No vas a ir a ningún lado. Además no tenemos dinero, no me has entregado la cuota completa.

—Déjame ir y me regreso el mismo día. Ándale, ¿sí?

—Pues si en una semana me juntas 45,000 pesos te vas, si no, ni lo sueñes...

Colgó Daniela y se sintió nerviosa, pero entusiasmada porque había posibilidades de fugarse. Inmediatamente llamó al señor Gabriel: “¿Sabes? Me está pidiendo 45,000 pesos para llevar a la niña con mi tía. Quería saber si me puedes ayudar a juntarlos”. La joven escuchó un “claro, con tal de que te vayas, yo te los doy”. Respiró profundamente, cerró los ojos. Nunca había tenido una

sensación de alivio. Esperanza de poder algún día vivir como gente. Estaba al borde del abismo, pero no se tiraba.

Vendrían horas complicadas: cómo juntar tanto dinero en tan poco tiempo. Hizo cuentas. Los dueños de la tiendita que rentaban la habitación de citas ya no estaban a gusto, porque veían que entraban y salían muchos hombres. También se percataban de las golpizas que sufría Daniela y de las cicatrices en su piel. Ellos se ofrecieron a cooperar con el plan que tenía. “Quiero que te vayas. Ya no queremos que estés aquí. Ese señor un día te va a matar y luego qué hacemos”, dijo el anciano.

Bastó una semana para que Gabriel consiguiera el dinero, pidió un préstamo al banco y sacó algo de sus ahorros. Compró una maleta grande y ropa para la bebé. Los de la tiendita contactaron a un taxista de confianza para que se fueran tranquilas rumbo a la ciudad de México, por el metro Viaducto. Ese sábado fue el más largo de su vida. La ansiedad no la dejaba en paz. Un sueño dentro de otro sueño.

—Espero que el dinero esté completo, eh...

—Dame a mi hija primero.

—Por lo que se ve estuviste muy chambeadora, ¿no?

—Cuéntalo, está lo que pediste.

—No, no hay necesidad. Quiero que estés aquí mañana temprano. Si no ya sabes lo que te pasa.

Del sobre amarillo sacó 500 pesos y se los dio para los pasajes. Se van con cuidado y le plantó un beso en la boca. Qué asco, pensó.

Adónde ir

Daniela se sentía extraña. El taxi iba lo más rápido posible hacia el DF. No se quitaba de la cabeza las amenazas de Roberto: “si te vas, te encuentro y te mato”. En el trayecto trató de tranquilizarse mirando a María que dormía profundamente. Sabía que en los últimos años le habían cortado las piernas, le habían robado la voz y la mirada, pero tenía la esperanza de vivir otra vida.

La tía Emma, al conocer la terrible historia, no dudó en acudir a la Policía y denunciar ese delito grave. En la PGR levantaron una denuncia y de inmediato la canalizaron a un albergue. Ofrecieron todos los datos a las autoridades para detener a esa mafia del crimen organizado. La joven estaba traumatada, no quería hablar con nadie, tenía mucha desconfianza de la gente. Quería pegarle a todo mundo. Se odiaba y odiaba a todos. No podía dormir, sólo pensaba: ¿Qué hago aquí? ¿Y si me encuentra? ¿Y mi bebé? Rostro sin ojos, ni boca, ni nariz.

Roberto no paraba de gritar al cielo. Estaba irritado. Daniela no llegaba a casa, corrían las horas y nada. Marcó a su celular y la amenazó: “¡Qué cabrona me saliste! ¿Piensas que te vas a escapar? Jajaja. Pueden pasar días, meses o años, pero de que te encuentro, te encuentro. Así que tú sabes, regresas o ya no verás a la niña. Es mejor que pienses todo muy bien y no hagas más pendejadas”.

Cada vez que salía a la calle, volteaba a todos lados, se ponía paranoica y veía en todos los hombres el rostro de Roberto. Estuvo un año en el albergue recibiendo una terapia integral, ayuda física y psicológica para sanar sus heridas. Su tía Emma, en tanto, cuidaba a su bebé. Eso le dio mucha tranquilidad para seguir adelante. No fue nada fácil enfrentarse a sí misma.

Supo que su madre también huyó de la casa con su padrino y que viven en Estados Unidos. Nunca se llevó bien con sus hermanos pero al conocer su caso fueron solidarios con ella. Por primera vez confió en ellos y viceversa. Aún no entiende por qué las autoridades no hicieron nada y no detuvieron a los padrotes de Puebla y Tlaxcala.

A sus 20 años dice que su único sueño es registrar todos los instantes de cómo crece su María. También le gustaría terminar la secundaria y aprender cosas de “cultura de belleza”. De Gabriel, su amigo cómplice, supo que murió hace un par de años. Todos los días le agradece su valiosa ayuda. Su bondad y sus palabras le ayudaron a pensar que era posible empezar de cero.

“He visto y he vivido lo que mucha gente ni se imagina en sus peores pesadillas. Hay personas que por una violación se suicidan y gente como nosotras que hemos tenido más de cincuenta violaciones al día, que hemos vivido como esclavas, tenemos la capacidad de tener sueños y anhelos”.

Daniela busca dignidad. Alterar los hechos que marcaron su vida es imposible, un camino no deseado. Cierra los ojos y vuelve la imagen muda. La resignación se encarga de aliviar casi todo. El pasado se adelgaza.

Yo pagué por ti

Por Analía Ferreyra

A Jazmín la sedujeron con un sueño: ya no estaría sola, tendría su propia familia, su propia casa. Le hablaron de amor, de futuros, de posibilidades, pero pronto supo que en este mundo el acento está en hacer negocio y hay “amores” que piden sacrificios demasiado grandes.

“Yo pagué por ti”, le dice un hombre a Jazmín con la seguridad de quien ha intercambiado billetes. Ella con mallones y blusa pegada, parada junto a la barra del Churro’s Bar, le contesta desconcertada: “Yo nomás sirvo bebidas”. Él, indiferente ante su respuesta, insiste: “Yo ya pagué por ti y tienes que hacer”. La toma fuerte del brazo y se la lleva a empellones al cuarto de atrás.

De un empujón tira a Jazmín a la cama. Ella se levanta molesta; se acomoda la ropa, lo mira. Resignada, vuelve a subirse al colchón. No está lista. El hombre le jalonea la ropa. No está lista. La desnuda. No está lista. No está lista. La penetra.

Treinta minutos después, el hombre del dinero sale del cuarto satisfecho, mientras Jazmín se viste y se limpia los ojos antes de regresar a la barra para atender a más clientes.

* * *

Después de esa noche en el cuarto de atrás, Jazmín entendió que con dinero todo es negociable. Al cliente lo que pida. Le habían dicho que sólo serviría bebidas, que si alguno le invitaba un refresco a ella o a otra de las chicas, tendría que cobrar 40 pesos extra; que de esos 60 pesos 50 por ciento era para el dueño y el resto para Javier, su novio.

Ésa fue su primera noche de trabajo. A partir de entonces, de ocho a cuatro todos los días atendería entre cuatro y seis clientes; el dueño del Churro’s Bar le daría los condones y contaría el tiempo.

Las reglas estaban bien claras: desnudo completo, una posición y penetración sólo vía vaginal por media hora costaría 300 pesos; 50 pesos para el dueño y lo demás para Javier, quien decía amarla. Si quieren otra cosa, se puede, pero eso sí, se cobra distinto: 50 pesos más, o 100, depende de la actividad: al cliente lo que pida.

Jazmín ya había visto muchos bares como el Churro's. Bares de los que las chicas salen con un señor distinto cada noche; bares de chicas borrachas, maquilladas, en minifalda y blusa escotada; bares de "prostituidores".

* * *

A las siete de la noche de un día de semana, Jazmín iba saliendo de los abarrotes en donde trabajaba, el camino de vuelta le tomaba dos horas entre la combi y la caminata. Cuando pasó por el parque, casi llegando a la parada, sintió la mirada de un chico de veintitantos clavarse en ella. Era Javier.

Él se acercó, le hizo la plática, le tiró un piropo: "Mi reina, qué bonita estás". A ella le gustó que alguien le prestara atención, que la mirara de esa forma, que se interesara y quisiera saber su nombre, su oficio, dónde trabajaba. Jazmín le dijo todo y Javier parecía interesado en saber más; él le contó que era del Sureste, vivía solo y trabajaba en una fábrica de hilos.

"¡Qué bonita eres!", repitió Javier. Jazmín se sintió como un diamante. Caminaron un tramo cuando él le confesó que no estaba contento, que no le gustaba su vida ahí; ella se identificó: se quería ir de su casa, la regañaban todos los días, sentía que sólo era una carga para su prima.

Para Javier, Jazmín era una inversión.

"¡Qué bonita eres, mi reina! ¿No quieres ser mi novia? Yo te voy a apoyar, juntos vamos a hacer algo, nos vamos a ir de aquí, vamos a tener hijos, una casa". Jazmín no lo dudó; le dio el sí esa misma tarde.

Seis días después, él la acompañó a darle la noticia a su prima: estaban enamorados, se irían a vivir juntos, formarían una familia.

“Ahí te la encargo, cuídame la”, le dijo la prima a Javier, contenta porque Jazmín ya no sería su responsabilidad.

Esa misma noche, se mudaron a un cuarto de vecindad: una cama, un ropero, baño compartido. Lo indispensable. Jazmín estaba emocionada, Javier le prometió un techo y cumplió.

Desde esa velada, tuvieron relaciones sexuales sin protección; Javier insistió que quería tener hijos con ella. Cuando se iba a trabajar, Jazmín hacía el aseo y pensaba en lo afortunada que era: “Javier me cuida, por eso no me deja salir”. A su regreso de la fábrica, cansado, ella lo atendía desde el comedor hasta la cama, en especial si llegaba borracho, no fuera a ser que se enojara y quisiera golpearla, como sucedió desde el principio.

Vivieron así una semana, hasta que una tarde, tras acompañarlo a la fábrica, Javier le dijo que perdió su trabajo. Había estado enfermo un par de días y llenaron la vacante.

—Ay, mi reina, ya nos van a venir a cobrar la semana y no tenemos dinero —le soltó cuando regresaron al cuarto—. Tú deberías trabajar.

—Sí, yo trabajo, yo te apoyo —dijo Jazmín, dispuesta a cuidar de su nueva familia.

—Conozco al dueño del Churro's Bar, igual podemos hablar con él para que trabajes ahí...

Así empezó la relación laboral entre Jazmín, Javier y el dueño del Churro's.

* * *

Jazmín se resignó a la idea de prostituirse para apoyar a su pareja entre semana, pero jamás imaginó que Javier la obligaría también a tener relaciones con sus amigos.

“¿No quieres tener sexo con mi esposa?”, le preguntó Javier a Pedro después de unos cuantos mezcales. Los viejos conocidos

se encontraron en la calle después de años de no verse y decidieron pasar la tarde del domingo en compañía de unas botellas. “Va”, contestó Pedro. “Trescientos pesos, 15 minutos”, recalcó Javier. Pedro tiró 100 sobre la mesa y dijo que pagaría el resto a la salida mientras se llevaba a Jazmín al cuarto.

Jazmín estaba tan mareada que le costaba caminar, con mucho trabajo intentaba vestirse. “No te pases de listo”, gritó Javier al tiempo que golpeaba la puerta. “Te pasaste de tiempo, te voy a cobrar doble”. Pedro salió de la habitación. “¡Eres una puta! ¡Se ve que te gustó!”, escuchó afuera. Javier forcejeaba con Pedro mientras le exigía el pago extra.

Jazmín se tambaleaba fuera del cuarto intentando entender lo que ocurría, en el aire se distinguía la rabia entre los gritos y los manotazos. Había bebido dos vasos de mezcal y estaba mareadísima. De repente, sintió un golpe en la cabeza, todo se puso oscuro: quedó inconsciente, desangrándose en el suelo, como un objeto que nadie quería levantar.

Cuando abrió los ojos estaba en el hospital. Tenía sangre seca en el pelo, le dolía la cabeza. No entendía lo que acababa de ocurrir. ¿Cómo llegó allí? ¿Dónde estaba Javier? Un policía le explicó que estaba a salvo, que tenían un lugar para ella. Javier y Pedro estaban arrestados, rindiendo declaración en el Ministerio Público.

* * *

Jazmín tiene 16 años y no sabe leer ni escribir. Es una chica linda, noble, con una sonrisa sincera y ganas de salir adelante. No tiene noticias de su padre desde que era una bebé. Su madre era una alcohólica que murió cuando ella era muy chica y fue entonces que se fue a vivir a casa de una tía.

Cuando quedó embarazada a los 14 años, su tía la llevó a abortar y le dijo que no quería “putitas” en casa. Entonces se fue a vivir a casa de los suegros de su prima, a trabajar de 9 a 7 en los abarrotes y medio aprender a garabatear su nombre.

Jazmín lleva un par de meses en el refugio. Ahora entiende que Javier la utilizaba, que el amor nunca pide sacrificarse a sí mismo, que el amor no da utilidades, que el amor nada tiene que ver con dineros y negocios.

“No, creo que no lo amaba”, dice, “pero no quiero hablar de eso”. Jazmín prefiere enfocarse en el futuro que mirar atrás. Al tiempo que lava los platos en el refugio, piensa en reunirse con su prima, en aprender a leer, a valerse por sí misma. Jazmín quiere recuperarse y olvidar todo lo que Javier le hizo vivir.

Algún día su hija aparecerá

Por Moisés Castillo

I

La gente lo rodea, pero no son sus parientes. Son una veintena de madres que tienen a sus hijas desaparecidas. La autoridad en el Estado de México, escuchó sus peticiones en un salón del Palacio de Gobierno. El reclamo era generalizado: que su administración difunda los casos de las jóvenes que aún no regresan a casa.

II

Desde el 12 de abril de 2012, la señora Araceli reza todas las noches y no consigue consuelo. Tiene miedo. Su hija Luz del Carmen desapareció inexplicablemente. Araceli trabajaba sin parar para cumplirle el sueño a su pequeña: su fiesta de 15 años. No le importaba la insufrible rutina de levantarse todos los días a las 5:30 de la mañana y cuidar a enfermos terminales en Lomas de Tecamachalco, una colonia pudiente del Estado de México. Como siempre alistó sus cosas en una pequeña mochila y antes de salir de casa le dio un beso en la frente a Luz del Carmen. Una hora después Jorge, su esposo, preparó su caja de bolear zapatos y salió a la calle en busca de clientes.

Jorge tuvo esa extraña sensación de cuando sales de casa y piensas que algo olvidaste. Llamó por teléfono a su hija para checar si la estufa estaba apagada luego de haber preparado el desayuno. “Sí papi, todo bien. Nos vemos al rato”. Ésas fueron las últimas palabras que escuchó aquel hombre que regresaba con las manos manchadas de grasa y pintura.

Luego de la jornada laboral, Jorge se percató de que la puerta estaba abierta y sólo se escuchaba el ruido de la televisión. Sintió un golpe en el corazón. Eran las 5 pm. Entró a la casa y no estaba Luz del Carmen. Marcó a su celular y nada, buzón de voz.

Inmediatamente le avisó a su mujer, pero ella lo tomó con calma: “Ha de estar con su amiga Michelle”. Fueron a casa de su compañera de clase y nada. Ni en hospitales ni en las delegaciones policíacas ni con algún familiar. Luz del Carmen se convirtió en un fantasma.

De repente apareció una soledad casi mortal. Araceli y Jorge estaban angustiados. Lo primero que hicieron fue acudir al Ministerio Público y no dio resultados. El bolero recibió un mensaje de texto a su celular cinco días después de la desaparición: “Yo le doy de comer a su hija y José Guadalupe *El Perro* viola a su niña todos los días. Si quieren verla está aquí en las carreteras afuera de La Guadalupana, La Venta. Sobre la carretera de Texcoco”.

A pesar de esta prueba, la policía investigadora actuó con torpeza, no fue mesurada: llegó a ese lugar y preguntó si había ahí una niña de 14 años. Respuesta negativa.

Araceli y Jorge se sentían enojados y frustrados al escuchar comentarios despiadados de varios servidores públicos: “ni se preocupen, seguramente su hija está en Acapulco tomándose unas chelas, en unos días más regresa”.

Las autoridades en vez de realizar las investigaciones correspondientes se burlaban. Al ver fotografías de Luz del Carmen, los policías municipales decían sin pudor: “pues su hija ya se ve grandecita, ya no es una niña inocente, no coincide con el cuerpo de alguien de 14 años”.

Hasta el momento las autoridades no cuentan con ninguna línea de investigación o pista para resolver el caso de Luz del Carmen. Según el Programa de Apoyo a Familiares de Personas Extraviadas, Sustraídas o Ausentes de la PGR, hay 164 menores que el gobierno no puede encontrar y 24 están en Ecatepec, municipio donde vive la familia de Luz del Carmen. Las desaparecidas en esa zona mexiquense, que ya es un “foco rojo” para las mujeres, suman más de 60. Un policía local le dijo a la doña Araceli: “Uy señora, pues creo que a su hija se la tragó la tierra”.

III

En la colonia Jardines de Morelos, Ecatepec, se comete un delito cada 10 horas. En ese infierno vivía Luz del Carmen, que cursaba segundo grado en la secundaria Manuel Acuña. Ante la burocracia oficial, Araceli y Jorge no tuvieron más remedio que convertirse en una especie de detectives privados. Decidieron buscar a su única hija que ese día estaba de vacaciones de Semana Santa. Luz del Carmen era una chica estudiosa, alegre, le gustaba salir con sus amigas a jugar. Era una niña normal que escuchaba música de banda y no era indiferente a los sonidos del reggaeton. Le encantaba ver películas de caricaturas como Blanca Nieves o la serie televisiva iCarly.

El caso de Luz del Carmen es un rompecabezas. Todo es confusión. La casa no fue saqueada, no había indicios de asalto, no faltaba ninguna cosa de valor. El principal sospechoso para Araceli y Jorge es un exvecino de aproximadamente 50 años de edad, un tal Miguel. El señor Camargo prostituía a su mujer de 25 años y lo mismo hacía con otras jovencitas. Sus clientes principales eran amigos y también daban servicio a domicilio.

El viejo Camargo cada vez que podía molestaba a Luz del Carmen. Tenía unos ojos temibles. La invitaba a comer a su casa o le ofrecía regalos. No perdía la oportunidad para lanzarle miradas lascivas. Jorge se enteró de la poca reputación del viejo y se comunicó con la policía municipal para informarle sobre esos actos indebidos, pero fue ignorado. “No tenemos pruebas suficientes, por lo que no podemos iniciar pesquisas.” Incluso, en la borrachera de los viernes, escucharon los presentes que un amigo policía de tránsito le comentaba muy optimista a Camargo que tenía un pollito de 14 años, “me la estoy comiendo, pronto te la voy a traer”.

Ya pasaron casi mil días de la desaparición de Luz del Carmen y ni siquiera han interrogado a fondo a ese hombre, que se consiguió a otra chica más joven como novia. La familia de Luz del Carmen no entiende por qué el MP aún no investiga a ese tipo, quien se sintió “hostigado” por Jorge y mejor se largó a vivir a otro

lugar. La hipótesis familiar es que, al estar sola en casa, ese señor le dijo que su padre se puso mal otra vez de diabetes y que tenía que visitarlo en el hospital. Luz del Carmen salió corriendo sin pensar en nada, y por eso se descartó algún asalto con violencia o robo a casa-habitación.

IV

El pasado no se puede dejar y lo sabe Araceli. Recuerda todos los días el momento más feliz que pasó con Luz del Carmen: una semana antes de que desapareciera fueron de compras al Centro Histórico. Le compró ropa, la invitó a comer unas hamburguesas y caminaron tanto que llegaron hasta a La Villa. Iban tan contentas que nunca se dieron cuenta de tal travesía singular. Detrás del llanto hay siempre silencio.

V

¿Hay algún remedio para las tardes tristes? Araceli está desolada. La primera semana fue la más terrible de su vida. No comía y no podía dormir. Se culpaba de todo, se preguntaba una y otra vez, “¿Por qué nos pasa esto?”. La ausencia de Luz del Carmen aceleró sus ganas de mandar todo al carajo. Nadie podía tranquilizarla ni siquiera su marido. Todos los días sufre, le falta el aire. La rutina es la misma: piensa si come bien o duerme su pequeña, si la mataron o aún sigue viva. La impotencia, la más grande de las miserias.

“La esperanza la voy a perder el día en que yo la encuentre. Para esto ya he ido a morgues, a mil lugares. La esperanza es hallarla con vida. Tengo que encontrar a mi hija, yo sé que mi niña confía en mí y ella sabe que la ando buscando, aunque se me vaya la vida en esto”.

Araceli vive una soledad insalubre. Ya no trabaja, se dedica a buscar de tiempo completo a su hija, que cumplió 15 años el 13 de septiembre de 2013. Jorge está enfadado por la indiferencia de las autoridades y carga con la culpa fabricada por sus hermanos y otros familiares: “no hubiera pasado nada si no la dejan sola, qué

irresponsables”. En un principio, tanto el director de la secundaria y amigos de Luz del Carmen los estuvieron apoyando, pero el tiempo nubla la memoria de las personas. Ya se olvidaron de la tragedia.

En los municipios mexiquenses siguen las desapariciones y el odio contra las mujeres. Araceli dice que en el último mes desaparecieron dos chicas de la colonia. Una de ellas vivía frente a su casa y la otra a unas cuantas cuadras. Las madres de las desaparecidas encuentran fortaleza y solidaridad en un sólo reclamo: el retorno de sus hijas a casa. Borroso es el mundo desde que están así.

VI

La esperanza y el temor son inseparables. Los padres de Luz del Carmen tienen miedo todos los días. Desde hace más de dos años no saben nada de ella. Araceli y Jorge no niegan ni afirman nada, sólo esperan el día luminoso para poder abrazar a su única hija. ¿Pero qué decirles cuando las autoridades se burlan de ellos? ¿Cómo ayudarlos si los que se encargan de investigar los discriminan por ser pobres? ¿Qué se puede hacer con tanta indiferencia?

La historia de Nataly y el hombre que la vendía 60 veces al día

Por Humberto Padgett

El bulto humea en el suelo. En la pira recién extinguida quedan restos distinguibles de su pantalón de mezclilla azul claro y un calzón blanco con vivos rojos. Yace bocarriba sobre la banqueta con la cabeza orientada al sur, la mano izquierda debajo del torso y la derecha, en un extraño ángulo de 90 grados, aprieta un pedazo de plástico, también quemado. Sobre el abdomen permanece un cordel que fuera amarillo, ahora ennegrecido por el fuego, lo mismo que el utilizado para sujetar los pies y dejarlos entrelazados por los tobillos: el derecho sobre el izquierdo.

Imposible saber el color de sus ojos o la forma de sus orejas. Pero sí adivinar la complexión delgada de la joven y detallar que, por los pocos parches de piel conservada, fue una tez morena clara. El fuego respetó sus uñas de acrílico. Los pocos rizos conservados denuncian una melena brillante, negra y espesa. A su lado, también en el suelo, un pequeño lápiz labial de plástico azul junto a su mano derecha llama la atención de policías, peritos y socorristas para quienes ya no queda nada que hacer. Completa el repertorio de objetos un envase de vidrio para esmalte de uñas sin tapa e incendiado y un garrafón de plástico contraído por la lumbre. Y la mascada de poliéster con brillitos dorados y tela afelpada con que la amordazaron. Permanecen restos de la manga izquierda de su blusa negra y también del cuello, lo suficiente para saber que es una prenda marca Zara Basics y talla 28. Retazos del sostén conservan el estampado de tulipanes azules.

Es muy cerca de la Cámara de Diputados, en la avenida Congreso de la Unión y Circuito Interior, colonia Valle Gómez. Se sabrá pocos días después que la mujer muerta es, más bien, una niña asesinada. Y que bien pudo morir estrangulada o por los golpes

sufridos en la cabeza, sólo es claro que la golpearon al mismo tiempo de asfixiarla.

La madrugada abre la mañana del 16 de julio de 2006. Persiste el olor a gasolina y mañana será cumpleaños de Mario, el hombre más importante en la vida y aún más relevante en la muerte de esa muchacha calcinada.

* * *

Para marzo de 2004, Nataly tenía ya varios años de abandono definitivo de la escuela. Apenas terminó la primaria, ya era urgente su colaboración con la economía de su familia en Anenecuilco, Morelos, la tierra de Emiliano Zapata.

A los 16 años, la chica trabajaba en un puesto de discos y películas piratas junto a la terminal de autobuses de Cuautla, también en Morelos. Un día, un hombre estacionó su Jetta gris junto al tendido de Nataly y bajó del auto. Aplomado, caminó hacia ella. Nataly tuvo entonces ante sí la encarnación de su idea de la elegancia, la educación, la riqueza, la gallardía y la caballerosidad. Hasta el lunar en la mejilla derecha, junto a la nariz, le pareció interesante.

—Señorita, vengo a comprar un disco de Lupillo Rivera, ¿me lo puede probar usted? —engoló la voz.

—Sí... —apenas respondió ella. Buscó entre las pilas de sobres de celofán, escogió uno e introdujo el disco en el reproductor. La música de banda del cantante sinaloense llenó la banqueta. Mario sacó su cartera y recorrió con el pulgar un fajo de billetes. Sacó uno y lo puso en la mano de la muchacha.

—¿Son caros esos coches?— se asomó ella.

—Sí. Lo compré en 150 mil pesos— respondió él con naturalidad.

Nataly no contuvo el asombro puesto sobre el enorme anillo dorado en algún dedo de la mano derecha de ese hombre y sobre una esclava de oro, decorada con la letra M, que le pesaba en la muñeca izquierda.

—Me llamo Mario —dijo antes de dar media vuelta y entrar en su auto.

Al día siguiente, Mario ya no compró nada y fue directo al punto.

—¿Dónde comes? Te invito a comer a un restaurante de los mejores para que veas que yo soy buena gente y después de comer te invito un helado.

—No puedo. Sólo tengo media hora para comer.

—¿Dónde vives?

Ella calló. Al menos un poco de resistencia debía ofrecer.

—Si se te hace tarde yo te llevo a tu casa —pero, apenas terminó la frase, se fue. El cálculo era simple.

El día siguiente apareció hasta la tarde, cerca del ocaso. Alargó la conversación entre piropos y presunciones. El último camión de Nataly había pasado y él propuso llevarla a casa.

—Estás bien guapa (...) ¿Tienes novio? (...) ¡Qué bonito cuerpo tienes! Estás muy bien, muy caderona y ganarías muy buen dinero —se quedó a nada de perder las formas.

Ella no encendió ninguna sirena. Al contrario.

—¿Trabajando en qué? —se interesó ella, habitante de un mundo con cuatro cuadras de extensión.

—Haciendo limpieza en uno de los mejores hoteles del Distrito Federal. Dejan buenas propinas. Ganarías dinero para comprar ropa y enviar dinero a tus papás, que dejarían de trabajar —Mario frunció el ceño, pues esto último era serio. Nataly abrió más los ojos—. Yo te puedo conseguir trabajo en el hotel. Conozco al dueño.

La chica pidió al hombre 17 años mayor que ella no detener la marcha frente a su puerta, sino algunos metros antes para evitar la mirada escrutadora de sus padres y se escurrió del auto. Él siguió su camino con la enorme ganancia de la complicidad.

Mario no cesó. Él la invitaba a comer y ella aceptaba el juego y alargaba la concesión.

Al cuarto día de la aparición, Nataly entró a la fonda de doña Enriqueta, más chismosa que cocinera. Mario ya la esperaba en alguna de las mesas. Sonreía. Estaba a una distancia infinita, insal-

vable, de los lances trastabillantes y los torpes manoseos de los muchachos del pueblo. En su idea del cuidado de las formas, Nataly pagó los 30 pesos de su comida.

—Acepta la invitación, se ve muy buena persona, se ve de dinero —le susurró doña Enriqueta apenas tuvo oportunidad.

—Tengo una boutique de zapatos en Guadalajara —detectó la debilidad de Nataly por su aspecto—. Gano mucho dinero —la modestia estorbaba—. ¿Cuánto ganas?

—Entre 350 y 450 pesos a la semana más comisiones.

—Vente a trabajar conmigo. Ayuda a tu familia, vas a ganar bien. Yo te pago el doble en mi boutique de Guadalajara o te consigo el trabajo en el hotel del Distrito Federal.

—Acepta lo que te dicen —se entrometió Enriqueta apenas se marchó el hombre.

Nataly ya estaba convencida. Sólo faltaba que Mario pidiera el noviazgo y él trabajó con afán cada día de las siguientes tres semanas. Llegaba a las tres y, ya en confianza, comían bajo la mirada aprobatoria de Enriqueta.

—Mejor este señor de bien que uno de los drogadictos que andan por ahí —presionaba la vieja como si estuviera en campaña.

—¿Quieres ser mi novia, venir conmigo? Estoy enamorado y quiero sentar cabeza, quiero que sea contigo —propuso tan ceremonioso como cuando Lupillo Rivera canta de mujeres y no de narcotraficantes.

“Acepté porque me gustaba y porque ofrecía ayudarme. Él quería hacer una familia conmigo... Me decía cosas... Me enganqué... Me enredé y, sin que se dieran cuenta mis papás, a mediados de abril de 2004 por la noche me fui con él”, diría dos años después Nataly, nombre con el que estaba a punto de ser rebautizada.

* * *

Llegaron a la ciudad de México ya entrada la noche. Mario se enfiló hacia Iztapalapa y entraron a la casa de un hombre que pre-

sentó como su hermano, casado con una mujer llamada Azucena. La pareja se refería a Mario como *El Perro*.

Apenas llegó mayo, *El Perro* recordó a Nataly que debía trabajar. Subieron a una camioneta blanca. Otra novedad para la muchacha era la pasión de su novio por los autos, especialmente los Jetta de Volkswagen. Poseía uno azul, otro negro, uno más gris. Los demás hombres que lo rodeaban y se mostraban sumisos ante él, también eran amantes de los vehículos. Había un Camaro, una camioneta Escalade, un Beetle. Durante el camino Mario se veía tenso. Parpadeaba con fuerza y en series establecidas. El tic advertía que estaba a punto de dispararse a la furia. Se internó en La Merced —Nataly sabría después dónde estaba— y paró en el Callejón de San Pablo, frente a una fachada mal pintada con una puerta por la que entraban parejas que, con cronómetro en mano, salían 10 y 15 minutos después.

Caminaron hacia Sandra, una mujer de diminuta falda, pestañas largas y pegajosas, generoso escote y un lunar en el lado derecho del cuello que parecía una mosca viva. Era pareja y propiedad de Luis Eduardo, *El K-trín*, segundo de *El Perro*.

—Aquí vas a trabajar. No te voy a meter a un pinche puesto para que ganes 300 pesos. Aquí vas a ganar más. Te vas a llamar Nataly —la nombró apenas notó el gesto de incredulidad de la niña—. Cuidado y digas tu verdadero nombre, porque te rompo toda tu madre. Vas a ganar arriba de 4 mil pesos al día.

Sandra ya era vieja en ese sistema: sobrepasaba los 23 años de edad y participaba en el negocio como instructora y vigilante de las chicas que llegaban al infierno como ella lo hiciera ocho o nueve años atrás.

—Se ve muy chica —observó Sandra.

—Tengo 16 años —tartamudeó Nataly.

—Dile a doña Petra que ya es mayor de edad.

Mario y Sandra intercambiaron un gesto que daba conclusión a la conversación y él dio media vuelta y desapareció por las calles dedicadas al comercio de bicicletas y mujeres.

—Doña Petra, déle chance a la muchacha. Ya sabe que, si no trabaja, *El Perro* la va a madrear —suplicó Sandra a la dueña o responsable del sitio en el callejón de San Pablo, una anciana prematura más gruesa que alta con trenzas, cara redonda y calzetitas gruesas que desaparecen bajo su larga falda, algo parecido a una beata.

La mujer asintió y la mañana se consumió en la enseñanza: maquillaje, vestuario y colocación de condón. Nada de teoría, todo en la práctica.

Sandra acompañó a Nataly con su primer cliente, a quien colocó el preservativo sin admitir protesta del hombre. Luego abandonó el cuartucho.

—Pinche vieja, se pasa. Pinche vieja piruja, de seguro es la que te cuida —se dirigió a ella ese primer cliente.

—Sí— atinó a responder la muchacha.

Lo más importante en el cursillo era —es— por supuesto, el sistema de cobranza. Sandra detalló que el servicio completo lo debería cobrar en 120 pesos —actualmente es de entre 160 y 220 pesos—: desnudo de la cintura hacia abajo y posición de misionero. Cada pose se debía compensar con 50 pesos más y, la atención completa, con desnudo total y sexo oral, entre 450 y 500. Imposible escapar. Prohibido negar una atención, sin importar las razones. Restringido hablar con otras mujeres. Penado guardarse un sólo peso. ¿Cómo saber si ocurría un hurto? Sandra, doña Petra y otras personas llevaban un estricto registro del número de clientes recibidos y el tiempo transcurrido ahí dentro. El tiempo estándar, de no más de 15 minutos, es una unidad de medida ahí llamada “rato”.

El callejón de San Pablo funciona como una pasarela de sexoservidoras. Caminan en un círculo interior a otro delineado por los clientes parados y —muchos más— mirones que permanecen inmóviles, boquiabiertos. Al pasar junto a los hombres ellas preguntan: “¿Vamos? ¿Vamos?”. Alguno las escoge, se establece una rápida explicación —nunca negociación— y ellas avanzan seguidas

por ellos. La casa tiene un zaguán con una puerta chiquita para entrar. Adentro se abre un bodegón con 25 cuartos diminutos en hilera, paredes bajas y camas de cemento con una colchoneta del ancho de un catre envuelta en sábanas lavadas por última vez quién sabe cuándo. El lugar era —o es— cuidado por un hombre obeso llamado o apodado *El Soldado*: moreno claro, cara redonda, cabello lacio de color negro con corte de hongo y una colita sobre la nuca y tan obeso que apenas podía caminar, pero, lo más importante, hijo de Doña Petra. Las mujeres le guardaban a esa bola de demolición un respeto cercano al miedo. *El Soldado* cobraba el uso de los cuartos, 50 pesos por rato. Esto significaba que, en ese tiempo, de los 120 pesos cobrados por un servicio básico, la mujer se quedaba para dar íntegros al chulo 70 pesos por persona.

Nataly era, en el lenguaje de ese mundo, “carne fresca”, niña y cara desconocida al mismo tiempo. Ese día ganó 8 mil pesos y *El Perro* impuso la cuenta diaria de 6 mil pesos. Comenzaba a las siete de la mañana, cuando Mario o alguno de sus empleados, incluida Sandra, la dejaban caminando en círculos en la calle, hasta las nueve de la noche en que la recogían con las piernas hechas carne molida.

No había día de descanso, ni en los que menstruaba. Durante su período, Sandra la obligaba a acostarse y mojaba una esponja con alcohol que luego enjuagaba con agua. La exprimía y compactaba en una bola que le metía con los dedos hasta el fondo de la vagina. Cada dos horas, la mujer prostituida revisaba a la niña prostituida si la compresa ya estaba saturada y se la extraía con pinzas. Al primer atisbo de inconformidad, Sandra raspaba la voz: “Acuéstate, cabrona, tienes que trabajar”.

La técnica no es nueva. Las viejas prostitutas de la Plaza de la Soledad, algunas principiantes en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y activas 70 años después, cuentan que el tapón se usaba para paliar las infecciones y evitar los embarazos. Algunas de ellas fueron arrancadas de sus pueblos por hombres que tenían en común ser originarios de Tlaxcala.

Para Nataly, la cuota exigida imponía caminar a una velocidad de 50 clientes por día. Hubo días que atendió más de 60 hombres. Por cada persona que la siguiera, Mario daba 15 o 20 pesos a Sandra y a Petra —la niña y las demás recibían la misma cantidad, pero al día y para comer— y así a todos convenía el deambular de la esclava a quien, a diferencia de un kilo de cocaína, no se le vende una vez.

Una niña es vendida entre 10 mil y 20 mil veces al año. Apenas en 2007 —último año de censo o al menos de su publicación— sólo en la zona de La Merced había 3,000 mujeres paradas: no menos de 325 millones de dólares al año, y esto ha sido así durante el último medio siglo. Este no es el único sitio de operación de las mafias tlaxcaltecas del sexo. Operan además en los alrededores de la sede delegacional de Cuauhtémoc, la colonia Guerrero, calle Sullivan y Tlalpan.

Algunas recorren ese circuito y otro más amplio. Son explotadas en la calle Isabel la Católica de Irapuato, en la Revolución de Tijuana, en las zonas rojas de medio país o son traficadas a Estados Unidos, donde los padrotes tlaxcaltecas han extendido su red a Nueva York o California.

Ese ir y venir lo conocía Adela, una de las pocas veteranas dependientes de *El Perro* y quien recordaba a una leona amaestrada con látigo.

—¡Y como te niegues, te parto tu madre! ¡Y como te largues o me denuncies te mato y si no te encuentro, mato a tu familia! ¡Putas, putas! ¡Nadie le cree a las putas como tú! —rugía *El Perro*, a quien los diablos le poseían la lengua cada 15 minutos. Luego parpadeaba sin control y desbocaba en una golphiza. A migajas, las conversaciones con las otras esclavas de San Pablo le dejaban claro que su padrote, uno de los más connotados en el rumbo, cumplía las amenazas.

A los pocos meses, Mario la llevó a su casa, en Anenecuilco. La muchacha quiso explicar a su mamá la situación, que ese hombre sonriente y con boca exenta de groserías la obligaba a pros-

tituirse en La Merced. Pero él estaba en su oficio y no se separó un minuto y, a cada oportunidad, le susurró a Nataly: “También los mato a ellos, pinche puta”. Pestañeaba más, pues contenía los puños.

* * *

Los padrotes mantienen vivas las expectativas de noviazgo formal en el futuro y enamoramiento eterno. En dos ocasiones, Mario dio descanso a Nataly y la presentó con sus padres, entonces residentes de una mansión en obra en el pueblo de San Lorenzo Almecatla, Puebla. La familia en realidad es originaria de Tenancingo, Tlaxcala, la tierra de los padrotes, colocada en el mapa por esa razón hasta en la ONU en sus reportes mundiales sobre trata de mujeres y niñas.

La madre del padrote, Dorotea, apenas pasaba entonces el medio siglo de vida y el metro y medio de estatura. Era redonda y llevaba una cabellera negra entrecana hasta debajo de la cintura. Era taciturna. Como en el callejón de San Pablo, Mario prohibía a Dorotea y Nataly hablar entre sí. La mujer adulta cuidaba tres niños pequeños. *El Perro* aseguró que eran sus sobrinos, pero eran sus hijos, medios hermanos entre sí y rehenes por quienes sus madres se prostituían. En varias ocasiones Nataly escuchó al esclavizador hablar con dos o tres de ellas que suplicaban ver a los niños.

—No los vas a ver hasta que me des lo que te pido —respondía él.

El Perro no sólo gobernaba con mano de hierro a las mujeres que entendía como suyas y a sus cómplices. También lo hacía sobre sus hermanos, al menos dos de ellos dedicados al mismo oficio, y a sus tres hermanas, todas sabedoras del origen de la riqueza. A su madre le tronaba los dedos y, según Nataly, nada hacía por disimular el desprecio que le inspiraba. Sólo respetaba a una persona en la vida.

—Jefe, ¿qué necesita? Padre, ¿le llegó el dinero? —se rendía ante un hombre bajito y delgado con cara de barro bruñido.

La casa en construcción quedaba junto a un río y presumía una enorme fuente, pasto, rosales, árboles de naranjos y mandarinas. Los pisos son de loseta azul claro y sus líneas dibujan una flor gigantesca. El portón principal es de metal negro y las puertas interiores de vidrio transparente. Tiene chimenea de tabique rojo, nueve cuartos y una sala de tres pisos.

Si se andan los caminos de Tlaxcala, junto a los sembradíos de maíz se levantan mansiones peculiares. Algunas sostienen al frente ocho figuras de Venus esculpidas en cemento con yeso, media docena de águilas y fachadas dominadas por gigantescas coronas de concreto.

* * *

El padrote y algunas de las mujeres que explotaba se mudaron a Ciudad Nezahualcóyotl, en la zona conurbada del Estado de México al Distrito Federal. En una de esas casas, Nataly compartió vida, padrote y ropa diminuta con otras tres muchachas, ninguna mayor de 16 años: Carola, Alexia y Tatiana.

Para los clientes existía la obligación de usar condón, con él de prescindirlo. Si el explotador quería sostener relaciones con ellas, ingería Viagra y, en la misma habitación en que estaban las demás, simplemente se acercaba y lo hacía. Mario también se ocupaba de comprar la ropa que usaban para trabajar. Una vez llegó con un conjunto de sostén estampado con tulipanes y pantaleta blanca con vivos rojos.

Aunque vivían juntas, no podían platicar. El baño carecía de puerta y *El Perro* colocó cámaras en la esquina de la habitación y en un ropero para nunca abandonar la vigilancia.

En la mañana, cuando pasaba por ellas en alguno de sus autos, ya llevaba otras tres o cuatro chicas, también menores de edad y condenadas al mismo destino.

En junio de 2004 Alexia aparentaba 15 años. *El Perro* la llevaba al callejón en su Jetta negro. Ella y Nataly se amistarón entre

murmillos. Coincidían en el lugar de trabajo y compartían la ropa que el alcahuete les llevaba por ser de la misma talla, incluidos unos jeans azul claro. Entre dientes, Alexia le compartió cómo dejó atrás su pueblo, en el estado de Guerrero. La conquistó y, como su novia, la trajo al DF con las mismas promesas. Nunca nadie, excepto Mario, supo el nombre real de Alexia.

Mario vivía con miedo. Siempre estaba rodeado de guardaespaldas. Aunque él vistiera de manera casual, hacía a sus cuidadores utilizar traje con la idea de que el contraste favorecía su importancia. Uno de sus asistentes más cercanos era un sujeto con varios apodos: *El Kanival*, *El Karnal* o *El Kaa*, pero el apodo que en verdad disfrutaba era *El K-trín*. Se sabe que lo escribe así pues era dueño de un sonido así llamado, *El K-trín*. Vestía pantalones flojos, playeras cortas sin mangas y presumía tatuajes en sus brazos. Se rumoraba que el chulo y el celador estaban unidos, más que por la calle, por la cárcel.

—¡Apúrate, pendeja, dale el dinero al patrón! —apresuraba a las esclavas con actitud de capataz—. Pinches viejas, es una miseria lo que te dan —decía a su jefe, siempre receptivo a que lo incendiara la furia.

El K-trín era también el encargado de ambientar las fiestas organizadas por Mario. Hacían dos o tres reuniones semanales en casas rentadas a donde llevaba 25 mujeres y admitía el mismo número de clientes, a quienes cobraba una entrada de 6 mil pesos. Había algunas otras mujeres que no hacían labor sexual, sino que fungían como ficheras y solamente bailaban.

Las casas tenían sótanos y en los cuartos había camas separadas sólo por cortinas oscuras. En esas reuniones, Mario solía verter drogas en las bebidas de las chicas, las colocaba en hilera y los clientes escogían entre las muchachas tambaleantes. Cuando alguna no era escogida, Mario la golpeaba aún delante de la clientela.

—Me estás haciendo perder dinero —reclamaba antes de apalearla.

—Vengo a divertirme y no a ver esto —protestó un cliente una sola vez, entre las decenas de escenas del tipo que atestiguó Nataly.

—Si te parece y, si no, vete a la verga.

* * *

Carola se escabulló de la vigilancia el 14 de febrero de 2005, Día de San Valentín, y compró un corazón y un oso de peluche blanco que regaló a Nataly. Ella escondió todo y sintió algo de alivio. Carola tenía 15 años de edad en ese tiempo y era la menos pasiva de las cuatro chicas encerradas en la casa de Neza. Apenas había permitido una variación de su verdadero nombre, Carolina.

Nació en un pueblo adelante de Iguala, Guerrero, y estaba orgullosa de su ascendencia negra que aterciopelaba su piel y pronunciaba sus caderas. Medía 1.68 metros y poseía una melena oscura y rizada, tenía cejas pobladas bien formadas, grandes ojos verdes, pestañas largas, nariz recta respingada y boca pequeña. Una cicatriz que cruzaba su hombro derecho quedaba a la vista por las blusas sin mangas con que trabajaba. Carola relataba una caída y una operación que ocupó clavos para consolidar el hueso roto.

Pocos días después de San Valentín, cerca del 20 de febrero, un padrote supo la intención de Carola de denunciar al *Perro* y de su plan para huir con un cliente interesado en redimirla. Ese cinturita contactó por el radio de Nextel al *Perro* y lo puso sobre aviso. Permitir un descarrío en el rebaño vecino sería admitir una estampida en el propio. Nataly escuchó la conversación.

El Perro apretó los ojos y buscó a uno de sus hermanos involucrados en el negocio, a *El K-trín* y a Armando *El Tenis*, un primo suyo. Subieron con Nataly a uno de los Jetta y volaron hacia Carola. La vieron de lejos, vestida con un pantalón negro ajustado y acampanado, blusa roja con cuello y manga corta, cal-

zaba zapatos blancos con plataforma transparente e iluminada y llevaba al cuello una cadena diamantada con un dije de la Virgen de Guadalupe.

Le ordenaron abordar el auto y tomaron camino hacia Puebla. Tras la primera caseta, abandonaron la carretera y entraron a un callejón de paredes grafiteadas. Mario ordenó parar frente una puerta y abrió con llave. El lugar parecía uno de los utilizados para las orgías. Apenas cruzaron el umbral, el chulo comenzó a golpear a Carola.

Nataly se quedó junto a *El K-trín*.

—Quédate callada, porque si no a ti también te vamos a matar, tú eres una puta igual que ella —la atenzó por la nuca el celador—. Mira lo que te va a pasar si no te quedas calladita.

El Perro levantó en vilo a Carola y la lanzó hacia una esquina, uno de los métodos preferidos por el padrote cuando golpeaba a las mujeres pues, aseguraba, era inevitable al menos un golpe seco en la cabeza cuando la proyección era hacia la junta de dos paredes.

—¡Por favor, déjame... perdóname! —suplicó Carola.

La golpeó hasta matarla. *El Perro* jadeaba. *El K-trín* acercó una sábana y ambos envolvieron el cuerpo. La subieron a la cajuela y ordenaron a Nataly ir en silencio.

Antes de arrancar y tirar el cuerpo a cielo abierto, *El K-trín* habló:

—Vamos a dejar esta chingadera que ya no sirve.

Y, antes de regresar a la ciudad de México, Mario se reclinó hacia el cuerpo de Carola, acercó una mano hacia su cuello y arrancó la figura de la Virgen bajo la cual estaban las letras iniciales de Carolina Solano.

* * *

Nataly escapó apenas tuvo oportunidad. Evitó Anenecuilco y encontró refugio en Cuernavaca. Su mamá le habló por teléfono

para decirle que Mario la buscaba, que la casa era acechada. En mayo de 2005, *El Perro* la encontró trabajando en una tortillería. El *K-trín* bajó de una enorme camioneta con vidrios polarizados y ella quiso decir algo, manotear un poco. Alguna resistencia había que ofrecer, pero el hombrón la levantó y arrojó dentro del vehículo. Manejaba *El Perro*.

—Si lo vuelves a hacer, te mato —y no contuvo el tic nervioso de los ojos hasta que llegaron a Ciudad Neza. La jaló del brazo y con la otra mano tomó una varilla forrada con una manguera y la azotó. A la mañana siguiente, ordenó a la muchacha desvanecer con polvo facial las huellas de sus dedos en el cuello—. Te dejo vivir para que me des mi dinero.

Y de vuelta a la rutina: Sandra la llevaba todos los días en la calle y regresaba a casa con Mario.

Cambiaron algunas cosas. Doña Petra se dijo ofendida y ya no aceptó la prostitución de la niña en su tugurio. *El Perro* llevó a Nataly cerca de la Plaza de la Soledad. Debía llevar sus compradores al hotel El Puerto y su custodia quedó encargada a *El K-trín*. Algo más: la cuota diaria ascendía entre 8 mil y 10 mil pesos. El vendedor de mujeres argumentó con ligereza que se debía recuperar lo perdido.

* * *

El 15 de julio de 2006 *El Perro* dejó a Nataly y se llevó a Tatiana. Dijo que regresaría después. A las dos de la tarde le llamó al teléfono celular.

—Voy a pasar por ti. Te pones la falda rosa, la tanga blanca y una blusa rosa o blanca. No uses brasier. Usas los zapatos blancos de plataforma y quiero que estés lista ya. Te voy a llevar a una fiesta.

Puntual, a las cuatro de la tarde, el padrote sacó a la mujer de la prisión y se dirigieron a una casa utilizada con frecuencia en la colonia Valle Gómez, delegación Venustiano Carranza, cerca de la Cámara de Diputados.

Llegaron a las seis de la tarde. *El K-trín* instalaba las bocinas de sonido. Había 25 clientes, muchos visitantes frecuentes de esas reuniones, y 25 prostitutas, algunas menores de edad. Por ahí merodeaba un grupo de ficheras, sólo dedicadas a bailar abrazadas con quienes les pagaran por hacerlo.

Alexia ya había bebido la mezcla de cerveza y polvo blanco, pero en ella ese menjunje sacaba la poca rebeldía que le quedaba en el alma. Adquiría una actitud altanera y desafiante. A la medianoche, ya 16 de julio, Mario le ordenó ocuparse con un hombre que la pidió para el resto de la noche. Tras algunas horas se abrió la puerta. El hombre se dijo satisfecho y abandonó la fiesta. Con él, sólo dos invitados habían abandonado la reunión. Alexia estaba pedida ya por otro tipo.

—¡Ya no quiero estar con ningún hombre! —rugió frente a varias personas, lo que intensificó el parpadeo furioso de quien se asumía como su dueño.

—¡Ya me quiero ir! —secundó Tatiana.

Mario apaciguó el motín con un puñetazo en la cara de Alexia.

—¡Déjame ir! —suplicó ella con las lágrimas rodando sobre el incipiente moretón.

—Tú harás lo que yo diga —miró *El Perro* a Tatiana y luego a Alexia—. Te voy a matar porque no es lo que tú quieras, es lo que yo dije. Eres una hija de la chingada, eres una puta, una piruja y te voy a mandar mucho a la verga. No vales nada —vibraba el hombre.

La parranda estaba en su clímax y transcurría con el sonido a máximo volumen. Varios parroquianos mantenían relaciones sexuales.

Mario jaló a Alexia del cuarto en que estaban por el cuello de la blusa negra y la arrastró hacia una planta superior de la casa. Demandó la presencia de Adela, la veterana; Tatiana; Nataly; de su hermano; *El Tenis*, y del *Wawis*, otro ayudante.

Rodeó con las manos el cuello de Alexia y apretó hasta que era inútil hacerlo más. Exangüe, la muchacha se desplomó. Tatiana gritó.

—¡Cállate o te mato a ti también! —avanzó *El Perro* hacia ella—. Ya saben que yo no me ando con chingaderas —advirtió al grupo—. En lo que habíamos quedado —se dirigió a *El K-trín* quien, siempre histrión, se ajustó guantes y pasamontañas negros.

—Me la hubieras prestado para pasar un rato con ella —intervino un cliente.

El K-trín y otro hombre cargaron a Alexia y la metieron a la cajuela del Jetta azul. Ordenaron a Tatiana subir en el asiento delantero del pasajero y Adela detrás de ella. Manejó *El Perro*. Cuadras adelante se detuvieron en el desnivel de Congreso de la Unión y Circuito Interior, junto a una camioneta negra con vidrios polarizados de donde descendió *El K-trín*. Los hombres hablaron en la banqueta durante cinco minutos y caminaron hacia el baúl del sedán.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Tatiana.

—Nada que te interese —repuso Mario.

Abrieron la cajuela y entre los dos sacaron el cuerpo y lo depositaron en la calle, bocarriba. *El Perro* se paró junto a Tatiana, abrió la puerta y la bajó tomada por el cuello. La soltó y se dirigió a la Explorer. Sacó una pesada cubeta cerrada y volvió después por un garrafón de plástico, lleno de un líquido rosado.

—¿Qué vas a hacer? —temblaba Tatiana. Adela estaba petrificada.

—Cállate.

El K-trín vació el líquido de los dos recipientes sobre el cadáver de Alexia. *El Perro* volvió sobre Tatiana y la tomó por un brazo que giró por la cintura hacia la espalda y llevó la muñeca hacia su nuca. La muchacha gritó y él la guió hasta la chica muerta. La reclinó para acercar las caras de ambas.

—¿Qué vas a hacer? —gemía Tatiana con un hilillo de voz.

—Esto es para que aprendan a no jugar ni a burlarse de mí.

La liberó y alejó de un empujón. Llevó una mano al bolsillo y extrajo una caja de cerillos. Recorrió el cajoncito de cartón y tomó un pabito. Talló la cabeza contra la lija y lanzó la diminuta

explosión hacia Alexia. La flama atravesó el vapor del combustible y antes de tocar el cuerpo la noche se incendió.

* * *

Tres semanas después, ya en la tarde, Mario recogió a Nataly y Tatiana. Manejaba la camioneta negra de vidrios oscurecidos. Al lado iba sentado *El K-trín*.

—Súbanse, pendejas. Les dije que íbamos por las cosas —en referencia a las maletas para cambiarse e ir a una fiesta. Llegaron a una casa blanca de dos pisos. Mario abrió el zaguán y metió la camioneta. En el interior había 20 hombres y 15 mujeres. También el hermano de *El Perro* y *El Tenis*.

—Estoy cansada de trabajar —reclamó Tatiana.

—No rezongues. Yo mando y si sigues así te pasará lo mismo que a Alexia.

—¿No te hartas de todo el dinero que te doy? —se envalentonó Tatiana.

—No. Me falta dinero para la casa —en referencia a la casa de sus padres en Puebla.

Tatiana vestía minifalda rosa pastel de licra, tanga roja con moño blanco, zapatos blancos de plataforma con suela transparente. Llevaba una cadena de oro diamantada en el cuello de la que pendía un Cristo de oro rojo. Relucía una mariposa tatuada en su espalda.

Se acercó un hombre interesado en ocupar a Tatiana la noche entera. Mario recordó que la tarifa, si continuaba el uso de la mujer ya entrada la mañana, sería de 6 mil pesos más. Cabizbaja, la niña caminó con el cliente hacia una de las camas.

—¿Por qué me hiciste pasar toda la noche con ese cabrón? — se empecinó Tatiana apenas quedó libre.

—Para eso eres una puta.

—¡Pinche mantenido!

Difícil pensar en un agravio mayor para un macho que ciertamente es eso.

Mario la golpeó con el puño cerrado en la cara, siguió a la espalda y continuó por todo el cuerpo. Tatiana resistió y evitó caer. *El K-trín* intervino y la pateó. Se sumaron el hermano de *El Perro* y *El Tenis*. Tatiana tocó suelo, pero se levantó. Mario la tomó por los cabellos y la empujó hacia una esquina. Tatiana perdió el conocimiento. “Los clientes tampoco hacían nada, se reían, hasta brindaban de que la estaban golpeando”, recordaría Nataly. Mario quiso dar por terminada la fiesta, pero había demasiada gente aún, muchos en servicio.

—Apúrense. Tenemos que subir a esa pendeja —y también ordenó a Nataly ir con ellos.

Colocaron a Tatiana en el maletero del auto y circularon durante una hora. Llegaron a un lugar cercano a la carretera. No había casas ni luz. Sólo árboles. *El Perro* y *El K-trín* bajaron del auto y, entre los dos, descendieron a Tatiana y la tiraron al suelo.

Tatiana susurró.

—Ayúdenme, por favor —repitió el susurro varias veces.

El Perro se paró a su lado.

—Te voy a terminar de matar para acabar con tu sufrimiento —*El Perro* sacó su arma, ajustó un cilindro en la punta de la pistola y disparó a la cabeza de la mujer inerte.

El otro cubrió el cadáver.

Nataly no lograba contener el llanto.

—Cállate o también te mato —advirtió *El Perro* y siguieron en silencio el camino a la casa de Ciudad Neza. El explotador abrió la puerta y Nataly entró. El candado se cerró detrás de ella y quedó a solas. Antes escuchó:

—Si te vas de aquí, pendeja, te vamos a matar. Si dices algo te va a cargar la chingada a ti y a toda tu familia. Si me denuncias, nadie te va a creer porque eres una puta y a las putas nadie les cree y a mí no me meten a la cárcel, y si me meten te encontraré para matarte —advirtió Mario con un tono que lo hacía parecer como si no hubiera pronunciado las mismas palabras ya decenas de veces.

* * *

Nataly se arrodilló en un instante de discreción con Adela, la veterana independizada que en ocasiones completaba el grupo de mujeres utilizadas por Mario en las fiestas. Adela entendió que sólo era cuestión de tiempo antes de que *El Perro* asesinara también a Nataly y la ocultó en el hotel en que vivía.

Adela se llevaba el dedo índice a la boca cuando sabía que Mario andaba cerca, enloquecido, buscando sus 10 mil pesos diarios.

—Se fue en un taxi —se aplomó Adela frente a *El Perro*.

Nataly se escurrió a la mañana siguiente. Visitó a sus padres y continuó la fuga. Se guareció en algún lugar desconocido y denunció.

Reapareció dos años después, cuando *El Perro* fue detenido, el 24 de marzo de 2009, y era necesario que alguien lo señalara y dijera “él me prostituyó, él las asesinó”. Los policías la llevaron al Reclusorio Oriente y en una oficina le mostraron un hombre con pantalón y camisa color beige y tenis rojos. Tenía un lunar en la mejilla derecha cerca de la nariz. Apretaba los ojos al ritmo de su incontrolable tic nervioso. Nataly entró en crisis de llanto. Temblaba. Gritó que se lo llevaran.

Mario era prolífico en cambiar su identidad. En su historia penal aparecen al menos cinco pseudónimos, el de Mario incluido. *El Perro* no era tampoco su principal sobrenombre, sino *El Roedor*. El nombre se conoce, pues así aparecía en su credencial electoral con domicilio en Tijuana. No fue el único documento que encontraron en sus bolsillos cuando lo capturaron en la capital de Puebla. Llevaba una estampita con la imagen religiosa de San Miguel del Milagro, Tlaxcala. Al reverso aparecía una promesa contra la embriaguez que fue sellada por el curato parroquial de ese santuario sembrado en tierra de padrotes.

“Es falsa la imputación que obra en mi contra por homicidio calificado en contra de Alexia, a quien nunca conocí. Es mentira

que me dedique a prostituir o talonear mujeres”, se defendió, e invocó su paternidad responsable de cuatro hijos, incluidas tres mujeres. Otra mujer, Dorotea, la madre que trataba con desprecio. “Mi hijo no hizo nada y no salió porque ese día —el del asesinato de Alexia— estuvo en la casa, porque ese día le hicieron un convivio por su cumpleaños”.

Los jueces condenaron a los acusados a pagar 189,600 pesos correspondientes a 240 sesiones de tratamiento psicológico para Nataly, quien fue aplastada durante los dos años de su cautiverio por unos 35 mil hombres.

En particular, *El Perro* recibió la sentencia de 63 años de prisión y el pago a los deudos de Alexia, como indemnización del daño material y moral causado, 38,449 pesos. Pero esto último no se ha cumplido y lo más probable es que nunca lo haga. Desde el 9 de septiembre de 2006, el cadáver de Alexia —nadie, con excepción de su asesino no confeso, supo su nombre— quedó enterrado en la fosa común del Panteón de Dolores, a metros de la Rotonda de los Hombres y Mujeres Ilustres.

Prostitución ajena u otras formas de explotación sexual.

Cuando una persona se beneficia de la explotación de una o más personas a través de:

- La prostitución.
- La pornografía.
- Las exhibiciones públicas o privadas de orden sexual.
- El turismo sexual o cualquier otra actividad sexual.



Cuando una persona se beneficia económicamente de la explotación de una persona mediante:

El comercio
La distribución
La exposición
La circulación u oferta de libros
Las revistas
Los escritos
Las grabaciones
Los filmes
Las fotografías
Los anuncios impresos
Las imágenes u objetos

De carácter lascivo (libidinoso) o sexual, real o simulado, sea de manera física, o a través de cualquier medio.

Cuando una persona:

Procura
Promueva
Obligue
Publicite
Gestione
Facilite o induzca

A una persona menor de dieciocho años de edad, o que no tenga la capacidad de comprender el significado de hecho, o no tenga capacidad de resistir la conducta por cualquier medio para:

Realizar actos sexuales o de exhibicionismo corporal con fines sexuales, reales o simulados, con el objeto de producir material a través de video grabarlas, audio grabarlas, fotografiarlas, filmarlos, exhibirlos o describirlos a través de anuncios impresos, sistemas de cómputo, electrónicos o sucedáneos y se beneficie económicamente de la explotación de la persona:

La persona que almacene, adquiera o arriende para sí o para un tercero, el material anterior, sin fines de comercialización o distribución.

La persona que promueva, publicite, invite, facilite o gestione por cualquier medio a que una o más personas viajen al interior o exterior del territorio nacional con la finalidad de que se realicen cualquier tipo de actos sexuales, reales o simulados, con una o varias personas menores de dieciocho años de edad, o con una o varias personas que no tienen capacidad para comprender el significado del hecho o con una o varias personas que no tienen capacidad para resistirlo, y se beneficie económicamente de ello.

La persona que contrate a otra u oferte un trabajo distinto a los servicios sexuales y la induzca a realizarlos.



De las víctimas identificadas a nivel mundial, entre 55% y 84% pertenecen al sexo femenino; de las víctimas de trata con fines de explotación sexual identificadas a nivel mundial, 98% son mujeres y niñas.⁸ La trata de personas con fines de explotación sexual se ha documentado en menor proporción en relación con adultos, adolescentes y niños varones, pues en estos casos la detección de las víctimas presenta mayores dificultades debido a que los varones tienden menos

8

Comisión Nacional de los Derechos Humanos (2013). *Diagnóstico sobre la situación de trata de personas*. México.

a reconocer que han sido sometidos a este tipo de explotación. De igual manera, las autoridades son menos sensibles a esta problemática, incurriendo en mayores omisiones.⁹

En México, en términos absolutos, las estimaciones más conservadoras ubican el número de niños y niñas sometidos a esclavitud sexual entre 16,000 (INEGI, Unicef, DIF) y 20,000.¹⁰

La OIT considera que 55% de las víctimas de explotación laboral son mujeres y niñas, quienes constituyen el 98% de las víctimas de trata sexual en el mundo. El número de víctimas en Latinoamérica asciende a 1.8 millones, aunque es la región de Asia y el Pacífico la que concentra el mayor número de víctimas (11.7 millones).¹¹

Se calcula que de 2 a 4 millones de personas son captadas cada año con fines de trata en el mundo, de las cuales entre 800,000 y 900,000 son trasladadas a través de las fronteras para ser sometidas a algún tipo de explotación laboral o sexual (trata transnacional).¹²

Es frecuente la utilización de las nuevas tecnologías de la información para la comisión del delito de trata de personas. Se advierte un uso creciente de internet para la captación de las víctimas, e incluso se han presentado estimaciones considerando que el internet está presente en uno de cada cinco casos de trata de personas.

El internet forma parte del proceso de trata no sólo para la captación (a través servicios de chat, redes sociales, etc.) sino también para ofrecer a las víctimas como mercancía.¹³

9 *Ibidem*, 8.

10 *Ibidem*, 8.

11 *Ibidem*, 8.

12 *Ibidem*, 8.

13 *Ibidem*, 8.

- ▶ Desconfía de anuncios o personas que ofrecen trabajos muy atractivos, principalmente si el trabajo es fuera de la ciudad donde vives, más aún si te piden que te tomes fotografías en traje de baño o con poca ropa.
- ▶ Sé precavido con promesas de sueldo elevado donde pidan requisitos mínimos con o sin experiencia laboral.
- ▶ Nunca vayas sola o solo a entrevistas de trabajo, pídele a un familiar o amigos que te acompañe.
- ▶ Aléjate de personas que te aborden en la calle para conocerte.
- ▶ Si recibes mensajes en los que busquen seducirte, enamorarte, ilusionarte, amenazarte, chantajearte, intimidarte, o con la promesa de regalarte cosas que te gustan, plátalo con una persona de tu confianza, de preferencia con tus padres o profesoras y profesores.
- ▶ Nunca hables con personas desconocidas en internet y mucho menos actives tu webcam con ellas.
- ▶ Coquetear en línea con personas extrañas puede tener graves consecuencias, ya que algunas mienten y pueden hacerse pasar como personas de tu edad, nunca puedes saber realmente con quién estás tratando.



Comprende toda representación de una niña, niño y/o adolescente realizando actividades sexuales explícitas, toda representación de las partes genitales de un niño con fines predominantemente sexuales, toda organización de espectáculos en vivo de representaciones sexuales explícitas en el que participen niñas, niños y adolescentes. La pornografía puede transmitirse por cualquier medio.

PORNOGRAFÍA INFANTIL¹⁴

III

III

14

Definición Unicef.

Él era mi preferido

Por Analía Ferreyra

Rafa era como un tío para Erik: se hacía cargo de él cuando Sonia, su mamá, no podía. Jugaba con él, lo pasaba a buscar a la escuela, lo llevaba a comer. Sin que Sonia sospechara, su gran amigo tuvo un profundo impacto en la vida de su hijo.

REC

Una pantalla de televisión resplandece al fondo del cuarto de 12 metros cuadrados. Los dibujos animados multicolor parecen la única fuente de luz en la habitación. Frente a la tele, descansa un niño sobre una cama matrimonial perfectamente tendida. Tiene entre cinco y seis años. Su mirada escapa del presente en el movimiento de las caricaturas. Está completamente desnudo.

El perfil de un hombre de entre 28 y 29 años entra a cuadro. Él sostiene la cámara con su mano derecha. Se hinca junto a la cama. Con la mano izquierda toma el pene del niño. Se lo mete a la boca. La cámara capta un segundo el brillo dorado de su anillo, la camisa café con un logo en el brazo, su reloj.

La mirada del niño sigue sumergida en el movimiento de los personajes de la pantalla, pero su pequeño cuerpo reacciona a los estímulos. Tiene una erección.

El hombre apaga la cámara 2 minutos, 30 segundos después. La pantalla de la computadora se va a negro: ha terminado la descarga del archivo con el nombre de un niño.

PLAY

“¿Cuándo vas a venir a la casa?”, pregunta Rafa, *el Negro*, como le dicen sus amigos por su tez morena oscura, en una conversación de Facebook. “No estoy seguro, igual a fin de mes puedo quedarme a dormir”, contesta Erik.

Han estado platicando de los últimos trucos para pasar los niveles del nuevo Gears of War; de que *el Negro* acaba de regresar de Estados Unidos donde se compró la última consola Wii y un montón de juegos nuevos. También hablan de Sonia, la mamá de Erik, que ya no ha visto más a su papá y tiene mucho trabajo.

Tan seguido como pueden, Erik y *el Negro* pasan tiempo juntos. Son buenos amigos que se interesan por las mismas cosas: comer pizza, jugar videojuegos, chacotear en la alberca en vacaciones, ver caricaturas.

Cada que Rafa cruza la frontera le trae ropa, películas o juegos porque, sin importar cuánto se vean, él siempre está pensando en su mejor amigo.

Por lo general, están juntos varias veces al mes y, al menos una de ellas, Erik se queda a dormir en su casa, en la litera individual que tiene *el Negro* sobre su cama.

A Sonia le encanta que se lleven tan bien. Desde que se separó del papá de Erik, Rafa siempre los ha apoyado: cuando ella tiene que trabajar, le echa una mano con su hijo, lo cuida unas horas, pasa por él a la escuela.

Le lleva 21 años, por eso *el Negro* más que un amigo de Erik es su tío postizo; lo trata siempre con tanto cariño. Hasta tiene una foto suya en una pared de su cuarto.

Sonia y *el Negro* se conocen desde la carrera, rebasan ya la década de amistad, han vivido de todo juntos y nunca se han fallado: para Sonia él es familia.

PAUSE

El Negro siempre fue súper relajado. Es homosexual declarado y lleva un tiempo soltero. Tiene 33 años y vive con su mamá en la casa de tres pisos que, probablemente, lo vio crecer.

Da clases de inglés en una secundaria pública y le encanta. Se lleva de piquete en el ombligo con sus alumnos, porque es muy divertido; los tiene como amigos en su Facebook y cada tanto sube fo-

tos de ellos trabajando o echando relajo en el patio; les pone muchos comentarios en los estatus y también en las fotos que suben ellos.

Tiene muchos amigos en esa red social, además de álbumes enteros con Sonia y de Erik, imágenes de comida, de juegos y cosas que le dan risa.

El Negro, además, tiene su propia marca de playeras que comercializa en el *feis*: Camisetas Correcaminos. Él mismo las serigrafía en casa con chistes, personajes de películas y logos deportivos.

Es fanático de la tecnología y cada que cruza la frontera se trae algo: tiene una Mac de escritorio y otra portátil, una tableta y más de cinco consolas de videojuegos. Desde que se compró el iPhone no para de postear actualizaciones en Facebook sobre todo lo que hace: sus viajes de fin de semana a Estados Unidos, comidas con amigos, los últimos diseños de Correcaminos.

Aunque es bastante arreglado, con su 1.80m de estatura, el pelo bien cortado y cada detalle de su aspecto muy estudiado —pareciera que no se quita el anillo de graduación ni para dormir—, el espacio que ocupa en su casa, todo el segundo piso, es de un caos similar a la habitación de un desordenado adolescente.

Su cuarto y el taller están cubiertos de polvo y ruido visual: las paredes retacadas de ropa colgada; cajas de consolas y otros enseres apilados sobre la duela de madera maltratada, las dos computadoras con una infección de post-its y el escritorio bajo altas cimas de papeles. *El Negro* es un “relajo”.

STOP

Una mañana a finales de invierno, Rafa estaba en pijama, quizá en la cocina de su casa o en su taller checando el *feed* del *feis*, cuando la Policía Federal ingresó a su domicilio. Tenían una orden de cateo porque registraron una compra de pornografía infantil por internet en esa dirección.

Cuando entraron los agentes, *el Negro* comenzó a temblar. Le explicaron a lo que iban y se soltó a sudar. Negaba todo, pero hasta le costaba trabajo hablar.

En una búsqueda internacional de pornografía infantil, un par de años antes, se cateó a un administrador de servidores web y se encontró información sobre la compra y descarga de pornografía infantil por usuarios ubicados en México. La agencia internacional levantó entonces la denuncia en el Ministerio Público y se extendieron las órdenes de cateo correspondientes para cerca de 70 distintos domicilios en todo el país.

Al revisar los dispositivos electrónicos incautados en casa de *el Negro*, la Policía encontró una enorme cantidad de material pornográfico almacenado. Pero un video en específico llamó su atención: era una película casera de dos minutos y medio, en la que el agresor de un infante llevaba una camisa café con un logo y un anillo dorado de graduación. La agencia internacional de los Estados Unidos había levantado una alerta sobre ese material un par de años antes.

Conforme la Policía analizó el resto de la información almacenada en los dispositivos del Negro, sus artículos personales, una imagen se develó pixel por pixel: Rafael no sólo consumía pornografía, la producía y llevaba al menos siete años abusando sexualmente de Erik, desde que el niño tenía 5.

“No es cierto”, defendió Sonia en su primera declaración, “Rafael sería incapaz”, repitió, hasta que le contaron lo que le encontraron *al Negro*: cómo había hecho que Erik posara para sus fotos y sus videos sexuales; lo que hacía con él cuando tenía que estarlo cuidando; los cinco *dildos* diferentes que hallaron en su casa; el cajón lleno de trusas para niños que él mismo serigrafaba, la cámara web que tenía en su buró apuntando a la cama, para revivir cada visita del pequeño.

Los recuerdos bombardearon a Sonia: Erik dormido a toda hora las vacaciones pasadas; Erik y sus remilgos en la mesa, cómo de un día a otro se volvió inapetente; Erik con raspones, Erik de mirada triste.

Erik, su bebé, sin inocencia. Siete años de su vida que podrían durar para siempre.

Quiero tener Facebook

Por Ale del Castillo

Tan fácil como tener una cuenta en Facebook. El pequeño Mauricio de 10 años quería una cuenta en la red social de Mark Zuckerberg, como tantos de sus compañeros desean para poder interactuar, subir sus fotos o exhibir sus gustos.

A Carlos, el padre de Mauricio, no le pareció mala idea poner su cuenta de correo y así saltar las restricciones de la red social, que evita que los menores de 13 años puedan tener Facebook. Pensaría en monitorearlo en una especie de supervisión parental para estar al pendiente del uso que su hijo le diera a su nueva cuenta y todo llegaría a su correo.

Mauricio empezó a feisbuquear, sumó a sus compañeros de la escuela. Recibió la invitación de una niña un poco más grande que él que usaba una pose “sexy” en su foto de perfil y así aceptó a Roxy, una chica de 13 o 14 años que se parecía a alguien de la escuela y que también era contacto de su amigo Eduardo.

“Ola, como estás” escribió Roxy en el chat de Facebook y empezó a hablar con Mauricio. “q haces” siguió la chica sexy la conversación y la información sobre Mau empezó a fluir.

Parecía que Roxy y Mau podrían ser amigos, les gustaban las mismas cosas y compartían entonces charlas sobre la escuela, música, deportes, caricaturas, la familia, los gustos, etc.

Al mes de tanto chateo, Roxy pidió: “Oye t quiero ver tienes camara?” Mau dijo que sí, pero que no se mostraría hasta que ella lo hiciera primero.

Roxy argumentó que su cámara no servía, pero le envió una foto por correo electrónico y Mau sintió un poco de más confianza.

Luego insistió: “Estaria bn verte sin playera”. “Y mas abajo?,” subió el nivel. “Puedo conocer a tu hermanito?,” no tuvo límites.

Del otro lado de la pantalla

Del otro lado de la pantalla había un tripié y una cámara lista para grabar cuando Mauricio enseñara su pecho, sus genitales o se masturbara. La webcam de esa computadora estaba tapada, pero sí funcionaba.

Frente al teclado no estaba Roxy, sólo Xavier. Un chico de 22 años. Roxy sólo era un personaje, unas fotos de algún sitio de pornografía infantil.

Había estado paciente esperando tener la confianza de Mauricio y mientras hablaba con otros chicos de los que también esperaba abusar.

Xavier era un locutor de radio que había estudiado comunicación. Su voz varonil y su personalidad parecían cubrir su preferencia homosexual y su gusto por los niños.

Para acercarse creó un personaje en Facebook: Roxy una niña complaciente, amigable y con gustos casi iguales a los niños con los que hablaba.

En las conversaciones que Roxy sostiene con los niños fluye todo tipo de información, lo cuál pone en riesgo a los infantes porque los deja vulnerables ante el chantaje. Ellos piensan que confían en una niña de su edad, no en alguien que luego puede utilizar toda esa información contra ellos.

La paciencia de Roxy es excepcional, recaba información, gana confianza, está siempre disponible y presta a la charla. Roxy era sexy pero dejaba mucho a la imaginación, mostraba muy poco, si acaso, lo más importante era su sonrisa.

Su perfil era muy claro, casi a prueba de errores. Cuando se ha hecho cotidiana su presencia, entonces se puede avanzar, se puede cruzar los límites, es hora de empezar con conversaciones de índole sexual. Si pedía una imagen, sabía que le pedirían a ella una primero y Xavier ya la tendría seleccionada después de haberla bajado de internet.

Xavier tenía por la pornografía infantil una especie de adicción, primero sucede la curiosidad, luego el almacenamiento y des-

pués termina por mudarse al pensamiento de la vida diaria. Del sexo entre adolescentes, a bajar la edad para verlos cada vez más chicos hasta llegar al material con bebés. El tema es complicado y todo tiene que ver con la personalidad, los gustos y las preferencias de los pedófilos.

Cuando se ha visto todo lo que es, la satisfacción comienza por pedir más: el contacto, tocarlo, experimentarlo, vivirlo, tener una relación sexual.

Mauricio se exhibió a la cámara, mostró su cuerpo e incluso se tocó. Roxy había hecho bien su trabajo. Xavier miraba complacido los genitales del niño. Mauricio no tuvo pudor, lo que hacía, lo hacía frente a una chica.

Xavier tenía cuatro o cinco perfiles de Facebook, cuentas en Skype y al menos 10 diferentes correos. También tenía un bloc de notas donde tenía la lista de mails, las contraseñas y llevaba un control. Sus correos son atractivos como roxysexy13@correo.com. Estos denotan género, edad y preferencia sexual.

Conocía también los procedimientos, cuando un niño te acepte la invitación en una red social como Facebook, será sencillo sumar a los amigos por la confianza que genera la cercanía y una relación en común. Así es como crecen las redes en las que tienen captados a los niños.

A la hora de escribir teclean como los pequeños, contraen las palabras, las intercambian, cometen faltas de ortografía y también gramaticales.

Algunos pedófilos desconocen que la pornografía infantil es un delito. Algunos quieren dejar de hacerlo pero no pueden.

¿Por qué estas conversaciones?

Un día sucedió. Carlos lo descubrió en su correo. Roxy y Mauricio habían sostenido conversaciones de tipo sexual, algo no estaba bien en ello.

“¿Por qué esas conversaciones?”, preguntó Carlos a su hijo Mauricio.

Mauricio explicó. La situación no parecía tener nada de raro. Roxy era una chica linda, era un contacto en común de su amigo Eduardo y se parecía a una niña de la escuela. Platicaron, se hicieron amigos, le pareció divertido. Fin.

Carlos sabía que la situación no era normal, prudente y en alguna medida ponía en riesgo la seguridad de su hijo, entonces denunció.

La denuncia es la única forma en que puede dar seguimiento a una investigación y capturar a un pedófilo.

La investigación culminó en un cateo donde fue fácil identificar al dueño del perfil de Roxy. La policía llegó a su domicilio. En su cuarto a media luz, desordenado y sucio, estaba el tripié y la cámara apuntando a la computadora.

Primero lo negó todo y luego no pudo más que aceptarlo. Reconoció las cuentas de correo, los perfiles de Facebook, también las imágenes y las fotos.

Aceptó también haber tocado a su pequeño hermano.

Salió de su casa no sin antes decirle a su madre lo sucedido.

La detención de Xavier previno que su fijación por la pornografía infantil se extendiera a entablar contactos sexuales fuera del mundo virtual y comenzara a producir su propio material.

Xavier fue detenido por el delito de pornografía infantil y corrupción de menores, por el que se puede condenar a una persona entre siete y 12 años.

No lo va a saber nadie

Por Ale del Castillo y Vanessa Job

I

WapoWeb y *BoyLover* se conocieron en la red, hablaron sobre sus gustos, intercambiaron material y luego comenzaron a planear.

BoyLover pondría su casa, un departamento bien ubicado en Querétaro; *WapoWeb* pondría los somníferos para los niños, no le costaba nada porque en el hospital ese tipo de medicamentos está a su alcance.

Eligieron a niños de la calle porque nadie está al pendiente de ellos, porque no tienen familia y porque si ellos dicen algo... nadie les va a creer.

En la calle suceden muchas cosas.

Subieron al auto y comenzaron la excursión, buscaban un alto con dos limpiaparabrisas. Se puso la luz roja y ahí estaban ellos, dos niños de no más de 9 años.

WapoWeb y *BoyLover* se portaron buena onda, los invitaron a jugar PlayStation y a pasar un buen rato entre dulces, refrescos y papas. Cualquier cosa sería mejor que limpiar parabrisas.

Aceptaron.

Los niños se subieron al coche sin imaginar lo que vendría.

Los cuatro llegaron a la casa de *BoyLover* en Calzada de los Arcos, una de las zonas más bonitas de Querétaro. Era una casa limpia, todo estaba en orden. Nada de platos sucios en la cocina, el piso lustrado y ni rastro de polvo en los muebles de madera.

Había dos dormitorios, en el dormitorio principal una cama y en la cama una colcha de colores azul, blanco, verde, amarillo con los dibujos de unas hojas estampadas.

Comenzó la fiesta, entre comida y PlayStation. Aquella parecía una tarde de suerte.

BoyLover y *WapoWeb* dejaron que los niños se emocionaran con los videojuegos y mientras disfrutaban mirándolos. Poco

a poco a los niños comenzaron a pesarles los ojos, las imágenes les eran borrosas, el cuerpo se les puso blando, la conciencia se había ido, comenzaba el sueño y también la pesadilla.

WapoWeb y *BoyLover* desnudaron a uno mientras bromeaban: “Mira, les va bien”, comentaron cuando en sus pantaloncitos sonaban las monedas que habían recolectado aquel día de trabajo.

La cámara estaba lista, el video corría mientras *BoyLover* se grababa el torso y los glúteos del niño mientras lo penetraba. Los rostros de los pedófilos nunca aparecieron, los protagonistas de esos videos son los pequeños limpiaparabrisas. Parecía un triple trofeo: los niños, la experiencia y el video. Ese material podría darle la vuelta al mundo.

El otro de los niños mantenía el control del videojuego en sus manos, se negó a soltarlo cuando *WapoWeb* trató de quitárselo y al estar desnudo intentó cubrirse los genitales con un suéter mientras su compañero estaba tendido en la cama desnudo boca abajo.

Trató de defenderse, pero la debilidad estaba fuera de control. Pateó, pero las piernas no le respondían, le pesaban. La debilidad estaba acabando con todo. *WapoWeb* postró al niño boca arriba y aventó sus piernitas hacia su cabeza, el pequeño se resistía. La escena se repetía una y otra vez como si el niño pedaleara el aire tratando de defenderse.

Tenía los ojos muy abiertos contra todo efecto de la medicina y por su cara escurría la saliva que escapaba de su boca.

—No, déjeme —dijo suplicante.

—No, no va a saber nadie.

En la habitación de paredes blancas estaba la botella de Coca Cola con agua jabonosa con la que limpiaban los cristales de los autos en las calles, la televisión seguía prendida, el videojuego parado.

—No, no le voy a decir a tu mamá.

—Me quiero ir con mi mamá.

WapoWeb tomó los pies del chiquillo y se masturbó con ellos parado al pie de la cama. Después, eyaculó sobre las nalgas del niño.

WapoWeb y *BoyLover* esperaron a que los niños volvieran en sí, luego los mandaron a bañar para quitar los rastros de semen y ocultar su delito.

Ese día no lo podrán olvidar jamás.

II

WapoWeb sabía de pornografía, pero su gran descubrimiento fue la pornografía infantil. Le interesó tanto que comenzó a investigar y al mismo tiempo empezó a coleccionar imágenes. Pronto llegó a los foros en internet y conoció gente con los mismos gustos.

Algunos jóvenes, otros más grandes, unos padres y esposos. Todos con los mismos gustos.

Primero empiezan a hablar entre ellos, sobre quiénes son, qué hacen y a qué se dedican, luego hablan sobre su interés en la pornografía infantil y cómo se iniciaron en el tema. *WapoWeb* empezó a los 18.

Entrados en confianza profundizan sobre la pornografía infantil, se mudan a sus cuentas personales y después envían y reciben material. Ese material se vuelve a intercambiar con otros usuarios, todo en cadena. Compartir e intercambiar material para ellos es una prueba de confianza.

Cuando los materiales son suficientes y quieren más, el paso siguiente es comenzar a producir los propios para compartir; entre ellos eso les significa adquirir un estatus de productor, cierta fama y la posibilidad de intercambiar más materiales caseros producidos por otros usuarios.

III

La puerta del elevador se cerró y para *WapoWeb* se abrió la puerta al paraíso. Estaba vestido con su uniforme blanco y sería el compañero de viaje de Miguel, un niño de 10 años que salía de una operación para recuperarse en su cuarto de hospital.

WapoWeb tendría los tiempos de traslados de piso en piso para encender su celular, seleccionar la cámara de video en las apli-

caciones, levantarle la bata a Miguel, capturar la imagen de sus genitales y también la venda que llevaba sobre el pecho y que cubría su reciente operación.

Minutos después *WapoWeb* entró al cuarto empujando la cama donde todavía Miguel estaba noqueado por la anestesia. Le descubrió el cuerpo y comenzó a practicarle sexo oral. Al fin y al cabo, aún desorientado, nunca sabría lo que estaba pasando.

WapoWeb tiene 23 años, es enfermero y trabaja en dos hospitales privados en Guadalajara. Parece una buena persona y su presentación es impecable. Es homosexual, pero a simple vista nadie lo descubriría. *WapoWeb* cuida muy bien las apariencias, tanto que le gustan los niños y eso nadie lo habría imaginado.

En el mueble de la tele que está en su habitación tiene una pequeña caja de zapatos donde guarda al menos 20 recortes de periódico con noticias de abusos a menores de edad; los recortes están manchados de semen, le gusta leerlos, excitarse y eyacular sobre ellos. En esa misma caja tiene un envase de Vaselina y guarda juguetes sexuales aún en su envoltura.

IV

El día que *BoyLover* cumplió 32 años llegó a casa y encontró una sorpresa. Era marzo de 2013. Rosa —su pareja— y su hijastro habían pasado la tarde inflando globos de colores que colocaron sobre la cama perfectamente tendida con aquella colcha en tonos pastel: azul, blanco, verde, amarillo con el dibujo de unas hojas grandes.

En el buró había un plato con dos pastelitos de chocolate con los que le cantarían *Las mañanitas* y le darían de comer en la boca.

En su perfil de Facebook quedó guardada la foto de *BoyLover* tendido en la cama boca abajo, rodeado por los globos y con una sonrisa de placer.

Al calce de la imagen se lee: “Me aventaron y se reventó un globo, qué dolor, qué dolor”.

Su amigo Jorge comentaba en el muro: “Tu cara lo dice todo”.

BoyLover es profesionista, un especialista en la tecnología de las telecomunicaciones, estudió telemática en la Universidad Tecnológica de Puebla y tenía un trabajo como asesor en una empresa de consultoría en ese ramo.

Le gustan los niños, a las niñas las deja a salvo. Sus favoritos son los de tez blanca y cabello claro.

Así precisamente es el hijo de la madre soltera a la que enamoró, aunque él parece más entusiasmado con el niño de 11 años y sus ojos verdes. A ella la conoció en 2011 en una guardería donde iba a componer algunas de las computadoras, y el hijo de la dueña era otro pedófilo.

Con ella vivió durante casi dos años en una casa en Querétaro.

Ganaba bien, lo suficiente para rentar casa en un residencial de clase media en Querétaro y pagarse viajes al extranjero: Estados Unidos, Argentina y Brasil.

¿Viajes de placer?

Hay quien plantea la hipótesis de que *BoyLover* es un pedófilo internacional que tiene una red de amigos que se dedican a la pornografía y abuso infantil, y que conseguían niños para hacer fiestas.

Los que lo conocen dicen que parece una persona normal. Hasta un buen padre adoptivo que pasea, va a campamentos, es *boy scout* y dedica tiempo a su familia. El niño lo ama, se ha esmerado en dedicarle decenas de dibujos de Bart y Homero en los que se lee: “Feliz día papá, eres mi ídolo”, “Déjame aprender de tu mano lo que mañana voy a ser”, “Aunque a veces me regañas sé que es por mi bien”.

En especial hay uno que llama la atención.

En un extremo de la hoja dibujó a *BoyLover* grande, con un cuerpo robusto, con ojos y boca. A su lado una raya pequeña y un círculo, sin ojos ni boca y un letrero donde se lee: Yo.

Las autoridades tienen registro de que el pedófilo prestaba a su hijastro con sus amigos.

En su perfil de Facebook, *BoyLover* tiene muchas fotos con el niño y se puede encontrar un patrón. Rosa besa a *BoyLover*. Él abraza al niño. Ella le toca la pierna a él, él abraza al niño. En todas las fotos se le ve a él con las manos encima del pequeño en una actitud cariñosa.

También hay fotos con otros menores de edad, a muchos los carga en sus piernas. En su Facebook las fotos con los niños son como trofeos. Incluso se unió a un grupo de padres con fines de adopción.

El 26 de julio de 2012, *BoyLover* creó una cuenta de Facebook con las fotografías y el nombre del hijo de Rosa. El perfil podría haber sido utilizado por el pedófilo para acercarse a otros niños.

V

Parecía que los esperaba. Al pasar la medianoche, tocaron el timbre de la casa de *WapoWeb* y él miró por la ventana. Sabía que la Policía venía por él.

Su madre abrió la puerta y mientras él se apresuró, tomó su laptop y bajó corriendo las escaleras.

“Aquí está, aquí está, aquí está, yo sólo quiero hablar con ustedes en privado y que mi familia no se entere de nada”, dijo a los agentes.

La computadora portátil no tenía ningún material de pornografía infantil. La policía realizó el cateo en su habitación.

Había mucho desorden. La ropa sucia regada en el piso, la ropa limpia bien doblada en los estantes del clóset. El cuarto era pequeño, el colchón manchado sobre el suelo.

Debajo de la ropa sucia estaba la computadora donde guardaba todos los materiales de pornografía infantil; en el tercer cajón de la tele la cajita de zapatos con los recortes de periódico y los juguetes sexuales. Tenía dos celulares. En uno de ellos guardaba una

galería con la colección de fotos que había acumulado de niños en ferias, parques o que simplemente tomó en la calle.

“Me gustó y le tomé una foto”, dijo.

VI

El 11 de septiembre de 2013, cuando el reloj marcaba la 1:30 de la madrugada, los agentes de la Policía tocaron el timbre en la casa de *BoyLover*. Traían una orden de cateo por la sospecha que desde esa casa se había transmitido por internet pornografía infantil.

—Yo no hice nada, yo no hice nada, yo no hice nada —les repetía a los elementos que estaban a cargo del operativo.

Él permanecía con las manos entrelazadas al frente, pegado a la pared, con su cuerpo delgado, su pijama azul a cuadros y gritando como si fuera un niño muy asustado.

—Rosa, Rosa, ayúdame.

Ella bajó, se veía muy alterada.

—A mí no me importa si has violado, si has matado. Yo voy a estar contigo, te voy a defender, yo te quiero y a mí no me importa.

En el lugar encontraron dos computadoras HP, discos duros con alrededor de 50 imágenes y videos de pornografía infantil. En su correo también hallaron fotografías de niños desnudos y otros teniendo relaciones sexuales. Éstas las compartía con contactos en México, Estados Unidos, Argentina y Brasil.

También localizaron la colcha de colores azul, blanco, verde, con el dibujo de las hojas grandes. Y un teléfono Nokia con el que había sido grabada la violación a los dos niños de la calle justo encima de la misma colcha donde el pedófilo celebró su cumpleaños.

VII

El abuso a menores y la pornografía infantil son temas que con el tiempo se han ido sofisticando. Mientras hace unos años la pornografía infantil se concentraba en niños de siete u ocho años en adelante, las edades de las víctimas han disminuido hasta consi-

derar a los bebés. Actualmente, con el boom de las redes sociales se producen y distribuyen materiales que incluyen niños muy pequeños, especialmente bebés.

Los bebés son el grupo más vulnerable. Son utilizados para dar sexo oral, algunos sufren de sujeciones —amarres—, con otros practican *spanking* —placer de dar y recibir nalgadas y azotes que pueden ser con fines eróticos—, también son utilizados en actos de zoofilia.

Foreign child predator

Por Tanya Guerrero

Su computadora personal tenía la geografía de todos sus actos. En ella, Raúl guardaba fotografías y videos de Sofía, una niña australiana de 12 años, que se mostraba masturbándose y tocándose otras partes del cuerpo. Junto a ellas estaban las de Maty, un niño estadounidense que también enseñaba zonas desnudas. De Romina, una niña búlgara de nueve años de edad, quien sale en una foto en la playa envuelta en una toalla, en donde solamente tiene descubiertos los genitales, y de Patrice, una niña de Nueva Zelanda que se muestra en ropa interior. Además de ellos, hubo muchas más víctimas pero una de las más afectadas sin duda, fue un chico australiano.

Raúl conoció en la red a Steve, un niño australiano de 11 años, a quien le mintió diciéndole que él también era un niño.

Raúl y Steve se hicieron amigos casi de inmediato y frecuentemente platicaban por el chat de Facebook sobre sus gustos, preferencias y actividades. Raúl sabía todo lo que este niño hacía durante el día.

Un día Raúl le pidió a Steve una foto de él posando desnudo y como le tenía tanta confianza y Raúl le había prometido una de vuelta, se la mandó. Esa foto tomada en el baño de su casa fue el preámbulo de la pesadilla familiar para Steve. Algo que seguramente jamás olvidará.

De ahí en adelante, Raúl, quien todavía pretendía ser un niño, siguió pidiéndole a Steve le mandara más y más fotos de él tocándose. Si él no accedía, subiría aquellas que ya tenía a las cuentas de la red social de sus amigos. Las compartiría en su perfil de Facebook y las enviaría a una amiga de Steve, que supuestamente ya tenía bien ubicada.

En un minuto, Raúl pasó de ser el amigo de Steve a su peor acosador.

Al ver eso, Steve, preso del miedo, accedió al chantaje. Mandaba imágenes suyas en poses sugerentes que Raúl le pedía.

Al tiempo en el que lo hacía, Steve le decía: ¿Qué te hice? ¿Por qué me haces esto? Ya no quiero seguir mostrándote las partes de mi cuerpo.

Raúl guardaba todas las fotografías de Steve, pero tampoco le bastó, quería más. Así que investigó en el perfil de Facebook del australiano y aprovechó que el niño de once años tenía además dos hermanitos, que vivían con él y con sus padres en casa.

Entonces Raúl arremetió contra la fragilidad del niño y creando otra cuenta de correo, comenzó a contactarlo de manera alterna para extorsionarlo y chantajearlo, y amenazaba que si no posaba desnudo frente a la cámara en Skype, publicaría el material que supuestamente “alguien” le había enviado. No había otra persona más, era el mismo hombre que abusó de la confianza de un niño.

Para ese momento Steve estaba ya muy desgastado emocionalmente, pero eso a Raúl no le importó. Fue tal el grado de presión que hizo, que obligó a Steve a ponerse frente a la cámara web, junto a sus dos hermanos —uno de seis y otro de ocho años— y le pidió que comenzara a hacerles sexo oral a ambos en una transmisión en vivo.

Tres hermanos están teniendo actos sexuales frente a una cámara. Raúl le pide que haga que su hermano eyacule. Lo está grabando todo.

El martirio de Steve duró cinco meses. Estaba a punto de suicidarse y se lo dijo a Raúl. Ya no quería hacerlo, pero sentía que no podía hacer nada al respecto.

La mamá de Steve se dio cuenta de lo que estaba pasando, e inmediatamente acudió a la policía de Australia y levantó una denuncia por extorsión.

De regreso a casa, Steve le dijo a Raúl que acaba de denunciarlo, y él contestó:

—Ya sé que me denunciaste. Si quieres que elimine las fotos de la computadora, sígueme mandando y luego, te prometo, voy a borrarlo todo.

Por primera vez en meses Steve no accedió y Raúl jamás volvió a contactarlo.

* * *

Una noche, tiempo después, los fuertes golpes en la puerta de Raúl lo despertaron. Presa del pánico, se levantó e imaginando la razón de la sorpresiva visita, tomó su computadora personal y la escondió debajo de la cama. La insistencia del timbre era brutal. Apresuradamente, agarró su disco duro de 500 gigas y lo tiró a la caja de la taza del baño. Intentaba echarlo a perder.

Una investigación liderada por agentes de la Oficina de Inmigración y Aduanas de Estados Unidos arrojó la dirección de esta casa al momento de investigar una red internacional de pederastas, de los cuales Raúl presuntamente formaba parte.

Al momento de interrogarlo, Raúl lo negó todo. No quería hablar, no quería aceptar nada. “Si tú no eres, entonces seguramente es tu papá”, le dijeron.

El papá de este hombre era una persona de la tercera edad, quien además padecía de diabetes. Por eso, ante la advertencia de que se llevarían a su padre para investigarlo, Raúl comenzó a temblar de nervios. Su boca decía que no, pero la cara, los ojos y la agitación de su cuerpo gritaban que era culpable, algo que con el paso de las horas, aceptó.

Raúl era agente de ventas de productos químicos, y a sus 33 años vivía con su familia en la ciudad de Monterrey. En su domicilio le fueron encontradas siete computadoras de escritorio, seis memorias USB, cuatro celulares, tres discos duros, dos laptops, una memoria micro y una tablet, todas ellas repletas de fotos y videos de pornografía infantil que durante tres años Raúl almacenó. El mayor número de material lo tenía en una computadora

portátil, escondida debajo de la cama, la cual presuntamente era la que más utilizaba.

En estos dispositivos, se encontraron fotografías de niños desnudos, tocándose y masturbándose y videos de entre los cuales estaba el de Steve, el niño australiano que aparece junto con sus hermanos.

La verificación de las cuentas y el rastreo de las fotografías que los agentes pusieron en evidencia que Steve no era la única víctima de Raúl. De 2010 a junio de 2013, siete niños fueron contactados por este pederasta. Dos de Estados Unidos, tres de Australia, uno de Nueva Zelanda y uno de Bulgaria. Cinco niñas y dos niños, todos de entre 12 y 14 años de edad. Ninguno mexicano.

Para cada niño, Raúl tenía un nombre sugestivo con el cual nombraba el material que recopilaba. O ponía “Cogi... a la niña”, por ejemplo, y agregaba el nombre de aquellos a los que chantajeaba: Sofía, Maty, Steve y Romina, dividido en carpetas por países.

Su computadora personal tenía la geografía de todos sus actos. Había entrado a todas esas casas sin atravesar la puerta.



Abuso sexual

Comprende los contactos e interacciones entre un niño y un adulto, cuando el adulto (agresor) usa al niño para estimularse sexualmente él mismo, al niño o a otra persona.¹⁵

Explotación sexual de niñas, niños y adolescentes

La explotación sexual es todo tipo de actividad en que una persona usa el cuerpo de una niña, niño o adolescente para sacar ventaja o provecho de carácter sexual, basándose en una relación de poder.¹⁶

Explotación sexual infantil

Implica la utilización de una niña, niño o adolescente en actividades sexuales. Cuando hay a cambio una remuneración o cualquier tipo de retribución para la niña, niño o adolescente o terceros, se considera explotación sexual comercial.¹⁷

Explotación sexual comercial de niños, niñas y adolescentes

La explotación sexual comercial supone la utilización de las personas menores de 18 años de edad para relaciones sexuales remuneradas, pornografía infantil y adolescente, utilización de niñas, niños y adolescentes en espectáculos sexuales, donde exista además un intercambio económico o pago de otra índole para la persona menor de edad o para un tercero intermediario.¹⁸

Pornografía infantil (1)

Es cualquier representación, por cualquier medio, de una niña o niño involucrado en actividades sexuales explícitas reales o simuladas o cualquier representación de las partes sexuales de una niña o niño para propósitos sexuales principalmente.¹⁹

15 Conceptos básicos, Unicef.

16 Adaptado de la Declaración del Congreso Mundial contra la Explotación Sexual Comercial de los Niños, Estocolmo, Suecia, junio de 1996, Unicef.

17 *Ídem* 15

18 *Ídem* 16

19 Protocolo Facultativo de la Convención de los Derechos del Niño.

Pornografía infantil (2)

Comprende toda representación de una niña, niño y/o adolescente realizando actividades sexuales explícitas, toda representación de las partes genitales de un niño con fines predominantemente sexuales, toda organización de espectáculos en vivo de representaciones sexuales explícitas en el que participaren niñas, niños y adolescentes. La pornografía puede transmitirse por cualquier medio.²⁰

Explotación sexual infantil en el ámbito del turismo

Es la explotación sexual comercial de una niña, niño o adolescente por una persona o personas que viajan dentro de su propio país o al extranjero, y emprenden actividades sexuales con niñas, niños o adolescentes, con la complicidad por omisión o acción de los sectores y servicios del turismo.²¹

La explotación sexual comercial de niñas, niños y adolescentes²² incluye: las actividades sexuales o eróticas remuneradas con personas menores de edad: no se restringen a las relaciones coitales, sino que incluyen también cualquier otra forma de relación sexual o actividad erótica que implique acercamiento físico-sexual entre la víctima y el explotador.

La pornografía infantil y adolescente: incluye las actividades de producción, distribución, divulgación por cualquier medio, importación, exportación, oferta, venta o posesión de material en el que se utilice a una persona menor de dieciocho años o su imagen en actividades sexuales explícitas, reales o simuladas o la representación de sus partes genitales con fines primordialmente sexuales o eróticos.



Estudios calculan que la cifra de niñas y niños sujetos a explotación sexual en México asciende a 70,000, de los cuales 50,000 son explotados en las zonas fronterizas y 20,000 en el resto del país. Respecto del total de las víctimas, hay estimaciones que oscilan entre los 50,000 y 500,000 casos.²³

20 *Ibidem*, 15.

21 *Ibidem*, 15.

22 *Ibidem*, 15.

23 *Ibidem*, 8.

De acuerdo con datos de Unicef, 1.8 millones de niñas y niños son víctimas de trata en el mundo. Tan sólo en México, esta misma institución estima que más de 16,000 niñas y niños se encuentran sometidos a esclavitud sexual. Por su parte, el Departamento de Estado de Estados Unidos de América calcula que alrededor de 50% de las víctimas de trata son menores de edad.²⁴

Para la OIT, las niñas, niños y adolescentes representan 21% de las víctimas de explotación sexual.²⁵

A través del internet se distribuye pornografía y pornografía infantil, que frecuentemente constituye un subproducto —al tiempo que un inductor— de la trata de personas.²⁶

La pornografía infantil suele exhibir el abuso sexual de un menor de edad. Esto implica que consumir pornografía infantil significa muchas veces ser testigo de la violación de un niño, y con demasiada frecuencia las personas menores de edad utilizadas para la producción del material resultan víctimas de trata.

A nivel mundial hay una preocupación generalizada por la disponibilidad cada vez mayor de pornografía infantil en internet.²⁷

- ▶ Hablar con personas extrañas en internet puede tener graves consecuencias, ya que algunas mienten y pueden hacerse pasar por niñas o niños cuando en realidad son personas adultas, nunca puedes saber realmente con quién estás tratando.
- ▶ No expongas tus datos personales en tus redes sociales, por ejemplo, tu nombre completo, domicilio, número telefónico, o el de otras personas que tú conozcas.
- ▶ No compartas fotos de tus familiares o amigas y amigos, o cualquier información tuya de manera pública.
- ▶ Restringe el acceso a tus redes sociales a personas que conozcas bien tú y tu familia.



24 *Ibíd.*, 8.

25 *Ibíd.*, 8.

26 *Ibíd.*, 8.

27 *Ibíd.*, 8.

- ▶ Nunca hables con personas desconocidas en internet y mucho menos actives tu webcam con ellas.
- ▶ Coquetear en línea con personas extrañas puede tener graves consecuencias, ya que algunas mienten y pueden hacerse pasar como personas de tu edad, nunca puedes saber realmente con quién estás tratando.
- ▶ Nunca compartas fotografías con poca ropa o en situaciones íntimas con nadie.
- ▶ Conserva los mensajes, correos electrónicos y toda información indebida, (como frases o imágenes ofensivas) servirán en caso de que sea necesario denunciar ante las autoridades.
- ▶ Nunca compartas información que sirva para identificarte o localizarte fuera de internet, por ejemplo, los lugares que frecuentas, los días y la hora en que lo haces, los horarios en que estás en tu casa o los momentos en que te quedas a solas.
- ▶ Crea contraseñas seguras.

Recomendaciones para padres:

- ▶ Es necesario que los padres conozcan y aprendan a utilizar los medios tecnológicos de información y comunicación, como las redes sociales, eso los dotará de mejor comprensión sobre los usos que podrían tener sus hijos del internet.
- ▶ Supervisar los historiales y contenidos de las páginas en las que navegan sus hijos.
- ▶ Instruirlos en el uso adecuado de las redes sociales, comunicando de los riesgos a los que están expuestos.
- ▶ Las fotografías que compartes de tus hijas e hijos en redes sociales pueden proporcionar información personal que ponga en riesgo a tus seres queridos.
- ▶ De la misma forma, las imágenes y la información que compartes en redes sociales sobre tus hijos puede ser material coleccionable para abusadores, pedófilos o tratantes.
- ▶ Es importante que consideres, antes de la limitación, prohibición o negación del uso de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, tiendas canales de diálogo con tus hijos, en favor de la seguridad de todos.

Cuando una persona se beneficia al obligar a otra u otras personas a pedir limosna o caridad contra su voluntad, recurriendo a la amenaza de daño grave o al uso de la fuerza u otras formas de coacción o el engaño.

MENDICIDAD FORZADA

Cuando el padre, madre, tutor o persona que tiene la autoridad sobre quien se ejerce la conducta que entregue o reciba de forma ilegal, ilícita, irregular o incluso mediante adopción, a una persona menor de dieciocho años, con el fin de abusar o explotar de ella sexualmente.

ADOPCIÓN ILEGAL

La orquesta de Mamá Rosa: sinfonía del abuso

Por Lydiette Carrión

Alta. Pelo corto. Complexión poderosa, fortachona, masculina. Lenguaje, dicen, “de carretonero” y exaltado, que deja poco espacio a la réplica o la discusión. Eterna falda roja a cuadros de tipo escolar, camiseta desgastada y sandalias negras. Mamá Rosa. Un personaje característico, diseñado y remodelado durante más de 60 años. Para muchos, cercana a la santidad, hoy un personaje confrontado por un centenar de investigaciones judiciales, 50 demandas por maltratos y negligencia que devino en violaciones sexuales, secuestro, además de casi 600 internos rescatados del albergue La Gran Familia en Zamora, Michoacán. Rosa Verduzco después de medio siglo al frente del albergue ha reunido una cifra incalculable de presuntas víctimas.

El día llegó

Hoy es 15 de julio de 2014, antes de las ocho de la mañana. Un centenar de uniformados —entre policías federales y agentes de la PGR, funcionarios de alto nivel— entran al albergue, seguidos de una cincuentena de psicólogos, paramédicos, médicos y trabajadores sociales. Un convoy del ejército asegura el perímetro del albergue. Y es que Zamora, “la sultana del Duero”, ciudad conservadora y religiosa, cuya catedral siempre en construcción guarda el muro infame de los crímenes contra cristeros, el valle fértil, el emporio de fresas y zarzamoras de calidad de exportación, es tierra de narcos.

Embozados y armados, los agentes ingresan por la puerta del albergue. Llegan a un patio no muy grande rodeado de edificios escolares: las aulas, la escuela de música. A simple vista, un internado cualquiera. ¿En verdad era necesario un operativo de estas dimensiones?, piensan algunos. La mayoría de las paredes tienen

murales en los que predominan el verde, el azul. En una, el dibujo enorme de lo que parece ser un hombre que lleva a un bebé en brazos. Pero si uno se fija más detenidamente, el hombre en realidad lleva una falda azul a cuadros, y el bebé es más bien un hombrecito en miniatura. Arriba, se lee: “El que ama cumple con la ley”. En el albergue ninguna autoridad lo hacía.

Un enorme salón sirve como escuela de música. Es quizá el edificio más importante de este primer patio, ya que ostenta el mural más grande: uno que muestra un mundo de grises, una rueda de la fortuna, comercios, autos, algunos árboles, un autobús con niños representa a La Gran Familia. Arriba, la leyenda: “Los auténticos ganapanes. Enrique Krauze”.

En la primera media hora del operativo, los agentes detienen a Mamá Rosa y a otros ocho presuntos implicados. Nadie opone resistencia. Los hombres armados toman posesión del lugar. En la escuela de música, adolescentes que iban a tomar clase permanecen estupefactos; hasta que uno de ellos decide tocar el violín. Lleva el uniforme de la escuela: pantalón y camisola verde olivo. Los pies descalzos. Toca el *Himno a la alegría*.

Una puerta de hierro conduce al comedor. Varios niños desayunan un guiso de verduras que no huele bien. Desde ahí, otra puerta da al segundo patio y el principal: adonde nadie que no sea de La Gran Familia ha entrado. Y ahí es donde comienza aquello para lo que nadie estaba preparado. Lo que más desconcierta es el olor: una mezcla de orines, excremento, suciedad. ¿Por qué huele así un espacio abierto? Es un patio amplio, muchos más grande que el anterior, pero luce saturado y abrumador, y está flanqueado por edificios de colores chillones —naranja, verde, azul— de dos y tres pisos: los dormitorios, unas celdas sin vidrios, con rejas como de cárcel. Y ahí, en los dormitorios, pululando en el patio, en las escaleras, hay 596 personas, la mayoría adolescentes y niños: seis bebés de entre dos meses y dos años; 174 niñas y 278 niños de entre tres y 17 años; y 138 adultos de entre 18 y 60 años.

Mamá Rosa

Mamá Rosa ha abrazado un “apostolado de vida”, sentencia con la pluma un reportero de *El Sol de Zamora* en 2011. La expresión no es suya. Los epítetos se repiten en varias publicaciones: “apostolado de vida”, “santidad”, “enorme corazón”, “férrea voluntad”. ¿Desde dónde se construye el personaje?

En 1975, el estadounidense Joseph Blank escribió en la revista *Reader's Digest* un perfil de Rosa del Carmen Verduzco Verduzco titulado “Una cuestión de conciencia”. Ahí consigna que la mujer nació en el seno de una familia privilegiada, donde nunca tuvo que levantar un plato de la mesa. Ese primer texto en la prensa internacional advierte que, en 1950, cuando Rosa tenía apenas 14 años de edad, rescató a su primer huérfano, Maciel, un niño de 10 años abandonado por el circo. En otras entrevistas, la propia Rosa del Carmen explica que en ese entonces ella participaba en la Legión de María, una asociación de católicos laicos cuya finalidad es glorificar a Dios por medio de la santificación de sus miembros.

La creación del arquetipo: la niña santa. La madre de todos. La madrecita. En un país que venera a la madre abnegada, el mito es poderoso. Mas el mito no queda inmóvil: en la página de internet de La Gran Familia se cita el reportaje del *Reader's Digest*, pero se modifica la edad de Rosa; se dirá que en aquel entonces, en vez de 14 tenía 13 años. Y en la nota de *El Sol de Zamora* se dirá que el primer rescate ocurrió en 1947, cuando Rosa sólo contaba con 12 años.

No importa si tenía 14, 13, 12. Para finales de 1950, la adolescente, y en rebeldía a su estricta y acaudalada familia, ya había recogido a varios niños más. Necesitaba mantenerlos, así que fue a la ciudad de México y trabajó en la fundación Mier y Pesado —una escuela lasallista— cuidando a una treintena de niñas y regresó a Zamora tiempo después. El reportaje de Blank consigna que ya en ese entonces llegó con la convicción de ser madre, pero no esposa. Madre de huérfanos. Jamás se casaría. *Apostolado de vida*, dirán.

Para 1954, su padre había muerto y la madre le cedió una propiedad en la calle de Amado Nervo, en el centro de Zamora, para que viviera ahí con sus chicos. En los siguientes años, Rosa recabó donativos y pagó el valor de un terreno de 8 mil metros cuadrados —un poco más grande que una cancha de futbol promedio— a las afueras de Zamora. Para los años sesenta, ella y los chicos construían su albergue: un edificio que llegó a abarcar únicamente 2 mil 500 metros del terreno. En 1963, lo terminaron en 18 meses. Además, Rosa Verduzco logró gestionar que las autoridades dieran validez a una escuela primaria dentro del albergue. La nombraron “Humberto Romero”, en honor a quien fuera secretario del entonces presidente de la República, Adolfo López Mateos. Antes de esa fecha, los chicos salían a clases en escuelas públicas. En 1973, se constituyó la Asociación Civil “La Gran Familia”. Durante todo este tiempo, las actividades musicales eran destacadas, pero en 1999 el entonces gobernador de Guanajuato, firmó un convenio para que La Gran Familia pudiera estudiar a distancia en la Escuela de Música de la Universidad de Guanajuato. En 2000 se creó al interior del albergue la escuela superior de música “Fausto Zerón-Medina” con el apoyo del entonces gobernador de Michoacán.

Familia forzada

El patio principal está atestado de niños y adolescentes que se encuentran entre divertidos y azorados con el operativo. Las autoridades tratan de establecer un poco de orden y les piden que se sienten en hileras, por sexo y edad. Peritos ordenan a cada grupo que realice algunos movimientos y ejercicios: una sentadilla, por ejemplo, para identificar posibles lesionados. Una fila de niñas de bachillerato espera; entre ellas, una chica de 17 años, regordeta, de cabello muy bonito y tez morena a quien llamaremos Alicia. Ella pregunta, con voz ansiosa:

—¿Es cierto que nos vamos a ir?

Hace más de tres años, cuando tenía 14, Alicia comenzó a

tener problemas de conducta. Una tía sugirió a la mamá que la internara en La Gran Familia.

Llegaron una mañana. Alicia suplicaba que no la dejara ahí, porque algunos amigos ya le habían dicho que adentro golpeaban muy feo. La mamá no hizo caso. Se dispuso a realizar los trámites. Éstos consistían en firmar, ante un notario, que aceptaba que su hija se quedaría en el albergue, a cargo de Mamá Rosa, hasta que cumpliera los 18 años de edad.

Lo que la mamá de Alicia no sabía es que esto es ilegal. Cuando se trata de menores de edad, ningún acuerdo entre particulares es válido. Sin embargo, el albergue de Mamá Rosa siempre operó así. Y los tribunales le dieron la razón por décadas.

El uso ilegal de notarios en La Gran Familia está documentado al menos desde 1975, cuando Joseph Blank publicó su reportaje:

A veces, alguna madre le dice al entregarle a su criatura [a Mamá Rosa, que entonces tenía 39 años]:

—Quisiera volver por ella cuando haya arreglado mis asuntos.

Rosa replica:

—No, yo no juego con la vida de los chicos. Tendrá usted que firmarme un papel en el que accede a que la niña permanezca con la Familia hasta que termine la educación primaria; entonces se la devolveremos, pero únicamente si ella así lo desea.

En varias ocasiones pusieron en tela de juicio la legalidad de tal convenio, pero los tribunales no han fallado ni una vez en contra de Rosa Verduzco.

Una mujer le entregó dos gemelos recién nacidos, hijos de un hombre que no era su marido; éste se encontraba trabajando en los Estados Unidos. Ocho años después la señora volvió para decirle:

—Me llevaré al niño; quédese usted con la niña.

—¡Largo de aquí! —le gritó Rosa, furibunda—

Los niños [no] son objetos que se puedan ir dejando y recogiendo. Estos dos me consideran su madre y han encontrado amor y seguridad en nuestra Familia. Si usted les revelara que es su verdadera madre y que los abandonó les causaría un daño irreparable. ¡Y yo sería capaz de matarla!

Quizá, y sobre todo al inicio, Mamá Rosa y las autoridades decidían violar la ley en aras del bienestar de los niños. Lo cierto, sin embargo, es que años después se acumulaban las denuncias por secuestro, privación ilegal de la libertad, maltratos y violaciones sexuales. Las autoridades locales tampoco procedían.

Pero alegar un “bien” de los niños ha sido utilizado en otros casos de explotación y sustracción de menores. Así ocurrió en el albergue Casitas del Sur (en DF), de donde fueron sustraídos 11 niños a inicios de 2009, la mayoría de los cuales no han sido recuperados hasta ahora y nadie sabe en qué condiciones se encuentran: bien o mal, vivos o muertos.

Esta mañana, en el operativo, Alicia recuerda que a los pocos días de llegar al albergue sufrió su primera paliza porque no se aprendió una clase de solfeo —leer notas musicales en partitura. La persona a cargo la golpeó en las manos con la paleta de una banca. Tuvo oportunidad de llamar a su madre y le contó lo sucedido. Ésta, poco a poco se dio cuenta de que las cosas no estaban bien: casi no le permitían ver a su hija o hablar con ella. Comenzó a buscar formas de sacarla de ahí. Formas legales e ilegales.

“Mi mamá tiene un exmarido que es policía federal. Y ella le dice que la ayude pero él dice que no puede porque La Jefa era muy poderosa, que tiene a los de la mafia”. Alicia llora y mira hacia los lados una y otra vez revisando quién escucha. Su padrastro tiene amigos soldados, policías, “pero que no puede, que también trató con los de la mafia. Y que no [ni la mafia, el narco] se quieren meter con La Jefa porque es muy poderosa”.

Alicia ha pasado tres años aquí. Hay mujeres y hombres que lo han hecho toda la vida. Tres niñas se acercan, son de distintas edades: una de ellas ronda los 16 o 18 años; la de en medio los 8, la más pequeña tendrá unos 6. Vienen del Estado de México, están aquí desde *hace bien mucho*. No recuerdan exactamente cuándo. La más pequeña señala a una anciana, la mujer aquí internada de más edad, pasará ya los 65 años:

—Mira, ahí está la abuelita.

—Es Mamá Bertha, nació aquí. Y tenía una hermana —agrega la de 8, para ampliar la información sobre la mujer.

—¿Y qué le pasó? —se les pregunta.

—Se murió. Comía mucha caca. Se comía su propia caca —dice la de 6.

La más grandecita añade:

—Es que con lo que te dan de comer aquí, uno no se llena. Te dan la comida enlamada.

Según relatarán otros más, a la hermana de Bertha le gustaba recostarse bajo el sol en el tercer patio, el más pequeño y sucio. Una tarde, para cuando la gente se percató, ya estaba muerta. De esto, dicen, ya hace varios años. Su piel se desprendía.

Un perro color miel, muy grande, que se encuentra al fondo del patio, capta de pronto la atención de la niña más pequeña. Lo señala, quiere relatar, enseñar su mundo, su experiencia:

—Se llama Cofi —como el perro matón de *Amores perros*— le gusta comerse a los gatos —relata con naturalidad.

Mientras, se conforma otro grupo, uno compuesto por mujeres más grandes. Una mujer morena, envejecida, de renegrado cabello al hombro declara:

—Yo aquí perdí un bebé.

—Varias mujeres han perdido bebés —agrega otra chica, aludiendo a los abortos.

—Pero el mío sí nació y Mamá Rosa... Yo nunca supe qué pasó. Sólo me dijeron que murió. Niño.

—¿No se lo dejó ver? —se le pregunta.

—Jamás. Sólo supe que nació. Nunca me lo dejaron ver. Y pasando como un mes, me dijo Mamá Rosa que lo habían enterrado...

Guarda silencio. Sus ojos miran hacia adentro, hacia otros tiempos: cuando era una jovencita y había dado a luz a un niño que nunca vio y, dicen, está muerto hace muchos años. Pero ella duda que esto sea cierto.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace... Ahorita él ya tuviera como 18 años.

Aparentemente, la mujer rebasa los 45 años. Sólo tiene 36. Llegó desde los 10. Recuerda al hijo perdido. Lloro.

—¿Qué siente hoy?

—Alegría —responde.

El encierro y la sexualidad en sus rincones

Antes del mediodía, los niños están incontrolables. Los agentes dan la orden de que todos ingresen a los dormitorios, por edades, y permanezcan ahí. Más que dormitorios son crujías carcelarias: muchos colchones se encuentran podridos, orinados y agusanados. En algunos hay letrinas tras un pequeño muro de tablarroca. En los demás hay baldes y cubetas repletos de excrementos y orines. De ahí, de los dormitorios, viene el olor que se percibe desde el patio. Y en estos dormitorios, los internos pasaban por lo menos 12 horas diarias, encerrados bajo llave. Muchos tienen mascotas: cachorritos, gatos pequeños. Los chicos tejen pulseritas con cuentas de plástico y se las colocan como collares.

Los dormitorios de las mujeres están un poco más limpios. Las chicas de 20 años esperan la siguiente orden, mientras una de ellas, una muchacha morena saca una estufita eléctrica y se pone a guisar unas papas que ha robado de la cocina aprovechando el caos del operativo. Mientras, tararea canciones; su voz está educada, la imposta y la proyecta con soltura. Y platica. Repite una y otra vez: “Aquí es la ley del más fuerte”. Lo dice tanto que termina sonando falso. Pero de alguna manera, Cofi, el perro que se come

a los gatos impunemente, confirma el dicho, que en realidad sólo es una sobresimplificación de este horror: la ley del más fuerte. La del Cofi, el perro más grande sobre los gatitos bebés. La ley de los que pueden salir de aquí cuando quieren sobre los que no. Los que tienen algún privilegio, ya sea por su talento musical o por favores, sobre los que no tienen nada. La ventaja de quienes tienen vínculos con el poder político y económico para actuar por encima de las leyes y reglamentos sobre los de aquí dentro: los desposeídos, los olvidados, los de abajo.

Una mujer policía entra y pregunta sobre abusos sexuales. Una de las chicas responde: “A nosotras no, porque no nos dejamos, pero a los niños sí los violan los otros muchachos más grandes”. La agente, de forma torpe, les pregunta si ellas han iniciado su vida sexual. Algunas la miran socarronas; muchas tienen novios ahí.

—¿Y a dónde van para tener relaciones? —revira la agente, queriendo documentar los abusos.

—En los pasillos —responde una de las chicas.

—¿En los pasillos?—repite la policía, sorprendida, y de nuevo desatina la pregunta—, Pero, ¿cómo?

—Pues te tapas con un sarape. Pero los encargados y los que están bien con La Jefa pueden usar un cuarto.

Nacer y morir en el albergue

Más tarde, las chicas relatarán que si bien reciben un poco de educación sexual en las horas de escuela, no tienen acceso alguno a métodos de prevención de enfermedades de transmisión sexual ni de anticoncepción. Al ser cientos de adolescentes y jóvenes encerrados por años, juntos, muchos inician su vida sexual así: bajo la mirada de todos, en el mejor de los casos bajo un sarape, en algún pasillo. Muchas chicas resultan embarazadas. Una mujer de edad avanzada, con labio leporino, a veces les da pastillas ‘abortivas’. Otras tienen bebés. Esto les permite tener el privilegio de vivir, por unos años, en uno de los cuartitos para

madres: un baño completo adentro del dormitorio, un poco más de privacidad. Al cabo de unos años, sin embargo, serán separadas de sus hijos, quienes pasarán a la población abierta, con los apellidos Verduzco Verduzco.

Los huérfanos, los niños que nacen aquí, son registrados como hijos naturales de Mamá Rosa. De esta manera, las madres — en su mayoría muchachas muy jóvenes que no han salido nunca a la calle— perdieron todos los derechos sobre sus hijos. Legalmente, nunca los tuvieron.

Nacer y morir en el albergue. Hay familias de dos y hasta tres generaciones. Una niña de 16, que lleva los apellidos Verduzco Verduzco, los mismos que los de su madre, quien también vive ahí. Otros más: una niña llamada “Campanita” y su hermanito, un nene con síndrome de Down, Verduzco Verduzco, también.

Esta práctica era de todos conocida y aplaudida en distintas esferas. En el reportaje de Joseph Blank, se relata:

Rosa ‘tuvo’ su primera criatura en noviembre de 1957. El cura de un pueblo cercano le refirió el caso de una mujer, soltera y trastornada mentalmente, que en el hospital había intentado asfixiar a su hijo recién nacido y que después se negó a que lo apartaran de su lado. Tenían que vigilar a la madre en todo momento. Rosa fue a visitar a la parturienta. Las dos mujeres se miraron a los ojos. ‘No quiero a este niño’, dijo la madre. ‘¿Lo quiere usted?’ Rosa asintió con un movimiento de cabeza. La mujer puso al nene en brazos de la joven, diciéndole: ‘Tómelo: es suyo’. Era un niño prematuro y estaba casi muerto. Pero el pequeño sobrevivió. Dedicada a él en cuerpo y alma, Rosa ansiaba proporcionarle seguridad y confianza; hacerle sentir que tenía una madre que lo adoraba. Se le ocurrió una idea original y, según ella, completamente realista; se presentó en las oficinas del registro civil e inscribió al

*niño como hijo natural suyo. Pero ¿y el padre? Rosa
asentó en el libro: ‘de padre desconocido’.*

Hasta ahora es imposible decir cuántos niños y niñas —muchos de ellos hoy adultos de todas las edades— se apellidan Verduzco Verduzco.

Sobre los abusos sexuales y violaciones, las historias comienzan a decantarse más despacio; pasa incluso un día o dos. Unos señalan expresamente a los “protegidos” de La Jefa. Algunos, cuando se deciden a declarar, rompen a llorar; otros llegan debido a una consulta médica: las evidencias forenses del abuso violento.

Que nadie se quede sin cooperar

En el invierno de 2012, el albergue imprimió una revista de difusión. En el extremo superior derecho lleva el emblema de La Gran Familia: un triángulo, cuyos lados están flanqueados por las palabras: Alegría, Unión, Trabajo. Adentro del círculo, un nido con polluelos y un pájaro adulto que los alimenta con un gusano.

Una fotografía en interiores. Los adolescentes varones de La Gran Familia tratan de destazar una res entera, patas arriba, eviscerada, expuesta. La sangre mancha el piso, corre bajo unos costales de lo que parecen ser limones o tomates.

La publicación agradece a los numerosos comercios e individuos locales que hacen donaciones al albergue: el mercado, que envía remanentes de frutas y verduras; el panadero que también obsequia excedentes; el hotel que alberga gratuitamente a los invitados distinguidos; las empacadoras de fresas y zarzamoras, la tienda que obsequia tenis.

Según un reportaje de *Reporte Índigo*, firmado por J. Jesús Lemus, en la última década, el albergue La Gran Familia recibió unos 334 millones de pesos por financiamiento público provenientes del Gobierno federal y las administraciones de Michoacán, Jalisco y Guanajuato.

Por su parte, Verónica Calderón escribió en el diario español *El País* que los donativos privados recaudados entre 2009 y 2013, acumulados en por lo menos una cuenta del banco Banamex, suman cerca de 9 millones de pesos. Además, los subsidios oficiales declarados a Hacienda se elevan a 10 millones de pesos “que según la institución se gastaron en el mantenimiento del albergue, que se hallaba en terribles condiciones”.

Entre las numerosas aportaciones, consigna Verónica Calderón, hubo un gimnasio donado por la Reina de Inglaterra “que, al menos cuando se permitió el acceso a los medios de comunicación dos días después de la operación policial, no estaba en su interior y hasta un equipo de purificación de agua donado hace por lo menos 20 años que permanecía intacto en una de las bodegas de la propiedad, de 2,500 metros cuadrados”.

En la revista de La Gran Familia, se agradece al Gobierno federal, al Instituto Nacional de Bellas Artes, a los gobiernos estatales, a la secretaría estatal de educación, al ayuntamiento. Además se cobra publicidad. En sus páginas se anuncia Honda, el Hospital San José —donde sería internada Mamá Rosa el día del operativo, tras alegar que se sentía mal. Se agradece a políticos de todos los niveles y de todos los colores; la gente del albergue se toma la foto con todos: ahí está “Quiro”, el hombre señalado como mano derecha de Mamá Rosa y que decenas de niños y adolescentes han acusado de violarlos.

El albergue realizaba una colecta anual. Y la revista da cuenta de ello. Una foto con el enorme cheque que la cadena de supermercados Merza dona en 2012: 190,000 pesos.

La revista también publica fotos de las presentaciones musicales: en La Piedad, Michoacán; en la capital, Morelia, entre otros. Los chicos aseguran que por cada concierto, el albergue cobraba unos 7,000 pesos. Por último, una instantánea de dos niños del albergue en edad escolar. No rebasan los 12 años. Están tocando un timbre. “Y así, casa por casa, para que ninguno de ustedes se quede sin participar de nuestro sostenimiento”

(sic). Por este hecho, otro de los delitos investigados es el de mendicidad. Nadie puede obligar o alentar a que un menor de edad pida dinero.

María, una chica de pelo rojizo, piel muy blanca y pecas, viene de Nezahualcóyotl, Estado de México. Llegó a los 15 años y ahora tiene 21. Aunque es mayor de edad, no la han dejado salir. Ha terminado el bachillerato y la carrera de profesor de música, pero no tiene acceso a sus documentos de identidad ni comprobantes escolares. “Si me hubiera escapado, no tendría ni mis papeles ni nada.” Desde que se graduó, debe trabajar ahí mismo, en el albergue, dando clases. Mamá Rosa le guarda su sueldo y no la deja salir. No es la única. En el mismo caso se encuentra Lis, de 26, Fátima, de 23. Otras mujeres trabajan como cocineras o en diferentes actividades.

Es difícil saber cuánto dinero obtenía el albergue por medio de subsidios oficiales, donativos de fundaciones extranjeras, donaciones privadas, colaboraciones en especie, ni cuánto fue utilizado para sostener a los chicos. Lo cierto es que este 15 de julio, los médicos y paramédicos constatan que muchos de los internos presentan cuadros de desnutrición, heridas mal atendidas, ropa en harapos.

Desnutridos. Y en la cocina hay comida echada a perder; en las bodegas, alimentos caducos. En el refrigerador hay un cuarto de res. Los peritos consideran que lleva ahí, congelada, al menos dos años.

Cambió el fútbol por la mutilación

A la hora de la comida, las autoridades ingresan a la cocina a ver qué se puede rescatar. Las cucarachas corren por las paredes. Se decide lidiar con esto hasta el día siguiente. Se improvisan unos sándwiches.

Los chicos esperan impacientes la comida, en las crujías y pasillos. Los jóvenes de 14 años, amontonados en un dormitorio pequeño, pasan el tiempo comiendo leche en polvo a cucharadas

de un bote que alguien consiguió en el desorden. Uno de ellos es Armando, un muchacho moreno de pelo ensortijado, oriundo de Tamaulipas, que pide, por favor, que le devuelvan su violín. Él estaba tomando clases, pero después lo castigaron y ya no lo dejan tocar su instrumento favorito. No recuerda cómo se llama su lugar de origen. Lleva en albergues más de 7 años. “Un licenciado engañó a mi mamá y nos separó a mi hermano y a mí de ella.” Hace un año la madre por fin dio con el paradero. Intentó sacarlo. Mamá Rosa no lo permitió. Entonces, desesperada trató de llevárselo a punta de pistola. Entró armada al lugar... con una pistola de balines. Falló. Y desde entonces la mujer no puede acercarse al albergue.

David es un muchacho de ojos muy claros, nativo de una ciudad portuaria y con turismo de alto nivel. Lleva aquí tres años. Procura su voz se escuche más grave de lo que en realidad es. La mamá lo internó cuando tenía 12 porque andaba en malos pasos. Cuando tenía unos 10, fumaba tabaco y se robaba huevitos Kinder Sorpresa de las Farmacias Guadalajara. “Un día pusieron una cámara [directa a los Kinder Sorpresa]. Y pues me llamaron, me tomaron una foto, me preguntaron, llamaron a mi padrastro. Y ya él pagó. [...] Cuando llegué a la casa, mi mamá me pegó: ‘te vas a poner a trabajar para pagarle a tu padrastro’.” La mamá agregó algo así como “pegarte me duele más a mí que a ti”.

Dos años después, como no enderezaba el camino, la familia decidió internarlo. Buscaron por internet alguna escuela o albergue. Alguien recomendó La Gran Familia. David llegó a este lugar y tras las primeras golpizas quiso escapar; luego le explicó a su madre las condiciones y le rogó que lo sacara de ahí, pero ésta le dijo que, en el barrio, el crimen organizado andaba levantando muchachitos. “Prefiero llorar unos años porque estás encerrado, que llorar porque te mataron.”

* * *

En los mensajes de texto que intercambia la gente de Derechos Humanos de Gobernación, alguien escribe: “necesitamos demostrarles que se puede vivir de otra forma”. Algunos muchachos del albergue indican dónde puede haber colchones para reemplazar los agusanados. Y las autoridades abren una bodega del tercer piso. Huele a encierro, moho y polvo. En la oscuridad, decenas de colchonetas nuevas se deterioran. Y también sábanas, cobijas, almohadas, playeras, calzado, máquinas de escribir. Un muchacho señala otras bodegas: en algunas están las cosas de limpieza, ésas a las que nadie tiene acceso; en otra hay cajas de muertos; en otras más, comida que se caducó. Mientras unos niños sacan colchones y sábanas, otros saquean las bodegas de alimentos. Beben refrescos con fecha de caducidad de 2013. Comen chicharrones del mismo año. En el patio hay pequeñas explosiones de niños arrebatándose los paquetes de botanas. Algunas bolsas revientan y los niños levantan la comida del suelo para comer.

Así llega la hora de la cena, y luego la de dormir. Los agentes dan la orden de que todos ingresen a los dormitorios, por edades, y permanezcan ahí. El ambiente se torna amenazante, sobre todo en el tercer piso de las crujías de hombres, donde se encuentran los más grandes: desde muchachos de unos 18-20 años, hasta hombres de cuarenta y tantos. No hay luz en los dormitorios. En penumbra, en la crujía designada a niños de entre 10 y 11 años, estalla una riña. Dos chicos se pelean porque uno de ellos tomó los zapatos del otro. Uno de ellos saca un gancho de construcción. Los demás se arremolinan en torno a ellos gritando. Los separan; uno llora, el otro ha recibido un golpe en la cabeza. Son llevados al primer patio para revisión médica.

El que recibió el golpe se llama José, de 11 años, es de Guadalajara. Antes de llegar a La Gran Familia amaba jugar fútbol. Su mamá siempre le llevaba un balón en cada visita, hasta que se enteró de que no se los daban. En su dormitorio había televisión.

Vio la final del Mundial. Le iba a Argentina, y piensa que Messi es el mejor jugador del mundo; aunque su favorito es Memo Ochoa, el guardameta mexicano. “Cuando salga de aquí, por fin voy a jugar.” Sus antebrazos están llenos de cicatrices. En el encierro, José cambió el fútbol por la automutilación. No es el único. Muchos chicos de edades variadas exhiben los navajazos característicos de la automutilación.

El niño con el que peleaba, Antonio, tiene 10 años. Lleva tres aquí, desde que lo trasladó *una señora* desde el Instituto Cabañas, también en Guadalajara. Tiene dos moretones profundos y violáceos en ambos hombros. “Me pegaron.” Señala a uno de los encargados: “Dino me picaba”.

—Sí. Dino vale verga —agrega José—, él me clavaba agujas en la lengua.

Antonio recoge del suelo un folleto de “La Gran Familia” que se ha caído con el trajín del operativo. Lee en voz alta que la comida que los niños no consumen es donada a otros albergues. Se indigna. Se acuerda y se enoja. Pero luego advierte:

—Manden a la Policía a esos albergues también; están bien mal. Los tratan bien mal.

Pasan unos minutos, platican un poco y, como ocurre con casi todos los niños, ya son amigos de nuevo. Ninguno tiene un golpe grave. Continúan platicando y de la pelea con ganchos y golpes ni se acuerdan. Pero piden permiso para continuar ahí un poco más. La perspectiva de regresar al dormitorio en encierro es cuesta arriba.

La primera noche pasa en tinieblas y caos. Habían sido abiertas algunas bodegas con ropa que nadie usaba. Los chicos las tomaron. Al día siguiente hay prendas tiradas por todos lados, sucias. Muchos niños de entre 9 y 10 años acusan que en el desorden les robaron sus cosas de limpieza: jabones, cepillos dentales y acicales. Otros, en cambio, con rostros satisfechos han sido los ganones: se embarran champú en el pelo para oler bien.

En La Gran Familia, chicos y grandes deben conseguir su propio jabón, toallas sanitarias, desodorante, cepillos de dientes. Cada botellita es un tesoro. El tema de la limpieza personal sale a cada momento: los chicos trafican, se saltan una comida y “venden” su lugar por un desodorante. Este controlar y torturar con la higiene y dar únicamente alimentos en mal estado parece ser un discurso continuo y nefando. Cada niño recibe el mensaje: sólo te mereces eso, comida echada a perder; porque eres sucio, estás sucio.

El equipo sigue limpiando: cambiar colchones, repartir cobijas sin piojos ni chinches. Trapear, barrer. De los dormitorios masculinos, sacan botes y cajas de cartón repletas de excremento. Los chicos ayudan y tras horas de trabajo, han amontonado basura y ropa de cama en el patio.

Entonces viene el ingreso a la cocina. Ésa es la última patada olfativa. Y la letal. La gente del DIF saca carretillas de latas caducas, queso de puerco podrido, bolsitas de atole encucarachadas. Tortillas enlamadas, papas pasadas. Trastes sucios.

Abren una de las tantas bodegas, pero ésta es particular: se encuentra a una puerta de la crujía donde duerme Mamá Rosa. La bodega está llena casi hasta el techo, una voluntaria debe escalar ropa y desperdicio para ver el final. Salen kilos y kilos de ropa nueva, empaquetada, gorras rotuladas “La Gran Familia”, pañales usados, ropa podrida, trajes de charro infantiles apolillados, *pants* que nadie utilizó, doblados, sin estrenar, *jumpers* desechos.

A un lado de la bodega, está en silencio el cuarto de Mamá Rosa: una crujía en la planta baja, justo en la zona centro del patio. El cuarto de La Jefa no es más lujoso que el de los demás, aunque sí está más limpio y tiene un baño propio. El único privilegio es una pequeña ventana carcelaria tapiada con una puerta de metal que asoma al terreno trasero: un vergel si se compara con el horrendo patio del albergue. El cuarto es oscuro, pintado de verde pistache, retacado de cosas: expedientes, paquetes de Pomada de la Cam-

pana, fotografías. Mamá Rosa guarda cada recorte de periódico e imagen con las personalidades que la protegieron por décadas. Casi no hay espacio libre en las paredes. Es la habitación de una acumuladora.

Y quizá ése es el mecanismo detrás del horror de La Gran Familia. La acumulación.

Mamá Rosa acumuló donaciones: colchonetas, cobijas, artículos de limpieza, ropa usada y ropa sucia. Y acumuló niños. No los dejó ir nunca. Acumuló niños que le dieron más y más niños.

* * *

Entre los admiradores de Mamá Rosa hay políticos e intelectuales de todo el abanico ideológico; historiadores, escritores, un premio Nobel. Celebraban la educación formal que se daba a los chicos, la creación de una escuela de música al interior del albergue. Enrique Krauze escribió que los niños de Mamá Rosa eran “auténticos ganapanes”. Huérfanos, niños problema, los llamados delincuentes juveniles “enderezaban el camino”, formaban bandas musicales, orquestas; salían con una carrera como profesores de música. Por eso es que muchos padres de familia decidieron internar ahí a sus hijos, y el DIF nacional y de varios Estados de la República también canalizaba a niños sin familia constantemente. Mamá Rosa y su apostolado de vida. Su férrea voluntad. Su enorme corazón.

También, durante décadas hubo gritos de auxilio. Entre 1989 y 2014, se acumularon más de 50 denuncias legales en contra del albergue por los delitos de privación ilegal de la libertad, secuestro, golpes, abuso sexual. Un reportaje televisivo en 1993 da cuenta de maltratos, tortura y violaciones sexuales. También en los noventa, la abogada Digna Ochoa ayudó a algunos padres a recuperar a sus niños. Las denuncias eran cíclicas. En 2010, el albergue volvió a ser noticia. Familiares de cuatro niños provenientes de Guanajuato presentaron demandas por el delito de secuestro, para que les re-

gresaran a sus hijos. Diversas organizaciones y activistas, exigieron entrar al albergue y revisar las condiciones, pero esto nunca fue posible. Nunca nadie pasó más allá del primer patio: ahí donde todo resultaba “normal”.

¿Por qué ahora y no hace cuatro, 10, 20 años?, ¿qué maquinaria se movió, qué personajes cambiaron en el tablero, o qué enroque funcionó para que, de pronto, se implementara el operativo de rescate quizá más singular, en medio de un Michoacán convertido en escenario del Ejército y la Policía federal, del narcotráfico, de las autodefensas?

En estos momentos, sólo se cuenta con la versión oficial. Según la Procuraduría General de la República se inició la investigación a partir de las denuncias de cinco padres de familia, quienes no podían recuperar a sus hijos.



Mendicidad forzada

Cuando una persona se beneficia al obligar a otra u otras personas a pedir limosna o caridad contra su voluntad, recurriendo a la amenaza de daño grave, un daño grave o al uso de la fuerza u otras formas de coacción o el engaño.

Adopción ilegal de persona menor de dieciocho años

Cuando el padre, madre, tutor o persona que tiene autoridad sobre quien se ejerce la conducta que entregue o reciba de forma ilegal, ilícita, irregular o incluso mediante adopción, a una persona menor de dieciocho años, con el fin de abusar o explotar de ella sexualmente.

En nuestro país es muy común ver escenas donde las personas menores de edad, adultos mayores, indígenas o personas con alguna discapacidad se colocan en lugares concurridos o de tránsito, con el fin de pedir una ayuda económica, conocida como “limosna”, “caridad” “dádiva” o “ayudita”, sin saber que en realidad en muchas ocasiones están siendo víctimas de una modalidad del delito de Trata de personas, donde una tercera persona se beneficia de dicha explotación.

En la modalidad de trata con fines de explotación laboral, se han detectado casos de menores de edad tanto nacionales como extranjeros en muy diversas ciudades y sectores. Es la situación de los niños indígenas forzados a la mendicidad en las grandes ciudades del país y destinos turísticos, así como de los niños extranjeros —principalmente de origen guatemalteco— obligados a pedir limosna o a trabajar en el comercio informal, en fincas agrícolas, en el servicio doméstico, en giros negros y en otros sectores de la economía clandestina.²⁸



En el 2011, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) estimó que 150 millones de niños entre los 5 y los 14 años, hacen trabajos forzados en algún rincón del mundo; uno de esos trabajos es la mendicidad forzada.

En los despachos de ONU y la Comisión Europea, a este fenómeno se le conoce como *child beggars* (niños suplicantes) y se reconoce como un delito del cual el crimen organizado obtiene parte de los 32 mil millones de dólares anuales en el negocio del tráfico de personas en cualquier territorio del mundo.

La modalidad de mendicidad forzada del delito de trata de personas es una de las más difíciles de obtener datos estadísticos debido a que en la mayoría de las ocasiones, las víctimas de la misma no se dan cuenta de su situación y desconocen el tema, por lo tanto no existen denuncias que aporten elementos para generar registros oficiales.

- ▶ La mendicidad es un tema de pobreza, necesidad y falta de oportunidades, donde los tratantes han aprovechado la situación de vulnerabilidad y necesidad para convertirlo en un negocio.
- ▶ Es importante trabajar en concientizar a la sociedad en que en el tema de mendicidad, podemos ser nosotros mismos los que fomentamos esta modalidad del delito de trata de personas al hacer aportaciones de dinero.



Es el mantener a una persona en condición de servidumbre, argumentando como excusa que una persona deudora se ha comprometido a prestar sus servicios personales, o los de alguien sobre quien se ejerce autoridad, como garantía de una deuda.

CONDICIÓN DE SIERVO

V

V

Es el dominio de una persona sobre otra, dejándola sin capacidad de disponer libremente de su propia persona ni de sus bienes.

ESCLAVITUD



Silvia: tres veces abusada

Por Mariel Ibarra

El miedo se apoderaba de Silvia.

Intentaba mantener los ojos abiertos, pero era imposible. Como siempre, estaba molida como si le metieran la espalda, piernas, brazos y cuello bajo la piedra del metate.

Cada día, el sueño la vencía pensando en que cuando abriera los ojos, nuevamente, la imagen cercana sería la cara lujuriosa de Leobardo arriba de ella mordiéndole los senos o que, de un momento a otro, la puerta de la entrada sería derribada de una patada y que la Policía la sacaría a la fuerza para llevarla a la cárcel.

Tenía prohibido salir de la casa de Beatriz y si lo hacía debía ser en la madrugada y acompañada. Varios fueron los meses en que la única salida de Silvia a la calle era a las dos de la mañana en que Beatriz la llevaba, junto con sus hijos, a comer tacos a un puesto callejero.

Silvia tenía 16 años. Era morena, de baja estatura y con unos kilos de más que escondía entre mallones y blusones de colores. Sus manos agrietadas y reseacas delataban el poco descanso que tenían. No era para menos, pues Silvia se encargaba de todos los quehaceres en la casa de Beatriz desde que el sol salía hasta horas después del ocaso.

Lavaba trastes, planchaba ropa y fregaba baños, pisos y ventanas. Atendía a los hijos de Beatriz, cocinaba, volvía a lavar trastes, recogía la ropa esparcida por la casa... Su vida estaba confinada a cualquier verbo relacionado con el aseo doméstico.

Se sentía libre. Para ella, la rutina diaria era un pago mínimo por la protección que le otorgaba Beatriz, una abogada de Chimalhuacán, quien la escondía en su casa para que la Policía no se la llevara hasta un calabozo.

Beatriz le recordaba en cada oportunidad que era una criminal a la que en cualquier momento podrían llevar a prisión y que ahí quedaría encerrada sólo Dios sabía cuántos años: a Silvia la perseguía el delito de no distinguir entre una violación y actos libidinosos ante el Ministerio Público.

Y de eso sólo Beatriz la podía salvar.

200 pesos

La mañana del sábado 25 de junio de 2011, Silvia llegó al tianguis de Chimalhuacán. En la calle terregosa resguardada por el tendido de lonas de plástico, su madre vendía nopales. Había llegado para ayudarle a limpiarlos y empacarlos.

El sustento de la casa lo llevaba su padre con una pensión de funcionario menor del Gobierno del DF en la Central de Abastos. Los gastos se completaban con la ayuda de las ventas de su mamá, Elsa, a quien por esos días no le iba muy bien.

A Silvia siempre le angustió que su mamá hiciera milagros para estirar el dinero, así que cuando Leobardo, quien tenía un puesto al lado, le propuso trabajar con él en la venta de elotes, no dudó en aceptar.

Tres días después, a las siete de la mañana, Silvia se encontraba afuera de la tienda Elektra del Peñón esperando a que su vecino pasara por ella para comenzar a trabajar. No llegó. Ella decidió caminar hasta el mercado en el que trabajaría para encontrar a Leobardo. Lo encontró y casi hasta las seis de la tarde le ayudó a untar mayonesa, queso y chile a los elotes.

Al terminar de recoger el puesto, su patrón le dijo que el trabajo continuaba en su casa lavando los trastes sucios que se ocuparon en la jornada. Subieron a su camioneta y, en cinco minutos, el hombre estacionó el vehículo frente a su casa.

Leobardo le pidió que se bajara para cerrar el zaguán después de meter la camioneta en la cochera.

—¡No puedo cerrarlo! —gritó Silvia al encontrarse con más de una cerradura en la reja.

Leobardo estacionó la camioneta y le puso llave a la puerta, mientras ella le daba la espalda intentando sacar los trastes para meterlos a la casa.

Sintió la mano del hombre sobre su brazo derecho. Volteó al instante para saber qué ocurría y Leobardo se abalanzó sobre ella para besarla en el cuello y la boca. Ella lo empujó y corrió hacia la puerta. La sacudió y golpeó, fue imposible abrirla.

Se quedó parada junto a la entrada de la casa con la esperanza de que todo quedara en un arrebato del hombre de 28 años. Él jadeaba y caminó hacia ella con la camisa desfajada. La tomó de los dos brazos y la metió a empellones al interior de la casa. La jaloneó hasta su habitación. El corazón de Silvia latía con tanta fuerza que parecía que saldría de su pecho. La joven sentía oleadas en su cabeza, como si el aire le faltara y un mareo se le subiera desde la boca del estómago hasta la cara.

El hombre la tomó de los brazos y la arrojó hacia la cama. Le rompió el suéter, la blusa y el babero hasta llegar a su camiseta escotada. Se acostó arriba de ella y mordió sus senos.

“Me intentó bajar el pantalón, pero yo me sacudía, intentaba golpearlo... Gritaba. Él se quitó y yo me pude parar, pero al momento de tratar de abrocharme el pantalón, me lo bajó con fuerza y me volvió a tirar a la cama. Se tiró encima de mí, me aplastó y abusó de mí”, recuerda Silvia con un llanto apretado que corta su voz.

—¡Ya, por favor, déjame ir con mi mamá! —suplicó Silvia mientras tenía a su atacante encima de ella.

—¡Nada más espérame tantito, nada más tantito y te dejo! —balbuceaba el hombre de brazos fuertes por cargar bultos en el mercado.

Silvia no contenía el llanto. No sabe si fue su llanto o una chispa de compasión en Leobardo lo que le hizo parar. Adolorida, se incorporó de la cama. Con las piernas y la espalda molidas, la chica se reclinó para alcanzar la pretina de su pantalón y jalarlo hacia arriba.

Bajó por unas pequeñas escaleras al patio. El hombre fue tras ella.

—¡Sólo necesito que laves los trastes! —gritó él, y ella, a pesar del malestar físico y la angustia, no pudo dejar de sentir sorpresa por la exigencia.

Leobardo buscó jabón y estropajo; se los extendió a Silvia, replegada en el fregadero. La muchacha no lograba contener los sollozos pero así desengrasó ollas y cazuelas. Enjabonaba los últimos dos utensilios cuando Leobardo habló de nuevo.

—Vete, vete. Mi hermana está por llegar —en la exigencia había rastros de violencia y cobardía. Sacó la cartera y escogió un billete de 200 pesos—, son 100 pesos de tu trabajo y 100 más para un pantalón. Y dile a tu mamá que soy tan buena onda que te di para un pantalón.

Silvia vuelve a ese instante: “Me trató como una prostituta”. Habla con llanto ardido e impotencia, como si siguiera bajo el peso de ese hombre.

En ese momento Silvia no habló, estaba paralizada. Adolorida caminó en automático hacia la puerta que su mismo patrón abrió. Al salir, vio que un sobrino del hombre se acercaba a la casa. Contuvo el llanto, se limpió los ojos con la manga de su suéter y volvió a quedarse callada. El miedo y la vergüenza se hicieron mordaza.

La niña tomó un bicitaxi y se fue de ahí.

Primera vez

Tocó el timbre de su casa y Elsa, su mamá, abrió la puerta.

—¿Cómo te fue? —preguntó Elsa.

Silvia continuaba en silencio. Temía que la regañaran y no quería llevar un problema más a su casa. Su padre es hipertenso y vive dializado por insuficiencia renal. Su hermana es epiléptica y su hermano está en silla de ruedas.

“No quería cargarle un problema más a mi mamá”, recuerda.

Antes de atravesar la puerta, una vecina con la que mantenía amistad la vio caminar con las piernas arqueadas y la boca chueca del dolor que le ocasionaba cada paso.

—¿Ora qué, vieja? ¡Ven para acá! —animó la vecina.

Silvia regresó al gemido.

—¿Ora qué tienes?, ¿qué te pasa? Te veo caminar raro — le insistió.

En medio de las lágrimas, Silvia tomó aire y soltó.

—Es que Leobardo me violó.

—No, no lo creo, yo lo conozco, no lo creo capaz —respondió su amiga.

Silvia se descubrió los senos y mostró las mordidas.

—¡Hijo de su chingada madre! ¡Vamos a poner una denuncia! —reclamó la otra, indignada.

—¡No! ¡No! —pidió Silvia ante la posibilidad de contarle a su mamá y llevar otra tragedia a casa—. Además me van regañar, van a decir que fue mi culpa, no me van a creer.

El miedo de Silvia estribaba en la historia de una conocida que, violada y embarazada por su cuñado, fue acusada por su hermana y sus padres de provocar el ataque.

La vecina consultó la situación con su esposo y concluyeron que ellos no podrían presentar la denuncia, ni acompañarla al Ministerio Público, pues Silvia era menor de edad y debería acudir acompañada de sus padres, pero lograron convencerla de hablar con su mamá.

—¡¿Por qué no te defendiste?! —reclamó Elisa al segundo de decirle que la habían violado.

—¡Es que yo quedé en shock! —contestó Silvia.

—¡Tanto que presumes que te sabes defender y no te pudiste defender de este tipo! —repuso su mamá.

—Yo no quería y este tipo me obligó. ¡Era mi primera vez, yo no sabía nada y fue horrible! —gimió la chica.

—No pudo defenderse, Leobardo es más fuerte que ella —intervino la vecina—, acuérdesse que cuando un hombre se propone hacer algo, no sé de dónde saca más fuerzas para lograr su fechoría —sentenció y relató la violación que sufrió ella por parte de un familiar.

Si se admitía el falso argumento en contra de Silvia por no defenderse, también debía decirse que Leobardo atacó con sobrada ventaja: el comerciante es un hombre robusto y de casi 1.80 metros de estatura, acostumbrado a cargar bultos en el mercado.

El ataque a Silvia fue conocido finalmente por su padre enfermo. Él, la adolescente y la madre se enfilaron a casa del agresor para conocer el nombre de la calle y luego al Centro de Justicia de Chimalhuacán.

Burla y degradación

Tras horas de espera, Silvia contó cada detalle del ataque a una persona que convertía en texto sus palabras de manera mecánica, sin levantar la cara y con un dejo de fastidio y pereza.

Al terminar la declaración, le pidieron pasar con un médico legista para que la revisara. Era un hombre.

En cuanto terminó la revisión, Silvia fue conducida ante una agente del Ministerio Público.

—En tu declaración hay muchas incoherencias. No estás diciendo todo lo que pasó. ¿Cómo sé que tú no lo provocaste? —indagó la funcionaria con gesto adusto.

—Yo estoy diciendo las cosas tal como sucedieron —exclamó Silvia.

—Pues no sé, a lo mejor fue tu novio y tú lo provocaste —insistió la agente—. Debes ir a una valoración psicológica que te harán en la Subprocuraduría de Nezahualcóyotl. Te recomiendo que hables con una licenciada, se llama Beatriz.

Silvia optó por no comentar con su familia el trato recibido de la agente ministerial.

“Yo nada más quería salir del Ministerio Público, que tomaran mi declaración y que hicieran justicia”.

Al salir se encontraron con la abogada recomendada, quien abordó a Silvia de inmediato y les preguntó por el caso. A cada detalle, la mujer negaba con la cabeza más fuerte para remarcar su indignación.

—¡A ese hijo de su pinche madre vamos a ir y lo vamos a traer con patrullas! —aseguró—. Sólo que para empezar y agilizar todos los trámites necesito 10 mil pesos.

La familia se convenció que ese dinero, para ellos una pequeña fortuna, bien podía ocuparse en obtener justicia.

Silvia siguió las instrucciones de la funcionaria y acudió a la Subprocuraduría de Justicia en Nezahualcóyotl. Ahí, una trabajadora social pidió a sus papás que la llevaran a revisar a un sanatorio y acudieron al Hospital del ISSSTE de Calzada Ignacio Zaragoza.

En el reporte médico quedó constatado que la niña sufrió mordidas en ambos senos y observaba inflamación vaginal. El médico que la atendió prescribió, como parte del procedimiento, suministro de anticonceptivos de emergencia y antibióticos.

Silvia quedó hospitalizada durante las dos semanas siguientes en que le practicaron pruebas para la detección de hepatitis y VIH, que resultaron negativas.

Su estado emocional no era bueno, así que le recetaron ansiolíticos y antidepresivos. En el hospital se repitió la visita de un médico legista y de un agente del Ministerio Público, quienes también comprobaron su estado físico y emocional.

* * *

Silvia regresó a casa. A los pocos días, reapareció la abogada Beatriz.

—Los papeles se cambiaron —habló la mujer con tono grave y pausado—. Nos la voltearon y ahora te pueden procesar por falsedad de declaración.

—¿Cómo? —preguntaron Silvia, su madre y su padre al mismo tiempo.

—Tú declaraste que fuiste violada y no fuiste violada, porque nunca hubo penetración. Mentiste a la autoridad.

—Es que yo no sé... —quiso explicar Silvia, pero no podía explicar nada. Ella no entendía la diferencia. Nunca recibió lección

alguna sobre sexualidad en los pocos años de escuela ni de parte de su familia.

—Una cosa es violación y otra, muy diferente, son los roces y tocamientos libidinosos —la seriedad de la abogada adquiriría tonos de fiscal acusadora—. En cualquier momento te pueden detener y llevar a la cárcel por falsedad de declaraciones —y engoló la voz para subrayar su conocimiento de la ley penal.

Ahora, advertía Beatriz, requería dinero, mucho más dinero para evitar que la niña se fuera a prisión por haber sido abusada y no plenamente violada.

Silvia se imaginó en la cárcel, en uno de esos reclusorios poblados por ratas, cucarachas y custodios aún peores que Leobardo.

Tomó algunas prendas. No había mucho trecho para correr y se refugió en casa de su hermana, en el mismo municipio de Chimalhuacán, por unas semanas. En la casa de bloques de cemento gris ubicada en una avenida atravesada por enormes torres de acero y cables de alta tensión, días más tarde apareció el padre de Leobardo.

—Te doy 15 mil pesos. Sólo tienes que retirar la denuncia —ofreció el hombre.

Silvia sintió, nuevamente, los brazos de su hijo apretándola contra su cuerpo, sus dientes en sus pechos.

—¡No! —respondió ella de inmediato— ¡Yo quiero que se haga justicia!

—Nosotros tenemos el dinero para comprar a todo el Ministerio Público. A ustedes nadie les hará caso porque son unos pobres nopaleros.

No había más que hablar. En los siguientes días, en los alrededores de la casa de la hermana de Silvia quien apareció ahora fue Leobardo. Los vecinos lo veían que caminaba, se apostaba en una esquina, se iba y reaparecía a las horas.

Silvia buscó ayuda con la abogada Beatriz, quien ofreció una solución.

—Tienes que estar bajo resguardo de un abogado. Estando conmigo, no te pueden detener los policías ministeriales ni Leobardo te puede hacer nada.

Aterrados por la posibilidad de que el hombre tomara venganza por la denuncia y la amenaza de ser detenida, los padres de Silvia accedieron a que se fuera a casa de la abogada.

Servicio a domicilio

Por cuatro meses, la amenaza de ser encarcelada hizo que Silvia se convirtiera en la empleada doméstica de su abogada sin ninguna paga de por medio. Al contrario: la familia debía pagar a Beatriz, para evitar su detención.

“Yo le hacía el quehacer, le lavaba sus trastes, lavaba la ropa de ella y sus hijos. Le hacía todo en su casa y no me dejaba ir a la casa a ver a mi mamá”.

—Yo te protejo. Aquí ningún policía te puede detener, pero esto es siempre y cuando te quedes conmigo —le recordaba Beatriz apenas percibía una duda de la adolescente presa.

Pronto Silvia fue testigo del estilo de vida de la abogada: las borracheras en su casa eran frecuentes y su adicción a la piedra cada vez era mayor, hábito que compartía con gente que invitaba a su hogar.

“Su casa era un espanto. En vez de que me diera confianza, yo vivía con más miedo. Un día le vi con una pistola”.

Silvia habló con su mamá y le dijo lo que pasaba, así que un día se salió de la casa y no volvió. Beatriz la buscó.

—En cualquier momento te detendrán —advirtió.

Silvia sabía que su agresor andaba por la calle libremente y de cuando en cuando merodeaba su casa.

—Vayan a ver cómo va su asunto al Ministerio Público —aconsejó la vecina.

Los padres de la muchacha se hicieron de valor y volvieron a las oficinas de la Procuraduría de Justicia del Estado de México. Un funcionario hojeó la carpeta de investigación y habló.

—La realidad es que la licenciada no ha hecho nada. La declaración de la víctima está recortada y el dictamen psicológico, que dicen ustedes trae que le recetaron los ansiolíticos y antidepresivos, está desaparecido. De hecho... no está ese. El que está dice que la joven sufre un desequilibrio emocional.

Para la familia de Silvia, la amenaza del padre del abusador adquiriría sentido: ese hombre tuvo el dinero suficiente para comprar a los funcionarios que era necesario comprar. Sospechaban que la propia Beatriz se sumó a la corrupción y cobró por distraer a la familia de la víctima con el cuento de la falsedad de declaraciones; mientras, no cesaba en su intento de regresarla a su servidumbre.

—Ese tipo puede entrar a tu casa por la noche —insistía con Silvia—. Ya, te tienes que venir a mi casa, porque ahora sí vienen unos policías de Ciudad Neza para detenerte.

Cuando Beatriz, de quien ahora se duda que en realidad fuera abogada, entendió que no lograría ya nada por esa vía, propuso mediar un acuerdo con los defensores de Leobardo para terminar con la situación. La mediación ocurrió al interior de la Procuraduría mexiquense y la propuesta de indemnización fue hecha, de acuerdo con la ofendida, por un agente ministerial.

—Se ofrecen 5 mil pesos para reparar el daño, porque éste no es grave. A cambio se le debe otorgar el perdón —propuso el empleado de gobierno en funciones de abogado de la sociedad.

—¿Si a su hija le hubiera pasado lo mismo, usted hubiera aceptado los 5 mil pesos? —reviró Silvia, indignada.

—Ése no es mi caso —respondió el hombre con un gesto que amenazaba con desbordar en enfado.

—Yo le estoy haciendo una pregunta: ¿si a su hija le hubieran hecho lo mismo, usted estaría tranquilo, usted hubiera aceptado los 5 mil pesos por la reparación del daño? —recriminó Silvia.

“Mi respuesta siempre fue no, y yo no quería nada de dinero porque para mí ese dinero no valía nada. Yo sentía que si mi mamá

o yo aceptábamos el dinero era como aceptar y perdonar todo lo que ese tipo me había hecho”, reflexiona sobre aquel momento.

En automático, como si se tratara de un engorroso trámite, el agente volvió a la amenaza velada de que Silvia estaría mintiendo y que inculpaba a Leobardo porque le desagradaba o —esto es indicativo del sentido común que ahí prima— lo contrario: Silvia vivía enamorada de su agresor y actuaba en su contra por despecho.

Éste no es un trato extraño en los ministerios públicos.

En el libro *Las muertas del Estado* (Padgett-Loza, Grijalbo, 2014) se observa que justo entre 1990 y 2011, el Estado de México ha presentado en 11 de esos años la mayor tasa de asesinatos por cada 100 mil mujeres en el país.

Silvia estuvo a punto de sumarse a la estadística que indica que en 2011 se denunciaron en territorio mexiquense 2 mil 895 violaciones, frente a las 15 mil 751 que ocurrieron en el país.

En las estadísticas de incidencia delictiva del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, el municipio de Chimalhuacán ocupa el lugar 13 entre los municipios mexiquenses con mayores tasas de criminalidad. En 2012 se registraron 240 denuncias por violación sexual.

“Reparación”

A Silvia le recomendaron acercarse a Doña Emerenciana, una mujer de la tercera edad que en Chimalhuacán luchaba por frenar y hacer justicia a las mujeres que eran violentadas. Doña Mere, como era conocida —y quien murió en marzo de 2014—, les recomendó a un abogado con quien, finalmente, avanzó el caso.

De acuerdo con Doña Mere de ese hombre ya se sabía que había atacado a otras chicas, todas menores de edad. Sin embargo, no tenía antecedentes penales porque nadie se atrevió a denunciar y, si lo hizo, se topó con la pared de la justicia.

Los rumores insisten en que este vendedor de elotes gusta de propasarse con niñas de entre 12 y 16 años.

El proceso legal avanzó y Silvia comenzó de nuevo a ser acosada. Justo dos días antes de una de las últimas audiencias, caminaba por la calle cuando cuatro hombres bajaron de un auto y le apuntaron por atrás con un arma.

—¡Ya bájale de huevos! —amenazó uno de ellos.

En la audiencia, Silvia comunicó al juez de su causa que su agresor la intimidaba mandando personas afuera de su casa o a que la siguieran, pero nadie hizo nada para protegerla.

El miedo se apoderó de Silvia nuevamente. Ya no quería salir a la calle, vivía irritable y lloraba a la menor provocación.

Llegó una nueva llamada del Ministerio Público, esta vez era para informarles que la parte acusada ofrecía 15 mil pesos por la reparación del daño. Luego de dos meses y a punto del cierre de la investigación, le volvieron a advertir a Silvia que si no decía la verdad, todavía era tiempo de que diera un paso atrás y desistiera.

Al final del proceso, las autoridades encontraron que Leobardo era culpable de cometer actos libidinosos agravados y le ordenaron pagar 15 mil pesos para la reparación del daño, además de “prometer” que nunca se acercaría siquiera a Silvia. Pero las promesas son como el polvo de las calles de Chimalhuacán: volátiles.

“Este tipo pasa por mi calle, por aquí, por la otra calle, por la que sigue. Lo veo por donde voy. Estuve trabajando con mi papá y hasta allá fue el papá de mi agresor: pasa en su coche despacio y me mira. No voy al Ministerio Público porque no me creerán. Van a decir que no tengo pruebas. No puedo tener novio, porque no me gusta que me toquen, desconfío de los hombres. Yo ya no puedo vivir tranquila”.

La niña esclava

Por Vanessa Job

La de Adela es una historia de esclavitud en pleno siglo XXI.

Adela es una niña zapoteca que ha vivido todo tipo de discriminaciones: la de los hombres que la tratan como objeto, la de la mujer que la compró para ser su sirviente, la de su familia que la usa como mercancía, la que le da su condición de mujer, indígena, analfabeta y pobre.

Cuando Adela contó su historia llevaba el cabello negro agarrado en una cola de caballo, no muy larga, no como la usaba en su pueblo, donde el cabello le llegaba a las rodillas.

El día en que decidió cortarlo, su madre tomó un cuchillo y lo trozó. Inmediatamente Adela corrió a enterrarlo en el patio para que nadie le hiciera brujería. Había quien ofrecía dinero a cambio de la melena, querían que se convirtiera en cabello de muñeca, pero a Adela la compra le dio miedo.

Quizás tuvo algún presentimiento.

Los médicos que revisaron sus dientes calculan que acaba de cumplir su aniversario 18.

Ella no sabe cuántos años tiene, sus padres no le dijeron en qué día nació y si lo hicieron hace mucho que lo olvidó. Pareciera que la fecha en que se llega al mundo es algo que todos recuerdan, pero a veces, hay cosas que se asumen y no son ciertas.

Adela, sabe que entró al mundo por Juchitán, Oaxaca, en una casa zapoteca, donde en total tiene otros seis hermanos, una madre campesina y un padre que no trabaja y ya la vendió dos veces.

* * *

Por su piel morena escurren las lágrimas y su cuerpo se encorva como un caparazón de tortuga en un intento de protegerse,

no en vano quien la conoce la describe como una joven desconfiada, solitaria, aislada, a la que le llegan algunos días grises y otros donde está de mejor humor.

Su oído atrofiado por los golpes, sumado a que su idioma natal es el zapoteco y a su español a medio aprender dificultan la comunicación con ella.

A su madre, la quiere mucho. Siempre la defendió de los golpes que su padre le propinaba a veces sobrio y otras después de empinarse unas copas de mezcal, tequila o cualquier bebida que le afectara los sentidos. De todos, sus tres hermanos y sus tres hermanas, ninguno se atrevía a levantar la vista en medio de las agresiones. Adela sí. Tiene el carácter de una defensora, aunque a la vez parezca vulnerable; con su cuerpo pequeño y su voz enojada se convertía en un escudo para su madre. Aunque la fuerza se le acababa cuando borracho su padre se subía en ella, la acariciaba, le desnudaba las piernas y la violaba.

Adela piensa que su padre la odiaba y sólo puede decir que era chocante igual que el hombre al que la vendió por primera vez.

La historia de Adela es diferente a la del común de las niñas y mujeres víctimas de trata de personas. A ella no la vendieron para convertirla en sexoservidora, sino que siendo una niña de 12 años su papá la entregó al que Adela, dice, era un “muchacho” de 60 años que vivía en Juchitán, Oaxaca.

No supo cuánto pagaron por ella, ahí es una costumbre que la familia cambie a sus hijas por dinero o hasta por una vaca. En el caso de Adela, su primer comprador fue un hombre dedicado a vender costales rellenos de marihuana, de los que Adela robaba un poco para venderle a los amigos de su captor y tener dinero para escapar.

Y se escapó.

La zapoteca no tiene claro cuánto tiempo pasó cautiva, si meses o años, para ella no hay calendarios ni fechas exactas, sólo días y noches. Eso sí, el tiempo al lado de este hombre —que por lo menos le quintuplica la edad— fue suficiente para que su estómago

creciera hasta parecer un meteoro y dentro se formara un niño que ahora tiene alrededor de 5 años de edad.

* * *

¡Quince días! Cuando Adela regresó a su casa, su padre tardó 15 días en hacer un nuevo trato para venderla. Esta vez, le dijo la llevaría a pasear a la capital y todo estaría bien. Entonces la metió a la fuerza a un coche azul en el que viajó un día y una noche para llegar a la ciudad de México. Ante el llanto de Adela, una señora que iba dentro del vehículo la miraba y le dijo:

—Tu papá te vendió, pero aguanta un poquito y luego te regresamos a tu casa —le decía para consolarla.

El coche entró a un condominio con vigilancia en Interlomas, una zona lujosa del Estado de México junto a la capital, donde los policías tenían órdenes claras: no dejar salir de la propiedad a la indígena. La llevaron hasta ahí para trabajar en el servicio doméstico, sin paga ni prestaciones, sin días de descanso, ni siquiera tenía una cama para dormir.

El lugar que la señora de la casa reservó para que durmiera fue en uno de los tres cuartos de baño del departamento. Adela se recostaba sin cobija ni almohada dentro de la tina, donde lidiaba con una fuga de agua que goteaba interminablemente entre sus pies.

Tampoco comía bien, la cara y el cuello de Adela tenían manchas oscuras a causa de la desnutrición. Le daban de comer arroz y frijoles; el resto de la comida era de los dueños de la casa y no tenía derecho a comerla.

Y eso no es un asunto aislado en este país. *La Encuesta Nacional sobre Discriminación en México* (ENADIS, 2010) del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) descubrió que 58 por ciento de las más de 52 mil personas encuestadas está de acuerdo en que a las trabajadoras domésticas se les den de comer las sobras.

* * *

En el departamento de Interlomas, Adela pasaba los meses empujando trapeadores y escobas, en una batalla contra el polvo encima de los muebles; se hacía cargo de la ropa sucia; el aseo de los sanitarios; y además, la exigencia de preparar algo rico para la comida.

“Cuando no limpiaba bien me pegaban con el puño o a patadas”, recuerda Adela, con ojos de rabia. “Ya quiero que la atrapen para que no lastime a nadie nunca”, dice en llanto.

La señora de la casa tenía un hijo de 24 años que de vez en vez se divertía con Adela, la acorralaba, la acosaba y la violaba. “Lo acusé con su mamá, pero no me hizo caso”.

Los tres consumían marihuana y ese “polvito blanco”, dice Adela, a quien en alguna ocasión la hija y la madre patearon, preguntándole por su droga. “Me rompieron la cara y tiré sangre”, acusa con ganas de justicia.

Un nuevo policía llegó a resguardar la seguridad del condominio a la caseta de vigilancia. Él, Daniel Víctor, no tardó en darse cuenta de que algo extraño sucedía con esa joven de piel morena que, cuando salía a cargar las bolsas del supermercado o a tirar la basura, tenía la cara siempre amargada o en lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó un día que pudo acercarse.

—Qué te importa —respondió.

—De verdad quiero saber por qué estás tan triste. ¿Qué te hacen allá adentro?

—No me dejan salir, se burlan de mi zapoteco. No me dejan platicar con nadie, dicen que no sirvo, pero yo creo que sí sirvo.

El policía escuchó cómo la vendieron y cómo el padre de Adela le quitó a su hijo, sintió pena por ella.

—Ya no quiero estar aquí, quiero que me ayudes —le suplicó.

—No puedo, porque me van a correr del trabajo.

* * *

El cuarto de baño, donde encerraban a Adela, tenía una ventana donde el cuerpo de la joven podría escurrirse y brincar por el techo de la vecina hacia el patio del condominio.

Los contorsionismos para escapar los hizo cuando menos 10 veces intentando huir, pero los policías la regresaban a la casa.

Con la llegada de Daniel Víctor a la caseta de vigilancia la huída se hizo posible. Él se empezó a encariñar con Adela, a escondidas se encontraban para platicar, le regalaba manzanas, se hizo su amigo y luego su novio.

—Si de verdad me quieres me vas a ayudar —le dijo Adela.

Y un día mientras la señora de la casa dormía, Daniel Víctor abrió la puerta y la liberó. Primero salió ella, le temblaban las manos y sintió mucho miedo. Después él, y juntos se subieron al primer taxi que pasó por las calles mexiquenses.

En el coche, Adela se encontró una camiseta grande y con eso se cubrió la cara para que nadie pudiera reconocerla. Él la abrazó.

En la casa de Daniel Víctor su familia la recibió como una celebridad, la abrazaron, la escucharon y le dieron de comer pollo.

“Ese mismo día me llevó a levantar el papel”, dice Adela refiriéndose a la denuncia que presentó ante la Subprocuraduría de Atención a Víctimas del Delito y Servicios del DF, aunque el proceso se canalizó con las autoridades del Estado de México, que hasta el momento de escribir estas líneas no han detenido a la mujer de Interlomas.

* * *

En adelante, Adela vivió con Daniel Víctor dos semanas y en la Procuraduría del Distrito Federal le aconsejaron la llevara a un albergue para que recibiera atención especializada.

El refugio está cuidado por Zapote, un perro de ladridos roncocos que espantan a quien se acerque. Para llegar ahí se toma una

vía rápida y entre calles estrechas se avanza serpenteando como si se quisiera perder a alguien que te persigue. Así se llega a un lugar secreto por la seguridad de las 26 mujeres que viven ahí, y sobre todo por las que se atrevieron a denunciar a sus proxenetas.

La casa es grande, con un patio donde las hijas de las mujeres se corretean; un comedor de madera insuficiente para que se sienten todas; un salón de televisión y un área destinada a ser una pequeña escuela donde asiste una maestra de primaria y otra de secundaria.

Muchas de las víctimas son apenas unas niñas. En el refugio duermen en habitaciones con literas donde recuestan a sus muñecos de peluche. La más pequeña tiene nueve años y llegó a la fundación por las violaciones de su padre, quien además la prostituyó.

Cinco meses atrás, con la llegada de Adela a la casa, las chicas pensaban que no las entendía porque no habla bien español, pero cuando la llevaron al doctor le diagnosticaron pérdida de audición por los golpes.

Fue abriéndose poco a poco. Pero tenía días difíciles cuando extrañaba a su hijo, se desesperaba y quería irse de allí para ponerse a trabajar y estar con él. Apenas estaba aprendiendo a leer y escribir, todavía era muy vulnerable.

Adela quiere ser maestra, pero se siente incapaz de lograrlo.

—Yo no puedo —le dice a Jessica, la cabeza del refugio, en medio de un ataque de desesperación.

—¿Por qué? —le pregunta la mujer con su rostro de buena persona.

—No puedo leer. Mírame, güerita, yo no tengo el pelo como tú.

—Pero yo me lo arreglo y tú vas a aprender para que le puedas ayudar a tu hijo cuando le dejen tarea, si no cómo vas a hacer —le decía Jessica, quien, mientras migraba desde su natal El Salvador hacia Estados Unidos, sobrevivió al secuestro, la explotación laboral y los abusos sexuales de los Zetas, uno de los grupos criminales más sanguinarios del país.

* * *

Eran las primeras semanas de abril cuando a bordo de un taxi se detuvo y una de las trabajadoras sociales de la fundación descendió del vocho con Adela tomada del brazo. En la Fiscalía Especial para los Delitos de Violencia contra las Mujeres y Trata de Personas (Fevimtra), ya la esperaban para que levantara su denuncia.

Adela estaba seria, al entrar en el elevador mantuvo la mirada fija en el tablero que marcaba cómo subían los seis pisos del edificio de la fiscalía. No hubo ni una sola palabra.

Después de dos horas de presentar su declaración, Adela salió.

—Yo no quiero que metan a la cárcel a mi papá —dijo con preocupación al dejar el edificio.

* * *

Adela se reencontró en una oficina en el sur de la ciudad con su madre, una de sus hermanas y su hijo, quienes la buscaron al darse cuenta de que se había fugado de la casa de Interlomas. El Ministerio Público les avisó de la ubicación de la joven.

El día de enero en que se vio con ellos, Jessica la acompañó hasta la cita y estaba nerviosa. La madre se la quería llevar de regreso a Oaxaca porque su padre la mandaba llamar. “Ya están pagando mejor”, retumbó entre las paredes de la oficina. A Adela todo eso le importaba poco, sólo lloraba y abrazaba a su hijo. Tampoco le importaba que el niño estuviera sucio y oliera mal, ni que su hermana trajera puesta su ropa.

—¿Por qué estás aquí?, ¿qué hiciste? —regañaba la madre.

Después de eso Jessica no pudo entender la conversación porque las mujeres hablaban rápido, muy rápido en zapoteco.

—No le hable así, señora, no entiendo lo que dicen, pero sé que la está maltratando —sentenció Jessica, a la vez que le pedía a Adela que no respondiera en ese tono de enojo a las agresiones.

—Sht, sht, tú tienes que ser diferente —le aconsejó.

—Ay, güerita, pero es que me enojan, quieren que me vaya con ellas.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo me voy a quedar aquí y me voy a casar.

Semanas antes, un domingo en una visita, Daniel Víctor sacó de su bolsa un anillo que puso en la mano de Adela con la promesa de que le compraría un vestido blanco y largo para que se casaran.

Ese día, a su regreso al refugio, Adela caminaba con la mano en alto por todos los pasillos, le enseñaba su tesoro a todas sus compañeras y sintió una felicidad que hace mucho no sentía.

En su libro de los sueños, un cuaderno personal en donde las habitantes del refugio describen sus planes y anhelos, Adela pegó la imagen de un vestido de novia y les dijo a todas que deseaba una boda que durara todo un día y una noche y que sus invitados comerían pollo con mole.

Tanto anhelo sintió de estar al lado de Daniel Víctor, que semanas después, mientras Adela estaba en su clase de natación, se echó a correr y huyó. Ahora vive en algún punto de la ciudad de México con el policía que la ayudó a liberarse de la esclavitud en la que vivía.

Esclavitud

Es el dominio de una persona sobre otra, dejándola sin capacidad de disponer libremente de su propia persona ni de sus bienes.

Condición de siervo

Es el mantener a una persona en condición de servidumbre, argumentando como excusa que una persona deudora se ha comprometido a prestar sus servicios personales, o los de alguien sobre quien ejerce autoridad, como garantía de una deuda.

Es obligar a una persona a vivir o a trabajar sobre una tierra que pertenece a otra persona, prestando sus servicios remunerados o no, o cuando alguien ejerza derechos de propiedad implicando también derechos sobre las personas que no pueden dejar esas tierras.

Matrimonio forzado o servil

Cuando se obligue a contraer matrimonio a una persona, de manera gratuita o a cambio de pago en dinero o en especie entregada a sus padres, tutor, familia o a cualquier otra persona o grupo de personas que ejerza una autoridad sobre ella.

Cuando se obligue a contraer matrimonio a una persona con el fin de prostituirla o someterla a esclavitud o prácticas similares.

Cuando se ceda o trasmita a una persona a un tercero, a título oneroso, de manera gratuita o de otra manera.



El trabajo forzado adopta diversas formas: servidumbre, tráfico y otras formas de esclavitud. Las víctimas son en la mayoría de los casos: mujeres y niñas obligadas a prostituirse, migrantes atrapados en esquemas de servidumbre por deudas, trabajadores clandestinos, todos en forma ilegal.²⁹

El trabajo doméstico, la agricultura, la construcción, la manufactura y el entretenimiento se encuentran entre los sectores más afectados.³⁰

Según la Unicef (2014), más de 700 millones de mujeres en todo el mundo han contraído matrimonio cuando eran niñas. Una de cada tres, es decir, alrededor de 250 millones de mujeres, se casaron antes de cumplir los 15 años.³¹

Tanto en el tema de Matrimonio forzado como Trabajo servil la misoginia, la violencia de género, la discriminación, las prácticas culturales que consideran a la mujer como un objeto y los estereotipos de género, propician que sean las niñas y las mujeres el grupo poblacional más afectado de esta modalidad. En este sentido, la eliminación de estas prácticas culturales y estereotipos de género, así como la educación de las nuevas generaciones con una visión de derechos humanos y de igualdad, coadyuvarán a que estas modalidades del delito de trata se vean considerablemente disminuidas.

Es difícil contar con cifras específicas en los temas Esclavitud, Condición de siervo o Matrimonio forzado o servil, ya que se hallan incluidos en las modalidades de Explotación laboral y Trabajo forzado.

La OIT estima que el 55% de las víctimas son mujeres, el 45% son hombres y el 26% de todas las víctimas son menores de edad. A decir de la organización, los que se benefician del trabajo forzado perciben ganancias ilícitas que ascienden a 150 mil millones de dólares. Los países dejan de recaudar miles de millones de dólares en contribuciones.

La OIT estima que el 90% del trabajo forzoso se desarrolla en la economía privada.

30 Información de la OIT

31 Encuentro Cumbre de las niñas, organizado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) celebrada en Londres (2014).

El 11 de junio de 2014 la Organización Internacional del Trabajo (OIT) adoptó un nuevo Tratado global para proteger a víctimas de trabajo forzoso, el cual establece medidas de prevención para crear planes de acción nacionales, extender las leyes laborales a sectores de riesgo de trabajo forzado, mejorar las inspecciones laborales y proteger a las personas trabajadoras migrantes de prácticas de contrataciones abusivas.

A partir de la aprobación de este tratado, los Estados Parte deberán asegurar a las víctimas de trabajo forzoso por actividades ilícitas como, por ejemplo, delitos inmigratorios, trabajo sexual, delitos vinculados con drogas o violentos, la discrecionalidad necesaria para no ser juzgados. Este nuevo tratado, moderniza el convenio 29 sobre Trabajo Forzoso adoptado en 1930.

- ▶ Millones de personas continúan atrapadas en condiciones de explotación que niegan su dignidad humana y constituyen un vergonzoso estigma para la sociedad moderna.
- ▶ Es importante saber que la venta o el intercambio de niñas y mujeres para matrimonios forzados es un Delito, no importando si es una práctica cultural (usos y costumbres) en algunos lugares en México. Por lo tanto, cualquier persona, incluyendo padres o tutores, pueden ser sancionados por estos hechos.
- ▶ Ten cuidado si te ofrecen conseguirte trabajo en alguna comunidad que no sea a la que perteneces, sin que te expliquen qué tipo de trabajo realizarás, el lugar a donde vas y las condiciones laborales.
- ▶ Ninguna persona tiene derecho a atentar contra tu dignidad, ni obligarte a realizar actividades que impliquen riesgos para tu salud, tu integridad y tu vida. Todos te tienen que tratar con respeto, igualdad y sin discriminación. Son tus derechos humanos.
- ▶ Es importante que sepas que por cualquier labor o actividad que realices tienes derecho a un salario, que es la retribución que debe



pagar la empresa o el patrón por tu trabajo, el cual no puede ser inferior al mínimo establecido por la Comisión Nacional de Salarios Mínimos.

- ▶ Existen tres jornadas de trabajo:
 - Diurna: 8 horas diarias laborales como máximo, entre las 6:00 a 20:00 horas.
 - Nocturna: 7 horas diarias laborales entre las 20:00 horas y las 6:00 horas.
 - Mixta: 7.5 horas diarias laborales entre las anteriores.
- ▶ Tienes derecho también: a aguinaldo, vacaciones, prima vacacional y seguridad social, entre otras.³²

32

Nisha Varia. Investigadora de la División de derechos de la mujer de Human Rights Watch.

Se refiere a cuando una persona obtiene, directa o indirectamente, beneficio injustificable, económico o de otra índole de manera ilícita mediante el trabajo ajeno, sometiendo a las personas a prácticas que atenten contra su dignidad, tales como:

Condiciones peligrosas o insalubres, sin las protecciones necesarias de acuerdo a la legislación laboral o las normas existentes para el desarrollo de una actividad o industria.

Existencia de una manifiesta desproporción entre la cantidad de trabajo realizado y el pago efectuado por ello, o salario por debajo de lo legalmente establecido.

EXPLOTACIÓN LABORAL

VI

Yo no soy víctima de trata: fui víctima

Por Pablo Zulaica

La historia de Flor Molina, superviviente de trata laboral, es de esas cuyo final quisiera uno escuchar más a menudo. Primero se dan una serie de necesidades, esas necesidades la exponen a un engaño y Flor se convierte en víctima de una pequeña red de trata de personas. Después de un tiempo de abusos encuentra la fuerza necesaria para irse, se libra de su yugo y deja atrás su condición de víctima.

—Yo no soy víctima. Lo fui, pero ya no soy. Soy una sobreviviente de trata.

Flor es, desde entonces, una sobreviviente de trata. Ella comprende de inmediato su nueva misión y se convierte en activista. Con los años pasan cosas —un salón lleno de agentes del FBI le aplaude en pie tras contarles su experiencia; John Kerry, el secretario de Estado del país vecino, lee su nombre en el Congreso; etcétera— y hacen que Flor se quede pensativa. Recuerda los doce años que han pasado desde que empezó a rehacer su vida y también a informar sobre la trata, recuerda cuando le fallaron las fuerzas y recuerda a alguien que le dijo: “Si no lo haces tú, Flor, ¿entonces quién lo hará?”

Creyente fervorosa, Flor apenas nombra a Dios un par de veces en una hora cuarenta de conversación, y sabe que cada persona se hace fuerte en torno a sus propias convicciones y a su propia fe, sea la que sea. Sabe que la lucha por los derechos laborales está llena de leyes, de firmas y de tecnicismos, y sin embargo, ella comienza y termina su relato con un par de alusiones que, en esta historia, sirven para entender algunos hechos y dan nombre a esa fuerza necesaria que le nace y que la ha traído hoy hasta aquí.

Al principio del relato Flor cuenta que cada vez que entraba a misa en su comunidad de la Sierra Norte de Puebla le pedía a Dios que la llevara a Estados Unidos. Como estaba urgida de dine-

ro, no hablaba inglés y la oportunidad del viaje le llegó sin tiempo para poder pensarlo demasiado, recordó la lectura en la que el Señor pone a Tobías bajo la protección del arcángel San Gabriel, deseó lo mismo para ella y se encomendó al arcángel viajero. Hoy se sorprende de ver que, aunque aquello salió mal, tanto ése como los otros dos deseos que tuvo se le concedieron. Quería papeles —“yo no sabía cuáles, pero quería mis papeles” — y hoy los tiene; pidió no cruzar por el desierto —“soy muy mala para caminar” — y se libró de ello. Al final de su relato, Flor dirá que para ella, la forma en que logró salir de aquella pesadilla fue un milagro.

Por eso llama la atención que ni siquiera haya mencionado el dato: poco después de aquella oferta tan prometedoras, ya cruzada la frontera, pasó 40 días encerrada en una fábrica textil de Los Ángeles, vigilada y bajo rejas, durmiendo tres o cuatro horas diarias, comiendo en diez minutos y trabajando a menudo y sin aseo más de doce horas, todo ello bajo amenazas que se harían realidad si ponía un pie en la calle. El 10 de febrero de 2002, exactamente 40 días después de conocer la fábrica a la que llegó un día de Año Nuevo, Flor logró escapar de aquel desierto yermo de derechos laborales e, igual que hizo Jesús al cabo de su travesía, al día siguiente de esa cuarentena ella comenzó a compartir su mensaje con el mundo.

Hoy, escuchar a esta exvíctima de trata a la que engañaron por su necesidad es algo que reconforta. Se conoce de inicio a fin los casos, las leyes aprobadas, las leyes en proyecto con toda su palabrería, y de su boca sale una meditada y muy precisa cátedra sobre derechos laborales y trata de personas. Flor da conferencias a ambos lados de la frontera y pertenece a dos grupos muy beligerantes en materia legal y laboral californiana.

Para ella, la madre de todas las consignas cuando se habla de trata de personas es no revictimizar a quienes la han sufrido, y hacerlas, en cambio, parte de la solución. Y a la pregunta de por qué una víctima de trata no es lo mismo que una sobreviviente de trata, ella misma, madre de tres hijos, poblana de 42, residente legal en los Estados Unidos y trabajadora de una empresa de

seguridad en el centro de Los Ángeles, activista además de todo ello, es una muy buena respuesta.

—La condición de víctima —palabra de Flor Molina— no te define como persona.

Con o sin milagro, lo que la define a ella es lo que empezó a lograr después.

La oferta

“Yo era una madre desesperada, se me murió mi último bebé por no poder atenderlo”, inicia Flor, tajante. Tenía otros tres hijos, y decidió que debería ser autosuficiente para que no le volviera a suceder. Por aquel tiempo tomaba clases en un taller de costura con una maestra y, aprovechando una visita oficial del gobernador del estado de Puebla, había presentado un proyecto para abrir un taller propio. Su primer logro fue que el gobernador la recibiera para exponerle el proyecto tras hacer pasar una carta a uno de sus colaboradores. Pero lograr los 100,000 pesos que había calculado necesarios era otro cantar.

—Y el clásico mito es que en Estados Unidos parece que se recogiera el dinero debajo de los árboles. Bueno, pienso; me voy allá seis meses, junto unos 5,000 dólares y regreso para abrir mi propio negocio. Era mi ilusión abrir un taller de costura.

La oferta que esperaba llegó por medio de su maestra de costura. No era la primera vez que una muchacha del pueblo buscaba empleadas para llevárselas a ejercer ese mismo oficio. La empleadora, al otro lado de la frontera, era la tía de esa muchacha. Eran las fiestas navideñas y Flor apenas tenía tres días para decidirse. Tuvo miedo de no conocer a nadie allá, pero como necesitaba ese dinero y su propia maestra iría en el grupo, aceptó. Las condujeron en coche al DF y de allí en avión a Tijuana. Era la primera vez que Flor volaba. Se había formado un grupo de tres migrantes y todos sus papeles los mostraba la muchacha que las había reclutado.

“Allí conocí a la patrona, una persona nada agradable”, dice. “Desde un principio se comunicaba con su sobrina, ella con mi

maestra y ahí le decía lo que ella quería que yo supiera. De las tres personas fui la última en cruzar”. Flor cuenta que en contra de lo que se cree habitualmente, el pollero, la persona que la llevaría al otro lado, no era alguien malo. “Siempre me voy a acordar de la taza de café.” Él le prometió a Flor una taza y se la dio. La cruzó por la línea, por donde pasan los locales, como si fuera una más.

Como era 30 de diciembre, el pollero vistió a Flor como para una fiesta navideña. Ella recuerda que el policía de frontera era un agente joven. Varias personas se habían turnado para ponerla guapa, hacerle fotos aquí y allá en Tijuana. Le hicieron aprenderse unas respuestas y pasó sin mayores indagaciones. Cruzó como una tijuanaense que fuera a una cena por fin de año con sus parientes de San Diego. Allí se quedó ese día y el 31 la llevaron a Los Ángeles.

Año Nuevo, sin tregua alguna, significó una vida nueva para Flor. “El día primero y sin descansar me levanté a las 4 am a limpiar el jardín, la famosa *yarda*, y a limpiar los carros. A las 8 am ella me llevó al taller. Me dijo mis obligaciones y que no era permitido hablar con las demás trabajadoras. Hizo hincapié en que no tenía que hablar con ellas. Que me bombardearían a preguntas, pero dijo que las mandara con ella.”

Le dijeron también que no iba a contestar el teléfono, y trabajó en jornada de ocho a ocho durante tres días. Pero a la patrona le pareció enseguida que Flor tenía que dormir en el taller porque su traslado a cualquier casa significaría tiempo perdido, y a ella no la habían llevado allí para perder tiempo, sino para trabajar. Mientras las demás trabajadoras tenían turnos de mañana, tarde o noche, a ella no le era permitido hablar con nadie ni poner un pie fuera del taller. Le dijeron que, de hacerlo, se metería en problemas, que iría a la cárcel, que allí encontraría a gente problemática y que ya no podría ver a sus hijos. “Y yo no quería hacer nada que enojara a mi patrona”, cuenta Flor.

—Había castigos, abusos físicos y emocionales. Siempre haciéndome sentir mal por mis hijos, por mi origen. Empujones,

cachetadas, nalgadas. Jalones de cabello, porque a ella le molestaba mi cabello. Llegaba y me lo hacía bolas. Una compañera decía como de chiste que yo le gustaba a ella.

Y como la patrona había decidido que Flor durmiera en el taller, tuvo que compartir una cama pequeña con su maestra junto a una persona que las vigilaba por la noche. El lugar tenía rejas corredizas, puerta de vidrio y alarma, y no le permitían prender la luz. “Me estaba prohibido para que no vieran que había gente adentro. Me tenían cosiendo, pero sólo con la lucecita que traía la máquina de coser.”

Flor se convirtió enseguida en otra máquina de coser. Su horario se endureció. Pasó a ser de cuatro de la madrugada a doce de la noche, cuando la patrona se iba a casa. Dormía tres o cuatro horas en promedio y comía en diez minutos para ponerse de nuevo a trabajar. No tenía dónde bañarse. Las compañeras le decían que se la veía con mucho miedo. Pero la patrona le recordaba que sabía dónde vivían sus hijos y su mamá. Aunque la Sierra Norte de Puebla le quedaba a miles de kilómetros, su pueblo, lejano y chico, podía seguir siendo un infierno grande. Se le ocurrió pedir permiso para irse a vivir con alguien a otro lugar, pero le aseguraron que nadie querría meterse en problemas por ella.

—[La patrona] me decía que ella tenía conexiones aquí y allí y que era una persona influyente, de dinero. Que en primer lugar nadie sabía dónde estaba yo, y luego, que estaba indocumentada. ‘Si mato a un perro me voy a meter en problemas’, me decía, ‘pero si te mato a ti a nadie le va a importar’. Y yo le creía porque ella había vivido en ese país siempre y yo nunca. Yo tenía miedo.

A Flor no sólo la habían convertido en otra máquina de coser. También en una fuente de problemas a la que no convenía mover un dedo y a la que, además, nadie tendría razones para querer acercarse.

La huida

La huida del taller fue lo menos espectacular del mundo. Un día, Flor se encontró en medio del estacionamiento que había al

frente y le costó creer que podía dar un paso más allá, y luego otro, y otro más, y que tal vez no pasaría nada si seguía. Uno nunca sabe de qué es capaz un tratante de personas. Pero ellos cuentan con el miedo, y así es como opera el miedo.

Un día se le acercó a Flor una compañera del trabajo y le empezó a hacer muchas preguntas. Flor escuchaba y sólo respondía que no podía decir nada. “Cuando vine de México le dije a Dios que lo primero que haría era ir a la iglesia. Le pedí permiso a la patrona. Fue mucho trabajo, pero finalmente la convencí y me permitió ir a la iglesia. Fue la primera vez que pude salir por mi propio pie. Cuando llegué a la esquina del estacionamiento me di cuenta que estaba libre por primera vez.”

La maestra de Flor, quien hizo el contacto con la sobrina de la patrona, estaba allí con ella desde que llegó. También era víctima, cuenta Flor, pero con presiones familiares y posibles represalias que se tomarían en el pueblo, desde su casa la inhibieron para que no se rebelara.

—Nos escapamos juntas. Los abusos eran muy parecidos. Cuando llegué a la esquina, emocionada porque esa compañera me había dado su teléfono en un papelito, marqué y la operadora me habló en inglés. Pero había decidido no regresar. Era domingo y vi a una persona caminando. Esa persona me ayudó a hacer la llamada y aquella compañera vino a esa esquina. Me llevó a su casa y por primera vez comí una comida verdadera de un *buffet*.

Aquella compañera estaba tan asustada que, cuando regresó de trabajar, *la vieron muy cambiada*. La patrona había estado indagándola para ver si sabía del paradero de Flor y la maestra. “Ni siquiera sabía nuestros nombres”, cuenta Flor. “Así que nos fuimos a San Diego, a casa del sobrino de mi maestra. Nosotras, cuatro días escondidas... y llegan del FBI buscándonos.”

Flor, acostumbrada a las noticias de sobornos y compra de favores, pensó cuando llegaron los agentes que la patrona había pagado a alguien para que las encontraran. “Pero supimos que esas personas venían para ayudarnos y nos dijeron que estaban investigando

el caso.” Alguien que Flor aún no conoce llamó a CHIRLA —*Coalition for Humane Immigrants Rights Los Angeles*—. Esta organización recibió la llamada y habló con las autoridades, a Migración, y ellos a los agentes del FBI. “Como es una asociación para defender los derechos de los inmigrantes querían asegurarse de que los derechos de los trabajadores se respetaran.” Eso es lo que hizo la diferencia. Dos años atrás se había aprobado una ley para prevenir abusos laborales, la *Trafficking Victims Protection Act*. Era poco conocida incluso entre las autoridades, pero ya estaba en vigor. Migración llamó al FBI y el FBI hizo una investigación. Las llevaron a las dos hasta Los Ángeles, porque estaban en otra jurisdicción. “Y ahí nos estaba esperando el abogado de CHIRLA. Nos pidieron declaración y huellas. Allí es donde yo conocí sus oficinas.” Fue entonces cuando Flor recibió lo que se conoce como visa humanitaria para poder seguir su caso.

Rehacer su vida

“A mi tratante no se le juzgó como pasante, sino como abusadora. Multa de 75,000 dólares por muchas anomalías y arresto domiciliario por seis meses. Al salir, ella visitó a mi mamá en México y quiso saber dónde estaban mis hijos para tener un motivo de presión sobre mí. Les dijo que yo era mala madre, que los había abandonado.” Por ese entonces los hijos de Flor ya no vivían con su abuela, sino que, cuenta, el marido se los había llevado para vengarse de ella por haberse ido. Su tratante la mandó a buscar por todo su pueblo. Ofreció una recompensa por quien pudiera dar datos exactos sobre su paradero. “Entonces, personas que no me habían hablado nunca me empezaron a llamar.”

Cuando la tratante se enteró de que a Flor le habían concedido una visa humanitaria intentó ir a todas las instancias posibles para decir que ella mentía, que no la ayudaran. “Y tuvo éxito porque mis hijos eran menores. Le dio dinero a la familia política para que no dejaran salir a mis niños del país. En el DIF me dijeron que estaban dispuestos a ayudarme pero necesitaban la cooperación de las autoridades locales. Y el primo hermano de ella era el presidente municipal del pueblo del que yo soy.”

Años después le preguntaron por qué no había denunciado su caso ante las autoridades mexicanas. “¡Porque una ya ha vivido!”, dice Flor, entre el sarcasmo y el pesar. “Ser precavida me ha salvado la vida.” Al principio, cuando la contactamos para entrevistarla, meditó volver a compartir su historia.

Así las cosas, sintió que no podía volver a su lugar de origen y decidió permanecer en California. La separación de sus hijos, por los que había comenzado todo, iba a durarle ocho años. En San Diego y luego en Los Ángeles tuvo que rehacer su vida.

—Yo digo que migrar es nacer de nuevo. Tienes que aprender a hablar, a cruzar la calle.

La señora de la casa de San Diego les pidió que buscaran otro sitio. Estaba embarazada y tenía problemas con su esposo. Fue cuando Flor, en solitario, decidió actuar. “Familiares de la maestra trabajan con la patrona en talleres de costura del lugar de donde somos”, explica. “Y la familia hizo presión para que ella no siguiera con el caso. Mi maestra recibió dinero para regresarse.” Flor, en cambio, testificó en su contra.

Durante su cautiverio, la patrona le decía a Flor que tenía que trabajar casi las 24 horas para amortizar 2,581 dólares de gastos que había generado por el traslado, el paso de frontera y otros gastos. Al cabo de doce años Flor dice la cantidad sin titubear. Junto a la amenaza a la integridad de su familia, atribuir las deudas contraídas suele ser habitual en estos casos. “Ella venía haciendo esto por muchos años. Por la cultura del pueblo de origen, pensaban que [la patrona] era una persona buena, que les estaba dando trabajo. Tenía un grupo de mujeres que me vigilaban en el día, y por la noche vigilaba su sobrina. Ellas estaban en la misma situación, y por la misma coerción de las familias, al testificar dijeron que era una persona buena.

Flor no sólo fue la primera en denunciar aquello. Sin saberlo, empezaba a abrir camino en un terreno casi virgen en el país vecino. Pero había otro problema insoslayable: Flor no tenía casa. Mientras las autoridades armaban su caso, no se preocupaban de-

masiado por dónde comiera o durmiera. Fue la directora de CHIRLA quien finalmente llevó a Flor a su casa, y por eso tuvo un techo en vez de un cielo. Tras dos meses con ella, la abuela de esa señora se puso enferma y Flor se mudó para cuidarla. “Pero estaba en la misma área de donde me escapé, era otra casa en el mismo lugar. Y alguien se me acercó al salir de la iglesia para amenazarme si seguía con el caso. Eso fue un domingo. Contacté con mi abogada y con otra organización. Y tuve que escaparme, cambiarme de lugar.” Fue entonces cuando CHIRLA la contactó con CAST.

Por entonces, CAST —*Coalition to Abolish Slavery and Trafficking*— estaba en sus inicios y le ofrecieron ayuda, pero fue muy difícil la barrera del idioma. “Lo único que recuerdo fue ‘hola amigo’. Con traductores y todo eso. Sabía que eran muy amables, pero no podíamos comunicarnos.”

Tan frustrante como el asunto del idioma fue que Flor, mientras la investigación continuaba, no sabía qué esperar de las autoridades. No sabía cómo serían en aquel país. “En una entrevista supe que estaban grabando y me sentí como pequeña entre unos gatos grandes, y yo sin siquiera poder hablar el idioma. Me preguntaban lo mismo una y otra vez con diferente orden. Es cansado, muy estresante.”

Tras un largo periodo estudiando su caso las autoridades llegaron a la conclusión de que Flor estaba diciendo la verdad. Le entregaron el *advance parole*, la forma para poder salir y entrar al país mientras se espera la tarjeta de residente que implica cambio de estatus legal. “Fue muy difícil en 2002. Los casos de trata eran un tema nuevo, no había refugios, agencias especializadas para dar servicio a las víctimas, y cuando me moví a Los Ángeles no tenía yo un lugar donde vivir. CAST tuvo que buscarme dónde, y fue en un lugar para mujeres escapadas de la violencia doméstica. La gente te ve como un bicho raro, no te quieren, piensan que estás poniendo en riesgo a otros. Y la convivencia con personas de otras partes del mundo y la barrera del idioma es algo tremendo. Cuando nos tocaba limpieza me echaban la culpa a mí, dejaban sus quehaceres para

que los hiciera yo.” La directora del lugar veía a Flor nerviosa, preocupada, a pesar de que pagaba la pequeña renta necesaria y todo parecía en orden. “Es que yo no vine de vacaciones”, respondía Flor, que iba apagando fuegos como le era posible. Pero los focos se multiplicaban. Le urgía aprender el idioma y tener un trabajo para sentirse útil y producir algo de dinero. “Encontré un trabajo de telemarketing pero para Año Nuevo ya estaba desempleada. Y uno de los nietos de esta abuelita que cuidé, que era supervisor de una cadena de tiendas, me dio trabajo de cajera y ya fue otra cosa. Me sentí empoderada. Tenía que atender a mis clases de inglés y trabajar, pero pues así.”

Flor, activista.

Después de un tiempo, en CAST vieron que ya estaba más tranquila y le dijeron que había posibilidad de ir a una reunión y compartir su historia. ¿Y por qué quieres compartirla?, le preguntaron. Flor les dijo que para que a otras personas no les sucediera y a quienes les sucediera pensarán que hay esperanza, que hay ayuda. “Nunca me imaginé los alcances que iba a tener el compartir los testimonios. En 12 años veo que muchas personas fueron rescatadas y ayudadas por esto y por otras personas que decidieron hablar del tema.”

En 2003, cuando se preparaba el borrador de la ley AB22 (*The California Trafficking Victims Protection Act*) los asambleístas invitaron a Flor a ir a testificar a San Francisco. “Estuve desde sus comienzos. La AB22 es la primera ley que criminaliza la trata de personas. Fue basada en mi historia y me siento orgullosa de decir que se introdujeron leyes, que fui capaz de cambiar leyes. Recuerdo que la asambleísta Sally Lieber tomaba notas cuando yo hablaba. Meses después, cuando aquello empezó a tomar forma de ley vi que mucho de lo que yo decía estaba especificado ahí. Yo no me había dado cuenta de la importancia de mi participación. Y dije, guau, tengo voz, mi voz cuenta y a alguien le importa. Nunca me imaginé que una experiencia negativa se convirtiera en positiva.”

Finalmente, el diario Los Angeles Times organizó una rueda de prensa en la que las asociaciones urgirían al gobernador Arnold Schwarzenegger a que firmara la AB22. Poco antes de celebrarse corrió la noticia de que el gobernador la había firmado esa misma mañana en Sacramento, y la rueda de prensa se convirtió en un acto de agradecimiento hacia él.

La historia se repitió en 2010 con la ley SB657, llamada *California Transparency in Supply Chains Act* o de transparencia en la cadena de proveedores. “También está basada en mi historia. Como yo siempre he dicho, las personas que mandan, las personas que venden los vestidos que yo hago son los grandes consumidores, porque son quienes están pagando por ellos. Es traer a los empresarios a la mesa amigablemente, hacerlos parte de la solución. Que exijan que en su cadena de proveedores no exista trata. Cuando ellos se enteraron de qué se trataba la ley obtuvimos los votos necesarios y se convirtió en ley. Me siento muy orgullosa de decir que estuve desde el principio. Yo fui quien le llevó la lapicera al gobernador para que el firmara la ley. Fue un honor.”

Ese mismo año, en Arlington, Virginia, Flor fue ponente honorífica en el acto conmemorativo del décimo aniversario de la ley *Trafficking Victims Protection Act* de 2000, la que permitió al FBI investigar y llevar su caso a la justicia. Flor se reencontró con el FBI en El Paso, Texas. Dio una conferencia en su academia y hoy es uno de los recuerdos más gratos que tiene. “Estaban ahí todos los agentes, y digo yo, ni siquiera hablo bien inglés pero estoy dispuesta a compartir mi historia. Al final, todos ellos se pararon y me aplaudieron. Fue un gran honor. Di pláticas en primarias, *colleges* y universidades, pero el reconocimiento del FBI... No es lo mismo que me lo diga mi vecina que el FBI.”

Flor ya llevaba años recibiendo reconocimientos. En 2004 le concedieron la Medalla de Honor del Vaticano en un acto conmemorativo de las relaciones entre la Santa Sede y los Estados Unidos. En 2005 fue el *Seeds of Renewal* de manos de CAST. En 2008 el premio *Minerva*, entregado a mujeres con una labor extraordinaria

por Maria Shriver, periodista y por entonces esposa del gobernador Arnold Schwarzenegger. Años después, en enero de 2014 el reconocimiento llegó desde el Congreso de parte de su representante Edward Royce, y en abril, el secretario de Estado John Kerry la destacó en su reporte a nivel nacional sobre tráfico de personas. En octubre, el grupo de comunicación KCET le entregará el *Local Heroes Award*, concedido en Los Ángeles a líderes de la comunidad hispana.

“A veces me llega la duda de si esto vale la pena. Pero cuando llegan este tipo de reconocimientos pienso que vale la pena porque imagino dónde estaríamos [si no] en tema de trata.” Flor sueña con un mundo libre de trata, pero sabe que mientras haya demanda va a haber alguien que provea. Lo que queda es hacer conciencia. En 2002, con la ley californiana ya aprobada, el de la trata seguía siendo un terreno poco conocido. Hoy, con su esfuerzo y el de otros sobrevivientes, el panorama ha cambiado. “En la Casa Blanca se habla de trata, hay una comisión internacional incluso, y me enorgullece saber que soy parte de la solución y que estoy creando algo para futuras generaciones. Yo que he sido privilegiada tengo que decirlo porque cuántas personas pueden ser ayudadas. Estoy en pie de lucha viendo cada día cómo hacer que más personas no estén en esa situación en que estuve yo.” Actualmente se está trabajando en un proyecto de ley nacional de trata y Flor también ha sido invitada a las conversaciones previas.

Flor recalca que la trata es un tema que afecta globalmente a mujeres, hombres y niños y siempre trata de inculcar que no se estereotipe. “Este es un tema que no discrimina. Se cree que los hombres son fuertes, que no son vulnerables, y es una idea equívoca. Como pasa en la violencia en el hogar y en otro tipo de abusos, para ellos es mucho más difícil pedir ayuda, por el machismo. Sé de hombres para los que les ha sido muy difícil encontrar refugio o dónde vivir. También conozco a personas que en sus países han sido maestras, enfermeras, pero cuando vas a un país extranjero donde no conoces el idioma o la cultura no tienes a quién recurrir.

Ése es un momento de vulnerabilidad, y eso es lo que unas personas usan para mantener cautivas a otras personas.”

La trata es para ella un monstruo esquivo y de muchas cabezas al que, para poder matar, hace falta identificar primero. La explotación sexual, dice, es más conocida por la misma morbosidad. Pero existe la trata laboral. Y hay personas mendigando que están siendo explotadas. “Trata es trata —zanja Flor—. Trata es abuso.”

Su experiencia para México.

Hoy, quien no sepa su historia sólo verá una trabajadora de una empresa de seguridad en el centro de Los Ángeles. Pero ése es otro de sus triunfos. Flor vive allí junto a sus tres hijos. Pudo reencontrarse con ellos gracias a CAST, y todos disfrutaban del mismo estatus migratorio, les concedieron la *green card*. A ellos les va bien en sus estudios y trabajos, y el mayor hasta le ha dado a Flor un nieto. Tienen una vida hecha allí.

Sin embargo, sigue siendo miembro de CAST y también de la *National Survivor Network*, la Red Nacional de Sobrevivientes de trata, y regresa con frecuencia a México para dar pláticas o asesorías. Trabaja de la mano de asociaciones como el Instituto para las Mujeres en la Migración (IMUMI) o Infancia Común. “En la medida de lo posible hay que sumar esfuerzos, no dividir. Es difícil trabajar en unidad, pero se necesita. En lugar de esperar a que a alguien de la familia le suceda, cada persona que se informe puede ser un aliado importante, un ángel que ayude. Hay una propuesta a nivel nacional y hay una propuesta para participar.”

En sus últimas visitas, Flor vio un sueño hecho realidad al encontrar que México está interesado en responder al tema de la trata. En San Francisco, cuenta, también se encontraron con una persona de gobierno a la que no le interesaba saber ni aprender del tema. Las cuestionó a una compañera y a ella, y esa persona, como representante de su institución, les dejó un recuerdo pésimo. “Pero encontrar a tantas personas y organizaciones ahora me hacen ver que en mi México se están dando esos pasitos de bebé. Y ya saber que se están dando...”

Doce años de lucha acreditan a Flor para afinar aspectos no menos necesarios. “Que las leyes sean más accesibles, que no tengan tanta palabrería que la gente no entienda. Y que se conozcan los derechos. Porque, en resumidas cuentas, eso son las leyes. Estamos ocho o diez años más atrás que Estados Unidos, pero se está hablando del tema, se está creando esta inquietud. Y algo es mejor que nada. La parte en que sí siento que se necesita hacer más es que se trate a las sobrevivientes con más respeto. Ese ‘¡ay, pobrecita!’”. Que no se revictimice. Mi experiencia no me define a mí como persona porque no soy una esclava, y por eso estoy en pie de lucha por la libertad que a mí se me robó, para decir a esa persona que me tuvo cautiva que no tiene más poder sobre mí. Todos los seres humanos somos libres. Pero la libertad no es gratis, tenemos que luchar por ella.

Cerca del final, relatada ya su lucha, retomo con Flor el tema de su fe. “Definitivamente, y lo puedes escribir así, a la manera en que yo encontré ayuda siempre la he llamado un milagro. Que la organización haya contactado a las personas adecuadas, que se hayan tomado el caso en serio y yo haya encontrado la ayuda adecuada es un milagro. ¿Sabes cómo me encontraron? Gracias a la llamada de la casa de mi amiga a San Diego. Mi tratante no puede creer, si había venido esclavizando a mujeres durante tanto tiempo y nunca había tenido problema con ninguna de ellas, cómo es que yo pude encontrar ayuda. Ella creía que yo desde México llegaba preparada. El agente del FBI, que yo no sabía que era encubierto, llega a rescatarme un lunes o un martes y yo ya estoy fuera. La visita al gobernador en Sacramento. La mención de John Kerry. Siento que un ángel va delante de mí abriendo esas puertas. Se necesita o mucha entereza, o mucha fe, o algo, porque no es fácil.”

Se puede tener fe, se puede ser beligerante o puedan darse ambas cosas a la vez. Nada sobra a la hora de librarse de la trata. Pero seguramente conocer a personas como Flor, que accedió a contar su historia, ayuda a reforzar ese algo necesario.

Explotación laboral

Se refiere a cuando una persona obtiene, directa o indirectamente, beneficio injustificable, económico o de otra índole de manera ilícita mediante el trabajo ajeno, sometiendo a la persona a prácticas que atenten contra su dignidad, tales como:

Condiciones peligrosas o insalubres, sin las protecciones necesarias de acuerdo a la legislación laboral o las normas existentes para el desarrollo de una actividad o industria.

Existencia de una manifiesta desproporción entre la cantidad de trabajo realizado y el pago efectuado por ello, o salario por debajo de lo legalmente establecido.



Asimismo, se calcula que de 2 a 4 millones de personas son captadas cada año con fines de trata en el mundo, de las cuales entre 800,000 y 900,000 son trasladadas a través de las fronteras para ser sometidas a algún tipo de explotación laboral o sexual (trata transnacional).³³

La OIT considera que 55% de las víctimas de explotación laboral son mujeres y niñas, quienes también constituyen 98% de las víctimas de trata sexual en el mundo.³⁴

- ▶ Es importante que sepas que por cualquier labor o actividad que realices, tienes derecho a un salario, que es la retribución que debe pagarte la empresa o el patrón por tu trabajo, el cual no puede ser inferior al mínimo establecido por la Comisión Nacional de Salarios Mínimos.



33 *Ibidem*, 8.

34 *Ibidem*, 8.

- ▶ Tienes derecho también: a aguinaldo, vacaciones, prima vacacional y seguridad social, entre otras.
- ▶ Infórmate sobre cuáles son tus derechos y las instituciones a las que puedes acudir para la denuncia este tipo de abuso.
- ▶ Desconfía de anuncios o personas que ofrecen trabajos muy atractivos, principalmente si el trabajo es fuera de la ciudad donde vives.
- ▶ Cuando recibas una oferta laboral, investiga las referencias e historial de la empresa antes de entregar documentos o dar información personal o familiar.
- ▶ De preferencia no acudas solo (a) a una entrevista de trabajo cuando no hayas logrado averiguar las referencias señaladas en el párrafo anterior. De lo contrario, avisa a alguna persona de tu confianza sobre el lugar al que acudirás.
- ▶ Es importante saber el tipo de trabajo que se va a realizar, los papeles que se necesitan, los datos del consulado de destino y tener conocimiento del idioma utilizado en el país al que vas, así como los requerimientos migratorios.
- ▶ Si vas a viajar por motivos de trabajo o capacitación, informa a tu familia con quién vas y dónde vas a estar.
- ▶ No entregues tus identificaciones como pasaporte y visas a nadie, únicamente las autoridades competentes te las pueden solicitar.

CONCLUSIONES

Ser víctima del delito de trata de personas lacera, lastima y daña irremediablemente a las persona y a sus familiares.

A mí no me va a pasar es un llamado a prevenir y estar alerta sobre las condiciones y modalidades en las que se gesta la trata de personas, el objetivo es preventivo. Sin embargo, existe una gran cantidad de víctimas y no podemos dejarlas solas.

Las personas que han sido vendidas, violadas, explotadas, humilladas, etc., atraviesan una situación en la que el proceso para recuperar la confianza en la vida, en el ser humano, en el Estado y en las instituciones, será muy lento y difícil.

Las ganancias del delito de trata de personas crecen cada día más, entre otras cosas por la falta de información objetiva de lo que este delito implica. La mayoría de las personas suponen o piensan que cuando hablamos de trata de personas, sólo estamos hablando de explotación de la prostitución ajena, pero en realidad existen 11 modalidades más del delito. Algunas ha sido imposible documentarlas por la falta de denuncia, el desconocimiento y el miedo. Hace falta el acompañamiento a las víctimas.

La falta de conocimiento ante este delito, no es solamente un tema de la sociedad en general, sino que todavía no se ha

logrado capacitar y sensibilizar a los operadores de justicia y a todo servidor público obligado a conocer, entender y atender el delito.

Existen pocos datos sobre la trata de personas en cualquiera de sus modalidades, el delito está permeado por otras violaciones como la corrupción, el tráfico de personas, la venta de drogas y armas, el tráfico de influencias, todo junto, forma un círculo perverso de complicidad y redes.

A mí no me va a pasar es un llamado a la sociedad para generar conocimiento, aprendizaje, empatía, sensibilidad y la exigencia de las instituciones para que trabajen y se capaciten en el tema, para que las denuncias y averiguaciones previas recibidas sean integradas y consignadas por el delito de trata de personas.

El seguimiento y denuncia de los casos procurarán la disminución de la incidencia del delito.

Existen muy pocos refugios para la gran cantidad de víctimas de trata que se reportan; los que existen aún tienen mucho camino por andar en cuanto a sus protocolos de atención. Es importante contar con refugios especializados para cada una de las modalidades del delito de trata de personas.

A mí no me va a pasar es un libro que fue hecho pensando en que a ti nunca te pase.

AGRADECIMIENTOS

A MÍ NO ME VA A PASAR es una publicación posible gracias a instituciones, organizaciones y personas que trabajan todos los días con el tema de trata de personas. Gracias por confiar en el diálogo y en la posibilidad que genera compartir una historia, para aprender de ella.

Asociación Civil Respuesta Alternativa

Fiscalía Especial para los Delitos de Violencia contra las
Mujeres y Trata de Personas
FEVIMTRA

Fundación Y quién habla por mí?

Policía Federal
División Cibernética

Fundación Camino a casa

AUTORES

África Barrales

@Ifrikya

(México, 1977) Periodista. Jefa de Redacción de noticieros de Ricardo Rocha. Finalista del II Premio de Crónicas Inéditas en Español “Las nuevas plumas”, organizado por la Universidad de Guadalajara y la Escuela Móvil de Periodismo Portátil. Participó en el libro colectivo *Tú y yo coincidimos en la noche terrible* y es editora de la revista en internet *Letras Explícitas*. Es egresada de la UAM-Xochimilco, de Comunicación Social.

Ale del Castillo

@baronesarampant

(México, 1977) Comunicadora educativa. Su experiencia como periodista está plasmada en las páginas de *Emeequis*, *Milenio Semanal*, *Animal Político*, *Nuestra Aparente Rendición*, *Picnic*, *Expansión*, *Quién* y *Letras Explícitas*, entre otros. Es coautora de *Amar a madrazos*, *Los Nadie* y participó en el libro colectivo: *Tú y yo coincidimos en la noche terrible*. Tiene una maestría en Educación y se dedica a la docencia desde hace más de diez años. Fue becaria de la Fundación Prensa y Democracia de la Universidad Iberoamericana. Actualmente se desempeña como periodista independiente.

Analía Ferreyra

@bomboninsolente

(México, 1982) Empezó su carrera periodística hace diez años en periódico *Reforma*. Desde entonces ha colaborado en las páginas de *El Universal*, *Excélsior* y *El Financiero*, además de revistas como *Forbes*, *Travel+Leisure*, *Food and Travel*, *Quién*, *Centurion* y *Departures* en México y Latinoamérica, entre otros. Escribe, edita y traduce. Imparte talleres de lectura y creación literaria para niños y adolescentes de manera independiente.

Humberto Padgett León

@HumbertoPadgett

(Toluca, Estado de México, 1975) Periodista. Actualmente escribe para el portal *Sin Embargo*. Su labor periodística está centrada en temas de crimen organizado, corrupción y derechos humanos.

Ha obtenidos los premios Internacional de Periodismo Rey de España, Ortega y Gasset, Kurt Schork, el otorgado por la Federación Internacional de Periodistas, Iberoamericano de Periodismo Joven, cinco veces el convocado por el Consejo Ciudadano del Premio Nacional de Periodismo de México y el Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez fallado dentro de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, entre otros.

Es autor de cinco libros, entre ellos: *Los muchachos perdidos*, *Jauría*. *La verdadera historia del secuestro en México*, y *Las muertas del Estado*. Ha participado con crónicas y reportajes en cinco compilaciones latinoamericanas.

Lydiette Carrión

@Lydcar

(México, 1975) Periodista independiente. Actualmente es colaboradora de *El Universal* y columnista en *El Gráfico*, donde tiene a su cargo una sección semanal con historias sobre violencia contra las mujeres. Ha colaborado en *Domingo*, *Milenio*, *Milenio Semanal*, *Día Siete*, *Replicante*, *Newsweek en Español*, entre otros. Es egresada de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y de la Escuela de Escritores de la SOGEM, a la que ha regresado para impartir clases de periodismo narrativo. Participó en los libros colectivos *72 migrantes*, *Tú y yo coincidimos en la noche terrible* y *Memorial de Chiapas: pedacitos de historia*, *Entre las Cenizas*. Ganadora del premio Género y Justicia 2012 de la SCJN en la categoría de Reportaje.

Mariel Ibarra

@marielibarraf

(México, 1977) Reportera y editora. Estudió periodismo en la UNAM e inició su carrera como reportera en el *Periódico Reforma*, en donde por 12 años escribió en las páginas de las secciones Estado, Ciudad, Nacional y Enfoque. Se ha especializado en temas políticos, sociales y urbanos.

Ha cursado diplomados en edición, periodismo de investigación y narrativo. Hoy trabaja en Grupo Expansión como editora de política de la revista *Quién* y colabora en los portales de noticias *CNN México* y *ADN Político*.

Moisés Castillo

(México, 1979) Estudió periodismo en la UAM-Xochimilco. En 2003 ingresó a la agencia Detrás de la Noticia de Ricardo Rocha y saltó al periodismo escrito donde ha colaborado en *Excélsior*, las revistas *Emeequis*, *Milenio Semanal* y *Bloc*. Colaboró en el portal *Animal Político*. Actualmente es reportero del semanario *Siempre!* y editor de la página de rock-literatura *Letras Explícitas*. Es coautor de los libros *Amar a madrazos* y *Los Nadie*.

Pablo Zulaica

@zulaicap

(Vitoria-Gasteiz, España, 1982) Vive en México desde 2007. Estudió Publicidad y RRPP, trabajó como creativo e inició Acentos Perdidos, una campaña internacional de ortografía callejera. Escribe crónica social y de viajes y da conferencias sobre redacción. Ha publicado en *El Universal*, *Milenio*, *Gatopardo*, *Expansión*, *Travesías* y *Travel+Leisure*, y en *El País*, *Courrier International* y *El Tiempo*. Participó en la antología viajera *Inquietos Vascones* (Desnivel, 2013) y también ha escrito para niños *Los Acentos Perdidos* (Lumen, 2010) y *Un fin de semana en la coladera* (Montena, 2014).

Tanya Guerrero

@amante_bandida

(México, 1983) Reportera y fotógrafa del periódico *El Universal*. Tiene a su cargo una sección semanal sobre historias urbanas de la Ciudad de México que publica en *El Gráfico*. Ha colaborado en la Agencia de Noticias Xinhua y en la revista en internet *Letras Explícitas*.

Participó en el libro colectivo *Tú y yo coincidimos en la noche terrible* y ha participado en producciones documentales.

Mención Honorífica en el Concurso Rostros de la Discriminación 2012 por el trabajo “*DF, una ciudad donde sus obesos ‘no caben’*”.

Es profesora del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, desde hace siete años.

Vanessa Job

@espejoazul

(México, 1977) Desde hace más de dos años documenta historias de la realidad nacional en el programa de televisión *Punto de Partida* con Denise Maerker. Durante más de tres años publicó en la revista *Emeequis*.

Es licenciada en Ciencias de la Comunicación y estudió un diplomado en Análisis Político en el CIDE, y otro en Derechos Humanos impartido por la UIA y la CDHDF.

En el Premio Nacional Rostros de la Discriminación 2011 obtuvo una mención honorífica por el reportaje “*Todos los caminos de Mier conducen a Roma, Texas*”.

Participó en los libros colectivos *Entre las Cenizas*, *Tú y yo que compartimos la noche terrible* y *72 migrantes*.

INFORMACIÓN PARA DENUNCIAS Y REPORTE

Centro de Denuncia y Atención Ciudadana (CEDAC)

Brinda atención psicológica, social y legal y tiende canales de comunicación de la ciudadanía con la PGR. Opera las 24 horas, los 365 días del año.

01 800 00 854 00

Correo electrónico:
denunciaspgr@pgr.gob.mx

Facebook:
www.facebook.com/PGRcedac

Twitter: @pgrcedac
24 horas 365 días de año

Alerta Amber

Para la búsqueda y pronta localización de niñas, niños y adolescentes no localizados.

01 800 00 854 00

alertaamber@pgr.gob.mx
www.alertaamber.gob.mx
Twitter: @AAMBER_mx

Fiscalía Especializada para los Delitos de Violencia contra las Mujeres y Trata de Personas (FEVIMTRA)

01 800 00 854 00

www.pgr.gob.mx/fevimtra/
fevimtra@pgr.com.mx

Procuraduría Federal de la Defensa del Trabajo (PROFEDET)

Orientación laboral

01 800 911 7877

y **01 800 717 2942**

orientacionprofedet@stps.gob.mx
Facebook: <https://www.facebook.com/pages/PROFEDET/205065442904787>
Twitter: @PROFEDET

Centro de Atención al Comisionado (CEAC)

088

Facebook: https://www.facebook.com/pages/Ceac_Cns/337513439687324
Twitter: @CEAC_CNS

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXII LEGISLATURA
MESA DIRECTIVA

Dip. Silvano Aureoles Conejo

PRESIDENCIA

Dip. Tomás Torres Mercado

Dip. Francisco Agustín Arroyo Vieyra

Dip. Aleida Alavez Ruíz

Dip. María Beatriz Zavala Peniche

VICEPRESIDENCIA

Dip. Laura Barrera Fortoul

Dip. Xavier Azuara Zúñiga

Dip. Graciela Saldaña Fraire

Dip. Javier Orozco Gómez

Dip. Marilyn Gómez Pozos

Dip. Magdalena del Socorro Núñez Monreal

Dip. Fernando Bribiesca Sahagún

SECRETARÍA

Mtro. Mauricio Farah Gebara

Secretario General

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

Secretario de Servicios Parlamentarios

C.P. Marko Antonio Cortés Mendoza

Coordinador de los Centros de Estudio

COMISIÓN ESPECIAL
DE LUCHA CONTRA
LA TRATA DE PERSONAS

Leticia López Landero

PRESIDENCIA

Lizbeth Loy Gamboa Song

Alicia Concepción Ricalde Magaña

Crystal Tovar Aragón

Loretta Ortíz Ahlf

SECRETARÍA

María Sanjuana Cerda Franco

Verónica Beatriz Juárez Piña

Luis Alfredo Murguía Lardizabal

Martha Lucía Mícher Camarena

Gloria Elizabeth Núñez Sánchez

Glaforo Salinas Mendiola

María Fernanda Schroeder Verdugo

María Guadalupe Sánchez Santiago

INTEGRANTES

COMITÉ DEL CENTRO DE
ESTUDIOS PARA EL ADELANTO
DE LAS MUJERES Y LA
EQUIDAD DE GÉNERO

Dip. Flor de María Pedraza Aguilera
PRESIDENTA

Dip. María de Jesús Huerta Rea
Dip. Delfina Elizabeth Guzmán Díaz
SECRETARIAS

Dip. Ma. de las Nieves García Fernández
Dip. Cristina González Cruz
Dip. Judit Magdalena Guerrero López
Dip. Blanca Jiménez Castillo
Dip. Magdalena del Socorro Núñez Monreal
Dip. Dora Ma. Gpe. Talamante Lemas
Dip. Aída Fabiola Valencia Ramírez
Dip. Lorenia Iveth Valles Sampedro
INTEGRANTES

CENTRO DE ESTUDIOS
PARA EL ADELANTO
DE LAS MUJERES Y LA
EQUIDAD DE GÉNERO

Lic. Marina Mandujano Curiel
Directora General

Mtra. Nuria Gabriela Hernández Abarca
**Directora de Estudios Jurídicos
de los Derechos Humanos de las
Mujeres y la Equidad de Género**

Mtra. Milagros del Pilar Herrero Buchanan
**Directora de Estudios Sociales
de la Posición y Condición de las
Mujeres y la Equidad de Género**

C.P. Alfredo Jaramillo Hernández
Coordinador Técnico

Mtra. Nuria Gabriela Hernández Abarca
Jefa del proyecto

Ale del Castillo
Coordinación del proyecto y edición

Mtra. Isabel de León Carmona
Mariana Luna Chávez
Mtra. Janeth Pérez Olvera
Mtro. Guillermo Rodríguez de la Vega
Asbeidy Adriana Romero de Nova
Colaboración

Analía Ferreyra
Pablo Zulaica
Corrección de estilo

Marcela Méndez Navarro
Diseño

NO DEBERÍA PASARTE, A NADIE DEBERÍA PASARLE. NADIE DEBERÍA SER VÍCTIMA DEL DELITO DE TRATA DE PERSONAS.

La trata de personas es un delito que genera cuantiosas ganancias a nivel mundial.

Entender la trata de personas es una necesidad urgente para prevenirla.

A mí no me va a pasar tiene 18 historias reales de personas que han sido víctimas y sobrevivientes del delito de trata. Conocer sus historias es una invitación a explorar el tema, reconocer sus diferentes modalidades y así, estar informados para prevenir que no nos pase.

Las historias contenidas en **A mí no me va a pasar**, fueron escritas por las plumas de 10 periodistas de amplia y reconocida trayectoria que se suman a la lucha contra la trata de personas desde las historias. La propuesta es narrar para compartir, leer para aprender, dialogar para prevenir y pensar en un México con una realidad diferente.

A mí no me va a pasar es una publicación gratuita que se encuentra para descarga libre. Si quieres sumarte a la lucha contra la trata de personas: comparte y distribuye este material.

Infórmate, cóncelo, sensibilízate, que la experiencia de las víctimas de éste delito nos ayude a prevenirlo y así decir como una afirmación: **A MÍ NO ME VA A PASAR**

África Barrales

Ale del Castillo

Analia Ferreyra

Humberto Padgett

Lydiette Carrión

Mariel Ibarra

Moisés Castillo

Pablo Zulaica

Tanya Guerrero

Vanessa Job



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS
COMISIÓN ESPECIAL DE LUCHA
CONTRA LA TRATA DE PERSONAS

COMITÉ
DEL CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS
MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CEAMEG
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS
MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO